



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Unidad de Posgrado

Manuel González Prada, el político (1886-1909)

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Literatura con
mención en Estudios Culturales

AUTOR

Emilio Augusto ROSARIO PACAHUALA

ASESOR

Mauro Félix MAMANI MACEDO

Lima, Perú

2016



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Rosario, E. (2016). *Manuel González Prada, el político (1886-1909)*. [Tesis de maestría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Unidad de Posgrado]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.



10/10

Hecha la exposición y absueltas las preguntas formuladas por el Jurado, éste acordó la siguiente calificación de acuerdo a lo establecido por el Art. 61 del Reglamento General de Estudios de Posgrado, aprobado por R.R. N° 00301-R-09 del 22 de enero de 2009.

Habiendo sido aprobada la sustentación de la tesis, el Jurado recomendó que la Facultad proponga que se le otorgue el grado académico de Magister en **Literatura con mención en Estudios Culturales** al señor **Emilio Augusto Rosario Pacahuala**.

El acto académico de sustentación concluyó a las horas.

Dr. Richard Leonardo Loayza
Presidente
 Profesor Auxiliar T.C.

Dr. Nécker Salazar Mejía
Informante
Profesor Contratado

Dr. Mauro Mamani Macedo
Asesor
Profesor Asociado T. C.

Mg. Dino Leon Fernandez
Informante
Profesor Auxiliar T.C.

Mg. Luis Eduardo Lino Salvador
Miembro
Profesor Auxiliar T.C.

A mi madre, por su infinito amor.

Amparo Ali con mucho amor

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I. <u>C</u> ONCEPTO PARA ASEDAR EL PROCESO IDEOLÓGICO DE MANUEL GONZÁLEZ PRADA.....	14
1.1. Ideología	14
1.2. Político	17
1.3. Carisma.....	19
1.4. Intelectual.....	20
1.5. Poder	23
CAPÍTULO II. <u>R</u> ECEPCIÓN CRÍTICA DEL DISCURSO ÉTICO Y ESTÉTICO DE GONZÁLEZ PRADA.....	26
2.1. El posgonzalezpradismo (1920-1970)	27
2.2. La consolidación (1970-1990)	31
2.3. La diversificación (1990-2015)	37
CAPÍTULO III. <u>E</u> L PERÚ DE LA POSGUERRA.....	43
3.1. Del trauma psicológico al trauma cultural	45
3.2. La vieja guardia.....	49
3.3. Ni ser niño ni ser anciano: soldado o ciudadano	52
3.4. Los infantes.....	60
CAPÍTULO IV. <u>M</u> ANUEL GONZÁLEZ PRADA: CULTURA Y LITERATURA	70
4.1. El Aquiles peruano	72
4.2. El Círculo Literario.....	77

4.3. ¿Resentimiento o proyecto?.....	82
4.4. La Unión Nacional.....	87
4.5. Un peruano en Francia.....	90
4.6. La vuelta a la patria.....	92
4.7. Prensa política	96
4.8. El imperio de la palabra escrita	98
4.9. Alianza y polémica	102
4.10. El fracaso del primer proyecto político.....	105
CAPÍTULO V. MANUEL GONZÁLEZ PRADA, EL ANARQUISTA.....	111
5.1. El anarquista	113
5.2. El clima político	118
5.3. El obrero peruano a principios del siglo XX.....	126
5.4. La voz de Dios	130
5.5. Los últimos días	144
CONCLUSIONES.....	149
BIBLIOGRAFÍA	150
ANEXOS.....	166

INTRODUCCIÓN

Uno de los intelectuales más importantes de nuestro país es el ensayista José Manuel de los Reyes González Prada y Ulloa, popularidad alcanzada gracias a su radical discurso, el cual cuestionaba pública y “desinteresadamente” el escenario político y las condiciones sociales del Perú acontecidas desde fines de la centuria decimonónica y las primeras dos décadas del siglo XX, según la opinión de gran parte de investigadores como Luis Alberto Sánchez, Hugo García Salvatecci y Eugenio Chang Rodríguez, por citar tan solo algunos ejemplos; sin embargo, no compartimos esas opiniones.

Consideramos que sus obras han sido analizadas de manera aislada. Gran parte de los especialistas solo ocuparon su atención en resaltar las frases acusatorias en contra del poder político dominante o las injusticias del sistema social. Los discursos “gonzalezpradistas” no han sido concatenados entre sí y menos aún contextualizados; lo que nos lleva a inferir que nos encontramos frente a una persona cuyo discurso tenía como fin tan solo denunciar los males de la sociedad peruana y la clase política de aquellos tiempos. Además, deducimos, después de leer los aportes de José Carlos Mariátegui o Bruno Podestá, por mencionar solamente dos autores que afirman esta idea, que el fin de González Prada era solamente el cuestionar las bases estructurales de la nación peruana sin realizar una propuesta o alternativa alguna que permita mejorar su conducción.

Frente a esta situación, hemos identificado el problema central, el cual abordaremos en el presente trabajo: ¿la concatenación de los principales discursos elaborados por Manuel González Prada, desde 1884 hasta 1909, permitirá descubrir la existencia de un proyecto político? Por lo tanto, nuestro objetivo principal en la

presente investigación es demostrar la existencia de dicho proyecto (dividido internamente en dos etapas), gracias al análisis y concatenación de sus más célebres discursos, como el realizado en el teatro Olimpo, el ofrecido en el teatro del Politeama o las celebraciones en honor al 1 de mayo, fecha en donde se rememoraba la conquista por la jornada de ocho horas laborales, entre otros aportes ubicados en sus más importantes obras, como *Páginas libres*, *Horas de lucha* y demás. También presentaremos a González Prada como un personaje cuyo proyecto respondía a satisfacer sus ambiciones personales, situación que no creemos cuestionable; por el contrario, es natural que una persona busque, además del bienestar común de la población, el reconocimiento social. Por tanto, debemos apartar la imagen, constituida alrededor de nuestro personaje, de una persona casi divina cuyas acciones se realizaron sin interés alguno.

A partir de la interrogante general que representa el problema general, devienen una serie de problemas específicos, los cuales será necesario enumerar para establecer un mejor orden. Entre ellos se encuentra:

1. ¿Cuáles fueron los factores fundamentales que propiciaron la construcción de la primera parte del proyecto político elaborado por Manuel González Prada?
2. ¿De qué manera los principales discursos políticos elaborados por Manuel González Prada, a fines del siglo XIX, impactaron en la constitución de la Unión Nacional y fueron difundidos posteriormente por los instrumentos periodísticos de la propia organización, como el caso de *El Germinal*?
3. ¿Cuáles fueron las principales condiciones sociopolíticas que permitieron el desarrollo de la segunda parte del proyecto político?
4. ¿De qué forma los principales discursos políticos construidos por Manuel González Prada influenciaron en el fortalecimiento del movimiento anarquista

peruano de inicios del siglo XX y cómo este posteriormente impactaría en el movimiento obrero?

5. ¿Cuáles son las causas principales que propiciaron el fracaso del proyecto político en su conjunto?

De igual manera, estaremos realizando los objetivos específicos para solucionar las problemáticas anteriormente mencionadas:

1. Determinar los factores fundamentales que propiciaron la construcción de la primera parte del proyecto político elaborado por Manuel González Prada.
2. Establecer cómo los principales discursos elaborados por Manuel Gonzáles Prada a fines del siglo XIX ayudaron en la constitución de la Unión Nacional y fueron difundidos por los instrumentos periodísticos de la propia organización, en este caso: *El Germinal*.
3. Describir las principales condiciones sociopolíticas que permitieron el desarrollo de la segunda parte del proyecto político.
4. Establecer cómo los principales discursos políticos contruidos por Manuel González Prada influenciaron en la fortificación del movimiento anarquista de inicios del siglo XX y cómo esta impactó en el movimiento obrero.
5. Determinar las principales causas que propiciaron el fracaso general del proyecto político construido por Manuel González Prada.

Planteada la problemática y el objetivo general, proponemos nuestra hipótesis general: que en el desarrollo cultural de Manuel González Prada existe un proyecto político bifurcado en dos partes. La primera establecida desde 1886 hasta 1902, donde se constituye la Unión Nacional, la cual canalizará su propuesta programática, siendo ella difundida principalmente en *El Germinal*. La segunda, iniciada en 1902 y

finalizando en 1909, donde González Prada fortalecerá el anarquismo con el fin que inflencie en la conducción del movimiento obrero.

Para afianzar nuestra hipótesis general, constituiremos una serie de hipótesis específicas que nos permitirán fortalecerla:

1. La derrota a manos de Chile (1879-1883), la guerra civil entre Cáceres e Iglesias, la crisis económica y el cuestionamiento de la existencia de la nación peruana se convirtieron en los principales factores que generaron la construcción de la primera parte del proyecto político, cuyo discurso fue acusador, crítico y confrontativo; lo que aparentemente podría derruir a sus rivales con el fin de posicionar a Manuel González Prada como una alternativa en la esfera política nacional.
2. El proyecto político elaborado por nuestro personaje fue apoyado por un grupo de jóvenes que bajo su propuesta discursiva elaborará los cimientos de la Unión Nacional, instrumento que permitiría a Manuel González Prada llegar a su objetivo inicial: constituirse en Presidente de la República. El discurso de nuestro personaje será difundido a la sociedad mediante diversos medios periodísticos, principalmente en *El Germinal*; los cuales buscarán popularizar su propuesta política y cooptar militantes en favor de la organización política.
3. El aumento exponencial de la clase obrera producto de la mejora de la economía peruana, la influencia del movimiento proletario internacional y la monopolización del poder político por parte del Partido Civil se convertirán en las principales causas que establecerán las condiciones sociopolíticas para constituir la segunda parte del proyecto político.

4. La otra mitad del proyecto político elaborado por Manuel González Prada fortaleció el anarquismo peruano, el cual debía conducir al movimiento obrero, cuyo fin programático era destruir al Estado.
5. El proyecto político fracasó porque el discurso de González Prada fue solo de agitación mas no de acción. A lo largo de su experiencia política, no tomó acciones concretas cuando las masas partidarias de la Unión Nacional deseaban obtener, mediante una victoria electoral, el poder estatal (1899) y, más adelante, los grupos proletarios en su mayoría exigían al gobierno central obtener mejores condiciones laborales de manera inmediata y no necesariamente la transformación del sistema político, social y económico (1909). Nuestro personaje se preocupó en ambos casos de concientizarlos teóricamente y esperar las condiciones adecuadas para lograrlo, pero no llegó a un resultado concreto en ninguna de las etapas.

Así, presentaremos el desarrollo del proyecto político de Manuel González Prada verificado en su trayectoria cultural y cómo influyó en la vida política de nuestra nación, tanto en la organización partidaria como en el movimiento obrero.

Para analizar específicamente su proyecto político, establecido entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, tenemos la necesidad de utilizar el método histórico, siendo indispensable porque nos permitirá analizar un acontecimiento del pasado. El método histórico solicita la identificación y selección de las fuentes primarias (heurística); en cuyo caso serían los más importantes discursos políticos elaborados por Manuel González Prada. Este conjunto de discursos serán concatenados confirmando nuestra hipótesis. Además, el método obliga a contextualizar las fuentes utilizadas e incluso contrastarla con otras de la época, como el caso de las memorias desarrolladas por célebres personajes: José

Santos Chocano, Federico Elguera y demás destacados intelectuales, los periódicos que circulaban en ese entonces y asimismo se exige como soporte la información oficial emitida en este caso por las actas de las reuniones partidarias o los encuentros obreros, ya que en ambos escenarios se desarrolló el accionar político de Manuel González Prada.

La presente tesis contiene cinco capítulos. En el primero, se realizará la descripción y aplicación de los principales conceptos que utilizaremos en el presente trabajo. Apoyados en el aporte realizado por consagrados científicos sociales, definiremos, por ejemplo, qué es el poder, la política, el carisma, entre otras categorías que nos ayudarán a entender la constitución del proyecto político de Manuel González Prada.

En el segundo capítulo realizaremos una evaluación bibliográfica en función al accionar político del autor de *Horas de lucha*, utilizando los principales textos producidos tanto en la literatura, la historia y la sociología principalmente; los cuales nos permitirá conocer cómo se ha estado abordando teórica y metodológicamente los estudios en torno a nuestro personaje y cuáles son los ejes temáticos que debemos abordar en un futuro. En este capítulo lo hemos subdividido en tres etapas: el “posgonzalezpradismo” (las investigaciones fundacionales sobre la construcción mitológica de González Prada, quienes lo convirtieron en un crítico radical del sistema político y social del Perú), el afianzamiento (investigadores que ayudan a consolidar la imagen confrontacional de don Manuel frente a la realidad nacional) y la diversificación (los trabajos desarrollados en los últimos veinte años, influenciados por el posmodernismo, que demuestran aspectos específicos sobre el pensamiento gonzalezpradista).

El tercer capítulo describirá la situación del Perú de la posguerra, con apoyo de los testimonios de diversos personajes de la época, quienes retrataron la situación económica, política y social por la que atravesaba el país. Ello es importante porque reflejará las condiciones en las que nació el proyecto político elaborado por González Prada. Este capítulo estará subdividido en tres acápites: el primero refleja a la generación de ancianos, el segundo señala a quienes se encontraron en edad adulta y los jóvenes; el tercero resalta a los niños que fueron testigos del desastre de lo que significó la guerra del Pacífico. Gracias a esta investigación se comprenderá porqué irradió rápidamente el discurso de nuestro personaje en la población, especialmente en el sector juvenil.

En el cuarto capítulo desarrollaremos la primera etapa del proyecto político, iniciada oficialmente desde el discurso en el teatro del Politeama, cuyo impacto provocó la admiración de toda una generación que vislumbró en Manuel González Prada al líder que el país necesitaba, aquel que traería el cambio esperado. Con el apoyo de un conjunto de jóvenes, forjó la Unión Nacional, cuya propuesta programática reflejaba el proyecto de nuestro personaje; más aún, utilizaron los medios periodísticos para difundir sus ideas, cuyo fin será cooptar a los sectores letrados del país. Uno de los diarios que utilizarían fue *El Germinal*. Su popularidad fue creciendo rápidamente, llegando incluso a tentar seriamente el acceso a la primera magistratura del país; sin embargo, don Manuel decide viajar a Europa, dejando a la deriva dicha organización política. Al retornar al Perú, el partido estaba desintegrándose producto de los conflictos internos dados por la falta de un verdadero liderazgo ausente mientras nuestro personaje se encontraba en tierras europeas. González Prada intentó reconstruir la Unión Nacional a través de la misma estrategia que lo llevó a empoderarse en 1886, con el apoyo de un discurso

acusatorio y confrontativo denunciando a los responsables de la crítica situación en la que se encontraba el Perú; pero este intento fracasó, porque las condiciones económicas, políticas y sociales en los últimos años del siglo XIX eran diferentes. El resto de los miembros unión-nacionalistas, frente a la falta de una propuesta concreta por parte de su líder por disputar los comicios presidenciales, decidieron generar otro tipo de estrategias para ganar procesos electorales futuros; lo cual fue del desagrado de nuestro personaje y provocó su alejamiento parcial de la Unión Nacional.

En el último capítulo se intenta descubrir el rol de nuestro personaje en el movimiento obrero nacional. Inicialmente González Prada intentó, junto con la Unión Nacional, convertirse en vicepresidente del Perú durante los comicios electorales de 1903; pero este intento fue frustrado por una falta de coordinación entre los aspirantes a la presidencia y vicepresidencia de la República. Esta situación radicalizó su distanciamiento del sistema democrático al no encontrar alternativa alguna que permita concretizar su proyecto político. Esto conllevó a ayudar a fortalecer el anarquismo como única ideología que pueda conducir al movimiento obrero, el cual tenía un rol histórico: la destrucción del Estado, cuyos aparatos ideológicos servían para reprimir a la mayor parte de la población, siendo dominado por un grupo de personas que monopolizaban la vida política del país. Manuel González Prada ingresó a participar en la celebración más importante: el 1 de mayo, fecha que simbolizaba la lucha central de los proletarios en esa época y la oficialización de las ocho horas de trabajo en la ciudad de Chicago. Si bien su discurso prometía no solo lograr los objetivos laborales, sino eliminar la creciente desigualdad a partir de la desaparición del gobierno central, no todos los obreros estarían encandilados por la propuesta emanada de nuestro personaje. González

Prada priorizó su lucha por el control ideológico de la organización obrera en contra de los mutualistas o los socialistas, pero no tuvo suficiente capacidad para captar al proletariado patrio en su conjunto; por tanto, nuevamente se reencontró con el fracaso al no llevar a cabo proyecto en esta etapa.

A partir de esta investigación, por lo tanto, estaremos presentando el proyecto político elaborado por Manuel González Prada, el cual nació en el marco de su desarrollo cultural, quien intentó participar en el cambio estructural de nuestro país, pero cuya experiencia no llegó a constituirse producto de sus rotundos fracasos en ambas etapas.

Finalmente y por ello menos importantes agradecer a mi asesor de tesis Mauro Mamani, quien ha sido un gran guía durante esta etapa. Las conversaciones con Necker Salazar y las enseñanzas de Richard Leonardo han sido de vital importancia para mi desarrollo académico. A todos ellos mis infinitos agradecimientos

CAPÍTULO I

CONCEPTO PARA ASEDAR EL PROCESO IDEOLÓGICO

DE MANUEL GONZÁLEZ PRADA

En el presente capítulo, utilizaremos algunos conceptos como ideología, poder, intelectual, político y carisma, los cuales relacionaremos con nuestro trabajo y la coyuntura analizada en la presente tesis, que se enmarca en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros veinte años del siglo XX. Durante ese lapso de tiempo, en el Perú surgieron una serie de acontecimientos que transformaron el país; por ejemplo, la guerra del Pacífico, la reconstrucción nacional y el establecimiento de la República aristocrática, llamada esta última etapa erróneamente, por autores como Carlos Contreras y Marcos Cueto, como una “primavera democrática” porque fue una etapa de larga duración democrática, sin larga irrupción de golpes de estado con excepción del realizado por Benavides en perjuicio de Billinghurst (1914). Durante el lapso de tiempo que estudiaremos (1884-1919), se detecta las ingentes brechas sociales, políticas y económicas que la propuesta política elaborada por Manuel González Prada intentó cambiar.

1.1. IDEOLOGÍA

La definición de ideología fue ampliamente debatida por muchos investigadores como Carlos Marx, Vladimir Ilich Ulianov (Lenín) o Slavoj Žižek, por citar algunos ejemplos. Recordemos que todos los autores tienen distintas formas de conceptualizarla producto de su experiencia o posición social. De las múltiples opciones, decidimos utilizar la propuesta vertida por Teun Van Dijk, quien nos permitirá un mejor análisis tanto del proyecto político de Manuel González Prada

como de la sociedad peruana de aquellos tiempos al señalarnos que el término “ideología” es sinónimo de “exclusión”, con lo cual quiere decir que tenía como fin favorecer a un grupo minúsculo de personas, en muchas ocasiones en detrimento de sectores sociales mayoritarios. En otras palabras, Van Dijk señala que la ideología:

[...] son representaciones de lo que somos, de lo que sostenemos, de cuáles son nuestros valores y cuáles son nuestras relaciones con otros grupos, particularmente con nuestros enemigos u oponentes, esto es, aquellos que se oponen a lo que afirmamos, amenazan nuestros intereses y nos impiden el acceso igualitario a los recursos sociales y los derechos humanos [...] En otras palabras, una ideología es un esquema que sirve a sus propios intereses para la representación de nosotros y ellos como grupos sociales. Esto significa que las ideologías probablemente tienen el formato de un esquema de grupo, o al menos el formato de un esquema de grupo que refleja nuestros intereses sociales, económicos, políticos o culturales fundamentales (Van Dijk, 1999, p. 95).

Por tanto, durante la coyuntura analizada en esta investigación, la ideología juega un rol fundamental para comprender el funcionamiento político de la sociedad peruana.

La clase dirigente peruana, a pesar de su humillante derrota en la guerra contra Chile (1879-1883), siguió manteniendo el dominio político del país; por lo tanto, conservaron el *status quo* implantado desde los orígenes de la República, en donde la mayoría de pobladores peruanos eran excluidos de participar en los procesos electorales y en general en la vida política de la nación al considerarlos incapaces de

formar parte de la ciudadanía y no aptos para recibir los derechos políticos, como la capacidad de elegir a las autoridades locales y nacionales.

Esta exclusión de los sectores mayoritarios de la sociedad nacional provocó, durante la reconstrucción nacional (1884-1895), la respuesta de González Prada al construir un proyecto político que prometía principalmente incluir a los grupos subalternos (las masas indígenas especialmente) a la vida política del Perú; por tanto, se establecía un país donde las barreras desintegradoras implantadas desde etapas coloniales y fortalecidas en los albores de la República eran eliminadas, estableciendo una sociedad igualitaria al aceptarse sin distinción a todos los peruanos como parte de la nación. Esto se lograría si y solo si llegaba a convertirse en el primer mandatario de nuestro país. Como apreciamos, existiría, a fines de la centuria decimonónica, una confrontación entre dos posiciones: de un lado, quienes validaban la exclusión de las mayorías al considerarlas inmaduras en materia educativa y económica, siendo uno de los principales defensores de esta posición Ricardo Palma, quien incluso culpó a los indígenas de convertirse en los principales responsables de la derrota frente a Chile al no comprometerse con la defensa nacional; y, por otro lado, quienes intentaban anexarlas a la vida política del país, corriente en la que se encontraba nuestro personaje, pero cuya propuesta no estaría aislada. Se conformará un proyecto que será compartido por un grupo de jóvenes quienes forjarán, junto a don Manuel, la Unión Nacional con el fin de aplicar estas ideas a la realidad. El pensamiento de nuestro personaje fue amoldado dentro del programa político Unión Nacionalista, ahora defendido por un grupo de personajes quienes compartían esa visión de país.

En la segunda parte del proyecto político (etapa anarquista) pondremos en evidencia que, a pesar del desarrollo económico de nuestro país, la riqueza no llegó

a todos los peruanos, solo un conjunto reducido de personas seguía siendo dueño de las fuerzas productivas (el capital y las fábricas) dejando a la mayoría de la población en la extrema pobreza y más aún sin participar en los destinos del país. La masa obrera ofrecía su fuerza de trabajo a cambio de recibir ingresos económicos que le permitan subsistir y solventar los gastos familiares, trabajando hasta 14 horas diarias durante 7 días a la semana, sin beneficio alguno en caso de sucederle algún tipo de accidente. Frente a este escenario, la ideología anarquista (cuyo origen es europeo) será promovida y adaptada a la realidad nacional por Manuel González Prada, quien proponía la eliminación del Estado, medio que utilizaban los grupos de poder para someter y mantener a la población en esa denigrante situación de pobreza e indigencia. Además, el discurso gonzalezpradista buscaba acabar con la explotación del hombre por el propio hombre.

A lo largo del proyecto político, se intentó ideológicamente alterar las relaciones políticas y sociales para llevar a cabo una verdadera revolución en nuestro país. Recordemos que en ambos escenarios don Manuel no estaba solo, representaba a un conjunto de personas: en una primera parte, a los militantes políticos; y, en otra, a los proletarios anarquistas quienes compartían su pensamiento.

1.2. POLÍTICO

En el mundo de las ciencias sociales, existe una cantidad pletórica de propuestas que intenta definir lo que es el político. Autores clásicos como Aristóteles hasta personajes contemporáneos como Giovanni Sartori han elaborado múltiples textos para ofrecernos un concepto preciso en torno a ello.

En la presente tesis, hemos decidido optar por las ideas de Max Weber, porque se adapta mejor a las condiciones de nuestro país de fines del siglo XIX y principios

del XX. El autor de *Economía y sociedad* señala que “quien hace política aspira al poder, al poder como medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder por el poder” (Weber, 1988, p. 84). Por tanto, los responsables de llevar a cabo esta empresa de empoderarse del manejo de la burocracia estatal a través de los procesos electorales realizados regularmente para promover la alternancia de poder son los políticos, cuyos elementos que deben acompañarlos al participar en la vida pública de un país son “parcialidad, lucha y pasión, elemento del político y sobre todo del caudillo político” (Weber, 1988, pp. 115). Esta característica es propia de nuestro personaje, ya que en un primer momento intentaba alcanzar el poder político del país por intermedio de su triunfo en las elecciones populares y, para lograrlo, forjó un partido: la Unión Nacional, medio que le permitiría convertirse en presidente de la República, organizando para ello un programa que buscaba integrar a todos los sectores que no se encontraban conformes con las organizaciones tradicionales, en este caso: el Partido Civil, el Partido Demócrata o el Partido Constitucional.

Su viaje a Europa provocó la retirada de cientos de simpatizantes, quienes sintieron la falta de un liderazgo. El retorno de Manuel González Prada al país años después aparentemente hubiese significado el resurgimiento de la Unión Nacional, pero no fue así. No se generó un discurso novedoso por parte de nuestro personaje que permitiese tener expectante a los militantes unión-nacionalistas, generando la diáspora de los minúsculos grupos que aún creían en conducir las riendas del país.

Su rol como hombre político durante la segunda parte del proyecto político fue pasiva, porque se convirtió exclusivamente en un ideólogo, en redactor de opiniones en diarios proletarios o conferencista en distintas reuniones del movimiento obrero. González Prada prefirió crear teóricamente las condiciones para llevar a cabo la

revolución peruana que acabaría con las ingentes brechas sociales que distanciaban a ricos y pobres.

Debemos considerar que su papel al interior del movimiento obrero era brindar conferencias que permitieran generar conciencia en el proletariado patrio y con ello integrarlo a las filas ideológicas del anarquismo.

1.3. CARISMA

Una característica inherente en los líderes políticos es aunar seguidores (entre simpatizantes y fanáticos) alrededor suyo, quienes se convertirán en el respaldo social. Para lograrlo, los políticos debían poseer un carisma especial, tal como señalaba Max Weber, el cual sea atractivo a la población:

[...] debe entenderse por carisma, la cualidad, que pasa por extraordinaria, de una personalidad, cuya virtud se le considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas, o como enviados de Dios, o como ejemplar, y en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder. El modo cómo había de valorarse objetivamente la cualidad en gestión sea desde un punto de vista ético, estético u otro cualquiera, es cosa del todo indiferente en lo que atañe a nuestro concepto, pues lo que importa es cómo se valora por los dominados carismáticos, por los adeptos (Weber, 1969, p. 280).

El carisma convertía a los hombres públicos en los catalizadores de las demandas públicas que las masas solicitaban o quienes otorguen la confianza de viabilizar las expectativas de la mayoría poblacional.

Manuel González Prada irradió su carisma hacia la generación posguerra del Pacífico, percibiendo en él al líder que necesitaban, aquella persona que podía concretar las reformas que el país en su conjunto anhelaba. Los discursos en los teatros Politeama y Olimpo, por citar tan solo dos ejemplos, fueron importantes para atraer a la juventud de aquellos tiempos. Paradójicamente, fueron los miembros juveniles quienes se trasladaron hacia otras organizaciones políticas a partir de 1899 al detectar que la Unión Nacional estaba resquebrajándose internamente y el discurso de nuestro personaje fue perdiendo vigencia.

Posteriormente, González Prada intentará atraer a un sector del movimiento obrero (los anarquistas) quienes lo catalogaron como el ideólogo, aquella persona con la capacidad de organizarlos teóricamente en su objetivo de liquidar las ingentes brechas sociales que separaban a quienes poseían las fuerzas productivas y quienes no. Es importante porque nuestro personaje fue el único que presentaba en su discurso la idea de una revolución, de un cambio radical; a comparación de los mutualistas, quienes tenían un discurso conciliador con la burguesía. Empero, su discurso y el carisma no fue suficiente para aglutinar a la mayor parte del proletariado nacional porque no concretó resultado alguno, lo que generó el abandono paulatino de su proyecto político.

1.4. INTELECTUAL

¿Qué es un intelectual? Una interrogante que a lo largo de los años ha sido respondida de diversas maneras por distintas personas e instituciones. Por ejemplo, mencionamos la propuesta hecha por la Real Academia Española (RAE), la cual señala que el intelectual es la persona “dedicada al cultivo de la ciencia y letras”.

Otra propuesta es realizada por Sergio Bagú: “[...] el intelectual elabora un conocimiento nuevo, para lo cual traduce y resume el conocimiento que le rodea y, además, lo interpreta y enriquece, inyectado siempre en su sentido último esa cuota biográfica presente en todo lo humano, pero muy decisiva en su obra intelectual” (1971: p. 68). Por tanto, para Bagú el intelectual es una persona productora de conocimientos e innovadora, tanto en las letras como en las ciencias. Sin embargo, durante el siglo XX, el papel de los intelectuales ha obligado a tomar una posición diferente, no solo como creadores e innovadores académicos.

A fines del siglo XIX, en Francia, nace oficialmente el término “intelectual” durante el juicio al general Alfred Dreyfus, quien fue acusado de venderle secretos bélicos al máximo rival de los franceses, nos referimos a Prusia; sin embargo no existía una prueba contundente para acusarlo, sino tan solo existía indicios y opiniones subjetivas, dividiéndose la opinión pública entre quienes estaban a favor de su encarcelamiento y los que estaban en contra al no encontrarse elementos contundentes para su culpabilidad. Entre este último grupo se encontraba Emilio Zolá, quien defiende a Dreyfus mediante un manifiesto titulado: *De los intelectuales*. A partir de ello, los hombres de letras y ciencias toman un rol protagónico en la sociedad y, en la mayoría de los casos, se convierten en líderes de opinión cuyo rol era “decir la verdad y revelar el engaño” (Chomsky, 1969).

Bajo esa idea, existen autores que exploran al intelectual como ente activo de la sociedad; por ejemplo, Antonio Gramsci señala que la función central de lo que llama el “intelectual orgánico” es ofrecer una conciencia de clase al grupo que pertenece, de esta manera los intelectuales forjarán en los grupos subalternos la capacidad de discernir sobre su realidad y poder actuar sobre ella (Gramsci, 1967).

Propuesta similar es sugerida por Norberto Bobbio, quien propugna que el intelectual debe buscar homogeneizar el conocimiento de la población para, de esta manera, derribar los muros que dividen a los pobres y ricos; este proceso lo denomina “política de la cultura” (Bobbio, 1998). Es por ello que los intelectuales no pueden ser personas pasivas, sino que deben convertirse en lo que Walter Benjamin denominaba “escritores operantes”. Pero Benjamin va mucho más allá —a comparación de sus pares académicos— ya que no solo debe tener en cuenta la importantísima misión asignada al intelectual; además debemos abordar las condiciones en las que realizará su tarea. De esta manera, distinguiremos los pro y contra que se presentaron para su hacedero; es decir, se contextualiza sus hechos y palabras (Benjamin, 1969). En lo que coinciden todos los autores anteriormente mencionados es que los verdaderos intelectuales deben criticar y combatir al sistema dominante en favor de los dominados (Bourdieu, 2001).

Si bien estas posiciones son importantes, para el presente trabajo decidimos utilizar la propuesta de Carlos Altamirano, la cual se adapta a la realidad latinoamericana de aquellos tiempos:

[...] tuvo su bautismo político en la batalla entre dreyfusistas y antidreyfusistas, tiene algo de llamamiento: convoca a elevarse por sobre las fronteras y preocupaciones profesionales, a desprenderse de los criterios de especialización del saber de género literario o artístico, para comprometerse en cuestiones relativas a la verdad y justicia (Altamirano, 2012, p. 48).

Señalaba Altamirano que estos intelectuales se convertirían en hombres de acción, participantes activos de la vida política del país. Esta situación fue alcanzada por Manuel González Prada durante el lapso que constituyó su proyecto político a

fin del siglo XIX y principios del siglo XX, porque no solo ayudó a constituir la Unión Nacional en esta etapa, sino que además propuso un programa de gobierno innovador para su época, analizó los problemas endógenos de la sociedad peruana e intentó invitar a la mayor parte de sectores que la componían a integrarse a la vida política, todo ello canalizado en discursos que serán publicados en diferentes diarios del país, como *La Luz Eléctrica*, *El Germinal*, entre otros.

Su rol como intelectual también se reflejó en la segunda parte del proyecto político al convertirse en ideólogo del movimiento obrero peruano, no solo por preocuparse porque el proletario realice manifestaciones públicas para exigir mejores condiciones de vida, sino que también intentaba, al interior de las filas proletarias, promover la cultura, difundir la prensa escrita, expandir el hábito de lectura que permita al trabajador leer e interiorizar las ideas anárquicas entre otras actividades propias de un intelectual activo. Aunque su legado más importante fue adaptar el anarquismo a la realidad nacional, lo que provocó que se aglutinara una propuesta que lamentablemente no fue comprendida por todos los sectores obreros del país.

Por lo tanto, no solo apreciamos a una persona que construyó un proyecto político; además constituyó sus cimientos académicos reflejados en sus discursos y textos, los cuales posteriormente servirán al aprismo y la izquierda para solventar sus bases fundacionales.

1.5. PODER

Michel Foucault postula que el poder no es un elemento que se posee, menos aún que sea propiedad de una persona o grupo; por el contrario, existen medios para ejercerlo. En tal sentido, sus efectos no son atribuibles a una apropiación, sino

a ciertos dispositivos que le permiten funcionar plenamente como elementos de represión e ideología, los cuales no son más que estrategias extremas del poder que en modo alguno se contenta con excluir, impedir o hacer creer y ocultar (Foucault, 2001, p. 46).

En este escenario, los mecanismos que utilizó Manuel González Prada para llevar a cabo el proyecto político fue la prensa, tanto en la primera etapa con *El Germinal* (diario oficial de la Unión Nacional), como en la segunda parte con el respaldo de *Los Peruanos*. En ambos espacios periodísticos, publicará sus discursos, en donde propondrá su crítica en torno a la sociedad peruana; además, servirá para atraer, en ambas partes del proyecto político, a los militantes partidarios y masas obreras.

Sin embargo, el poder político dominante también utilizó diversos instrumentos. Por un lado, la prensa, al utilizar el diario *El Comercio* para defender los intereses de sus candidatos en las elecciones de 1899, donde sería elegido el integrante del Partido Civil, Eduardo López de la Romaña; por otro lado, las fuerzas represivas, representadas por la policía, quien en todo el desarrollo del proyecto político de González Prada acosaron a los miembros unión-nacionalista y a los obreros al reprimir sus manifestaciones públicas. Sus medios para mantener el control del aparato estatal y frustrar el intento de algún proyecto alternativo como el de nuestro personaje serán detenidos.

Curiosamente, el Estado, a través de su instrumento burocrático, terminará por anexar a nuestro personaje durante la segunda década del siglo XX al nombrarlo director de la Biblioteca Nacional.

De esta manera, definir las categorías que utilizaremos a lo largo de nuestro trabajo nos permitirá realizar un acercamiento a la realidad de aquel entonces,

además de abordar la constitución y el fracaso del proyecto político de Manuel González Prada durante todo este lapso de tiempo.

CAPÍTULO II

RECEPCIÓN CRÍTICA DEL DISCURSO ÉTICO Y ESTÉTICO

DE GONZÁLEZ PRADA

La vida personal de Manuel González Prada, sus discursos, la convulsionada actividad pública, entre otros aspectos de su vida, han sido estudiados por distintas personas en diferentes épocas. La producción intelectual es vasta, requiriendo, tan solo el análisis bibliográfico de la misma, una investigación propia. En el presente capítulo, realizamos un balance bibliográfico en torno a los principales libros, artículos y ensayos sobre nuestro personaje; pero tan solo tomando los trabajos que abordaron su accionar político. Para ello, nos nutriremos de los trabajos realizados por José de la Riva Agüero, Luís Alberto Sánchez, Antonio Cornejo Polar, Carlos García Bedoya, entre otros.

Esta parte de la investigación estará organizada en tres etapas, cuya línea divisoria es temporal. En una primera etapa, abordaremos el posgonzalezpradismo, refiriéndose a contemporáneos suyos, personas que acompañaron en algún momento a nuestro personaje durante sus últimos años de existencia física en tierras mundanas y los responsables de constituir los cimientos de su leyenda como hombre inquebrantable en sus principios y convicciones.

En una segunda etapa, catalogada como la consolidación, veremos autores que se encargan de solventar la leyenda en torno a Manuel González Prada, resaltando los discursos sobre su posición en contra de los responsables directos de la derrota militar frente a Chile, la crítica al sistema político de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, su apoyo al movimiento obrero peruano, entre otros aspectos

que lo convirtieron en un pensador clásico del Perú y un ejemplo moral digno de imitar por los peruanos.

Un tercer grupo estará conformado por aquellos establecidos desde las últimas décadas del siglo XX hasta el día de hoy, quienes se encargan de estudiar características poco usuales en el autor de *Páginas libres*; por ejemplo, su vinculación con el liberalismo, la contribución como articulista en los diarios proletarios y demás aspectos de su propuesta política. De esa manera, podemos realizar un análisis de cómo se abordó a lo largo del tiempo los estudios en torno a nuestro personaje y qué falta por elaborar.

2.1. EL POSGONZALEZPRADISMO (1920-1970)

Manuel González Prada fallece en 1919, año en que asumiría por segunda vez la presidencia de la República Augusto Bernardino Leguía, siendo calificada esta etapa por Jorge Basadre como el oncenio (1919-1930) debido a su duración en el poder político.

González Prada, gracias a su radical discurso, llamó la atención de un grupo de jóvenes, como el caso de José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Abraham Valdelomar, entre otros personajes que entablarán un diálogo directo con el maestro durante los últimos años de su vida, convirtiéndose esas amenas pláticas en notas periodísticas publicadas en los más importantes diarios capitalinos. Los integrantes de esa juventud que conoció a nuestro personaje y lo reivindicaron como su maestro, se convertirán más adelante en influyentes personajes de la élite intelectual y política de nuestro país. Recordemos que los intelectuales de la generación que se forjó en las tres primeras décadas del siglo XX serán reconocidos como los patriarcas de las letras nacionales, cuya influencia aún continúa vigente.

No debe extrañarnos entonces la vigencia del autor de *Horas de kucha* hasta la fecha, dado que sus autotitulados discípulos popularizarán sus frases en contra el sistema imperante en sus distintos trabajos de reflexión política y social; pero, así como existieron personas que respaldaron el accionar de Manuel González Prada, también hubo opositores a él, como el caso de Ricardo Palma y Riva-Agüero, quienes señalaron que las ideas gonzalezpradistas eran totalmente irreales, ahondando las diferencias entre los peruanos y no mermándolas, lo que provocaría un antagonismo irreparable.

Entre esta lista de personajes que expusieron sobre el rol político de Manuel González Prada, se encuentra el mencionado José Carlos Mariátegui, quien llegó a realizarle una entrevista publicada en el diario *La Prensa*, uno de los periódicos más importantes de inicios del siglo XX. En dicha entrevista, González Prada menciona el rol jugado por cada una de las generaciones intelectuales que hasta ese entonces aparecieron en nuestro país, resaltando a la generación integrada por Federico More, Abraham Valdelomar, entre otros, quienes se atrevieron a proponer públicamente una sociedad distinta, donde los derechos ciudadanos puedan ser gozados por todos los peruanos sin distinción económica o étnica alguna (siguiendo la propuesta programática de nuestro personaje), donde la meritocracia se impusiera sobre el abolengo familiar y las clases medias obtengan un papel protagónico en la vida pública de la nación. Mariátegui —autor de *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, uno de los libros de mayor vigencia en el Perú por su análisis en torno a la realidad histórica de nuestro país— califica a González Prada como el primer poeta peruano, el gran ensayista, el maestro insigne de la juventud, entre otras alabanzas que acompañan su nombre hasta estos días. Estos adjetivos fueron atribuidas a nuestro personaje producto de la feroz crítica emitida en sus discursos

en donde fulmina a la élite perezosa, liquida la imagen de la Iglesia, lapida el papel de los militares mientras tenían presencia en el gobierno central, critica el oportunismo de los políticos que construyen fama y fortuna sobre las buenas honras y enriquecen su pecunio personal a costa del erario público; en otras palabras, para Mariátegui, nuestro personaje fue un verdadero luchador social (Mariátegui, 2002), porque no tuvo reparos en criticar virulentamente los grandes problemas que arrastraba el país sin temor a represalia alguna.

En una posición contraria al discurso mariateguista, se encuentra José de la Riva-Agüero y Osma. En su texto *Carácter de la literatura del Perú independiente*, reconoce la valentía de González Prada en denunciar los males que presentaba el Perú y que Riva-Agüero no negaba; sin embargo, muchas de sus denuncias eran exageradas e injustas al homogenizar responsabilidades sobre el desastre de la guerra del Pacífico a toda la élite económica de nuestro país, ya que existieron muchos miembros de la aristocracia republicana que ofrendaron incluso su propia vida en favor de la patria, situación que el autor de *Horas de lucha* no manifiesta en reconocer. Además, califica las propuestas políticas de Manuel González Prada como “utópicas”, porque el intentar integrar a los analfabetos e indígenas a la nación era inconcebible debido a que aún no habían alcanzado la madurez cívica e intelectual para convertirse en ciudadanos y asumir responsablemente la conducción del país.

Riva-Agüero menciona que el discurso gonzalezpradista tuvo poco arraigo en las ciudades; sin embargo, en las provincias su impacto fue importante (Riva-Agüero, 1962, p. 176). El porqué de esa reacción al interior del país, es producto del cuestionamiento al *status quo* que provoca una fuerte atracción en el habitante de la sierra, quien históricamente era excluido por el poder político central. El discurso

promovido por González Prada señalaba que todas las personas que ostentaron y ostentaban el poder eran personajes corruptos y personajes de mal vivir que se aprovechan en saquear el tesoro público y derrochar los bienes de todos los peruanos. Es natural este tipo de apreciaciones por parte de Riva-Agüero en contra del discurso gonzalezpradista, porque recordemos que pertenece a la élite pudiente del Perú y, por tanto, tenía que salvaguardar los intereses de su clase social.

Luis Alberto Sánchez, uno de los más grandes intelectuales y políticos de nuestro país, califica a Manuel González Prada como uno de los patriarcas ideológicos del aprismo, de ahí su interés por estudiar a este personaje.

Entre las obras dedicadas a la figura de González Prada —por parte de Sánchez—, resalta *Don Manuel*, uno de los principales libros en donde es estudiado exhaustivamente su devenir político. Dicho texto se ha convertido en consulta obligatoria para todos aquellos que abordan a este personaje. En su interior, narra detalles de su vida poco comentados en las biografías generales, información sobre los avatares políticos después de la guerra contra Chile e incluso el rol de nuestro personaje como director de la Biblioteca Nacional (1909). Curiosamente, la participación de González Prada con los obreros peruanos es minimizada en esta obra.

Otro de los escritos de la autoría de Sánchez es *Nuestras vidas son los ríos...Historia y leyenda de los González Prada*, el cual presenta la genealogía de la familia González Prada, la que es detectada desde épocas coloniales. No debe extrañarnos el apego de nuestro personaje a la vida pública de país, ya que sus parientes estaban ligados a la misma.

Luis Alberto Sánchez tiene otro mérito: persuadir a la esposa de Manuel González Prada, la francesa Adriana Verneuil, de describir su vivencia íntima con

nuestro personaje. En el texto *Mi Manuel* se detallará la opinión tras bambalinas sobre la formación de la Unión Nacional, la decepción de la prensa nacional e incluso la ruptura con el movimiento obrero en 1909.

Como apreciamos, Manuel González Prada causó a este grupo de personas tanto admiración como animadversión, siendo los primeros quienes finalmente predominaron. Sus libros y artículos se constituyeron en los cimientos que servirían a las siguientes generaciones de estudios sobre nuestro personaje, quienes consolidarían el discurso que distribuyó principalmente en el teatro del Politeama, en el teatro Olimpo y durante sus intervenciones en las reuniones del proletariado patrio.

2.2. LA CONSOLIDACIÓN (1970-1990)

Durante los años setenta, la izquierda necesitaba constituir héroes míticos, aquellos que durante su vida desafiaron sin temor alguno al poder dominante y cuyo discurso se convertiría en los cimientos ideológicos que promoverán el cambio social. Entre estas figuras resaltarían José Carlos Mariátegui y Manuel González Prada. En el caso de este último, los intelectuales de izquierda buscaron vincularlo con sus propuestas ideológicas, además de arrebatarse al aprismo a esa figura que representaba los orígenes de la rebeldía y el cuestionamiento al *status quo*, más aún cuando el Apra fue tildada como una organización aliada con la oligarquía. Pero no todos los trabajos durante esta época siguieron tradicionalmente el objetivo de endiosar la imagen de González Prada; existieron investigaciones que priorizaron la objetividad científica sobre el interés ideológico.

Uno de los más grandes representantes de la historiografía peruana, Jorge Basadre, quien nació durante los años de la ocupación chilena en la ciudad de

Tacna, dedicó en muchos pasajes de su monumental *Historia de la República* sobre el rol jugado por Manuel González Prada, quien alcanzó fama posterior a la guerra del Pacífico y el impacto de su discurso en los diversos estamentos de la sociedad, provocando molestia en la clase dominante y agrado en los sectores de las clases media y subalterna por que solicitaba participación en la política nacional (Basadre, 2005). Sin embargo, Basadre, al igual que Sánchez, no profundiza en la actividad del autor de *Páginas libres* dentro del movimiento obrero; pareciera adrede la no vinculación con una etapa donde mostró contradicciones entre lo que pregonaba discursivamente y su praxis.

Aunque en otro texto elaborado por Jorge Basadre —*Perú: Problema y posibilidad* (1984)—, señalará que Manuel González Prada, desde muy joven, mostró una actitud rebelde al evitar educarse en los seminarios católicos. Por cuestiones del destino, él sería educado en Valparaíso. Dicho lugar era “un puerto modernizado” (Basadre, 1984, p. 158), en donde se vivía con una mentalidad liberal muy distinta al de la capital peruana. Al parecer, su estirpe familiar, al desear alejarlo de los cánones liberales, terminó por catapultar de forma más efectiva dicho pensamiento en Manuel.

Manuel González Prada fue también estudiado por el diplomático e historiador Raúl Porras Barrenechea, resaltando su discurso confrontativo en contra de los intereses particulares, los cuales se sobreponían a los del Perú en su conjunto. Esta posición le valió la censura por parte de gran parte de la prensa nacional, prohibiendo la reproducción de sus artículos, que criticaban a la clase política, perdiendo grandes oportunidades laborales e incluso colocando en riesgo la vida de su familia:

[...] es la suya la tremenda admonición de post-guerra que, a la vez castiga los vicios y lacerías políticas de la época, analiza los defectos profundos del espíritu nacional, los yerros políticos inveterados e inicia la díscola campaña de unos contra otros, zahiriendo con saña el redo católico, profesado por la mayoría del país y azuzando el resentimiento de las provincias contra Lima (Porrás Barrenechea, 1963, p. 520).

En esta época aparece el texto escrito por Hugo García Salvatecci titulado *Pensamiento político de González Prada*, en donde desarrollará las influencias intelectuales que conllevó a nuestro personaje a forjar su discurso político desde una posición románticista (antes de 1879), reflejada en las notas y resúmenes poéticos difundidos en diversos diarios de la capital y en la influencia de Ernst Renan, el cual le permitirá realizar una evaluación sobre nuestra existencia como nación; además, el impacto del anarquismo europeo en sus textos, sirviendo como insumo para comprender la tensa situación vivida en nuestro país entre burgueses y obreros en los albores del siglo XX. Este texto se constituye como el primero que evalúa cómo se constituyó ideológicamente las propuestas gonzalezpradistas.

Antonio Cornejo Polar, uno de los más prolíficos críticos literarios de las últimas décadas, nos señala la confrontación ideológica entre González Prada frente a Ricardo Palma y José de la Riva-Agüero, quienes eran tildados por el autor de *Horas de lucha* como los representantes del conservadurismo al promover la vigencia del pensamiento hispánico en la literatura nacional. Posición contraria a la de nuestro personaje, quien mostraba “el apetito de modernidad, con su consecuente fervor por las modernas literaturas europeas no peninsulares y su desprecio frente a la tradición española, tiene su mejor y más combativo representante en Manuel

González Prada” (Cornejo Polar, 1989, p. 91); pero es interesante resaltar que su propuesta político-literaria no solo quedaba conformada por una simple contradicción hacia los representantes del conservadurismo:

[...] en el fondo, a González Prada le interesaba sobre todo instalar en el Perú, a su sociedad y su cultura, dentro de las coordenadas de la modernidad —que él entendía como el nivel más alto alcanzado por un proceso histórico cuya vanguardia era la Europa liberal, descreída y positivista [...] en última instancia, ser moderno es el resultado de la destrucción del anclaje hispánico de la tradición literaria peruana y la correlativa inmersión de la nueva literatura y la correlativa inmersión de la nueva literatura en la corriente viva del arte internacional más avanzado (Cornejo Polar, 1989, p. 193).

Como podemos apreciar, Cornejo Polar resaltaba la existencia de un proyecto elaborado por González Prada, pero enfocándolo desde el plano intelectual; sin embargo, el intento de nuestro personaje fue frustrado porque sería derrotado por el proyecto oligárquico cuya capacidad material e institucional se impuso frente al empeño e ilusión de él.

Augusto Salazar Bondy señala que Manuel González Prada fue un combatiente social, una persona que rechazó la influencia teológica en la sociedad y descalificó a la metafísica como herramienta para comprender la dinámica social. Nuestro personaje apostaba por la inversión en la ciencia, la cual nos permitiría tener los instrumentos adecuados para desarrollar la educación en nuestro país y con ello obtener la libertad necesaria para no depender de las creencias religiosas, las cuales embrutece la mentalidad de las personas. Además, el autor de *Páginas libres* promueve la desaparición del Estado, porque este se convierte en un elemento de

los poderosos para someter a las mayorías. Salazar Bondy señala que el acercamiento de Manuel González Prada al movimiento obrero es por convicción social, porque eran las víctimas directas de este desarrollo económico que vivió el país en la primera década del siglo XX al convertir su jornada laboral en esclavismo industrial (Salazar Bondy, 1967).

Aníbal Quijano pone en evidencia el papel de González Prada como el principal agente cuestionador en contra de la clase oligárquica de nuestro país producto de su desastroso rol durante la guerra del Pacífico. La etapa anarquista de nuestro personaje tuvo auge a partir de 1904, porque coincide con una mayor intensidad de huelgas obreras (Quijano, 1972); por tanto, debía establecer un discurso acorde a la solicitud popular. Por ende, González Prada estuvo conectado con la población y los reclamos que ella realizaba.

Si realizamos una primera evaluación en torno a los textos reseñados, todos coinciden en destacar el rol de González Prada en favor de ayudar a las poblaciones subalternas y atacar a quienes se encontraban en lo más elevado del estamento social.

Bruno Podestá, en su texto *El Pensamiento político de Manuel González Prada*, narra detenidamente la propuesta desarrollada por nuestro personaje para enfrentar la marginación política de la que era víctima la población indígena; de otro lado, plantea el rol de González Prada como el principal promotor del anarquismo peruano, aunque esta es la parte más débil del texto, porque no profundiza si fue recepcionado de manera efectiva la propuesta política por parte de los obreros. Este texto pareciera en algunos pasajes convertirse en un breve resumen de los aportes realizados por Luis Alberto Sánchez (Podestá, 1975).

En tanto, Estuardo Núñez nos presenta la experiencia de Manuel González Prada en Francia. Es interesante este aporte porque permitirá conocer las condiciones sociopolíticas que contribuyeron a la formación ideológica del pensamiento anarquista de nuestro personaje:

[...] el viaje en Europa dejó huella en el pensamiento de González Prada, Francia afianzó la seriedad de su vocación intelectual y dio el aliento al pensamiento libre y la misión reformadora. España señaló con la selección de sus grandes valores, desde Quevedo a Unamuno, al eterno llamado del genio creador y crítico y de la capacidad de recuperación democrática, a la luz de ideologías reformistas (Núñez, 1989, p. 182).

Finalmente, Carlos García-Bedoya señala que la aparición de González Prada en el mundo académico fue el inicio del modernismo, el cual desplazó al romanticismo, siendo esta una corriente literaria que presentada influencia colonial (García-Bedoya, 2004); por ello no debe extrañarnos la fulminante crítica de González Prada hacia Ricardo Palma al calificarlo como representante viviente de los intereses hispánicos tradicionales. Esta confrontación no solo fue en el plano académico. Recordemos que, al asumir la dirección de la Biblioteca Nacional, el autor de *Horas de lucha* fulmina el trabajo realizado por Palma al calificarlo de incapaz, lo que provocó una gran polémica entre los intelectuales de la capital.

Como hemos apreciado, gran parte de los estudiosos terminaron por consolidar la imagen de nuestro personaje como el innovador del paradigma literario o como una figura política importante. Es inexistente el cuestionar su rol o resaltar los fracasos. El dominio ideológico de la izquierda jugó un papel importante para sepultar este tipo de cuestionamientos.

2.3. LA DIVERSIFICACIÓN (1990-2015)

La crisis de paradigmas y la influencia de la posmodernidad alteraron las formas de investigación. El análisis general y la reflexión global fueron dejados de lado para dar paso a estudios de carácter coyuntural, más específicos y detallistas. Los textos en torno a nuestro personaje no estuvieron divorciados de este tipo de influencias que afectaron las ciencias humanas; sin embargo, existieron investigaciones que se resistieron a la influencia del posmodernismo y que a continuación veremos.

La búsqueda documental es una experiencia que no ha dejado de estar presente en el mundo de la investigación. Manuel Zanutelli realizó una intensa búsqueda en archivos tanto nacionales como extranjeros con el fin de presentarnos el libro titulado *Documentos de la familia González Prada*, en donde señala que los abuelos de nuestro personaje sirvieron a la corona hispánica, consolidando las sugerencias realizadas por Sánchez. Este texto evita ofrecer alguna opinión o interpretación sobre el rol de la familia del personaje en mención.

A pesar de buscar nuevas formas de abordar la vida y obras producidas por Manuel González Prada, persistieron quienes defendían su papel transformador en la política y literatura nacional. Uno de ellos es Higgins quien, en su texto *Historia de la literatura peruana* (2006), califica al autor de *Horas de lucha* como un crítico social, porque —según su discurso— nuestro país progresará si incluyen a los indígenas dentro del proyecto de nación peruana; sin embargo, recordemos que las clases subalternas no solo contaban con los habitantes andinos. Quien se encarga de señalar los “vacíos” del discurso gonzalezpradista en torno a la inclusión social, es Marcel Velásquez, quien denota que Manuel González Prada no logra posicionar al interior de su discurso a la comunidad afroperuana. Incluso Velásquez señala que

esta actitud es intencional al abandonar a este pujante grupo que no tiene espacio en “la constitución del Estado republicano ni en la nación imaginada moderna occidental” (Velásquez, 2005, p. 267).

Las letras de Francia y el Perú es el texto elaborado por Estuardo Núñez que posicionará a la figura de González Prada como parte de la generación de los “posrománticos”; es decir, aquellos a los que el dolor de la guerra los obligó a dejar de construir héroes y mitos republicanos para proponer soluciones que busquen salir de la crítica situación en la que se encontraba el país después de la guerra del Pacífico (1879-1883) (Núñez, 1992).

César Germaná, defensor del Manuel González Prada tradicional, lo contextualiza como un personaje que alcanzó fama entre los “escritores impactados por la brutalidad de la guerra contra Chile y por las miserias de un país vencido y humillado [...]” (Germaná, 2006, p. 75); lo que provocó en él no solo describir las causas que llevaron a esa situación al país, sino que se convierte en un actor político al fundar el Circulo Literario, agremiación de intelectuales cuyo fin era participar en la política del país ofreciendo nuevas propuestas en contra de las posiciones tradicionales, las cuales marginaban a la mayor parte de la población nacional.

La construcción de un discurso reflexivo en torno a nuestra situación política, social e incluso educativa ha sido abordado por Héctor Salazar Zapatero, quien señala que González Prada condensa el sentir de la ciudadanía después de la guerra del Pacífico; además, se encarga explicar las causas de la derrota y propone las soluciones adecuadas para abordar la problemática en la cual estaba envuelto nuestro país (Salazar, 2009).

Como apreciamos, tanto Germaná como Salazar, en sus respectivos discursos, mantienen la idea clásica en torno al autor de *Horas de lucha* de convertirse en un intelectual cuya reflexión generó una explicación estructural sobre nuestro país, posición que no fue igualada porque no encontraron los argumentos suficientes que pudieran reconocer públicamente las verdaderas causas del fracaso bélico de nuestro país.

Uno de los mayores estudiosos en los últimos años es Thomas Ward quien, utilizando los recursos tecnológicos, promueve una página web (<http://evergreen.loyola.edu/tward/www/GP/index.htm>). En dicha dirección se realiza una recopilación casi erudita de los estudios, tanto nacionales como extranjeros, producidos a lo largo de los años e incluso pone a disposición los principales escritos elaborados por Manuel González Prada. Pero Ward no se encuentra conforme en convertirse en compilador de textos de y sobre nuestro personaje; en su propia producción académica señala que el autor de *Páginas libres* lucha en contra de la influencia extranjera que pervierte el pensamiento nacional: “[...] lo que él busca es una expresión comprometida que libere al Perú. Solo el cambio subversivo, predicado por literato revolucionarios, podría superar la colonialidad y provocar los cambios necesarios para la libertad y la igualdad que requiere Latinoamérica” (Ward, 2010, p. 127). Como apreciamos, nuestro personaje no solo percibía a la clase burguesa nacional como la responsable de la situación en la que nos encontrábamos; sino en contra del sistema capitalista en su conjunto, el cual arrebató lo más importante en el hombre: la libertad.

Los investigadores sociales no solo se preocuparon por afianzar el rol “revolucionario” de Manuel González Prada. Ellos exhumarían cautelosamente su discurso y encontrarían hallazgos que no se realizan con una reflexión global,

direccionando el papel de nuestro personaje porque su “proyecto apunta a una crítica radical de la tradición criolla que, liberando a la sociedad peruana del oscurantismo católico y clerical, genere las bases de la moralidad laica y democrática” (Portocarrero, 2006, p. 140).

Un interesante debate en torno al discurso político de González Prada y el liberalismo es realizado por Carmen McEvoy, Thomas Ward y Pierre Luc-Abransom.

McEvoy critica la falta de reconocimiento que realiza González Prada sobre el liberalismo político, cuyo aporte fue fundamental a nuestra historia y la constitución del sistema político (división de poderes estatales y libre elección de representantes políticos). Esta actitud de nuestro personaje es típica en el Perú, señala McEvoy, al negar el aporte del pasado para refundar el sistema nacional (McEvoy, 2010, pp. 97-114). De otro lado, Ward plantea que González Prada no deshecha el aporte del liberalismo al sistema político nacional, sino que estaba en contra del seudoliberalismo peruano, el cual fue constituido mediocrementemente y donde los derechos políticos (como el derecho al voto) no se aplicó en toda la población; por el contrario, fue restringido en favor de un grupo de personas (Ward, 2010, pp. 115-132). Además, las instituciones políticas no eran lo suficientemente sólidas para establecer una relación armónica entre el Estado y la ciudadanía, por tanto vivíamos en una permanente inestabilidad. Por su parte, Pierre-Luc Abramson menciona que el anarquismo de González Prada es la fase final y más radical del liberalismo, porque en esa etapa se alcanza la libertad total del hombre. En dicha posición también coincide Isabelle Tauzin (Tauzin, 2013, pp. 141-167).

Entendamos que los autores mencionados señalan a Manuel González Prada como un hombre moderno, (des)conocedor de los beneficios del liberalismo clásico;

por tanto, no estaba en contra de su implementación, sino de la élite que lo adecuó de manera eficiente.

Si nos detenemos exclusivamente en el pensamiento anarquista, encontramos a David Sobrevilla, quien resalta las influencias de Bakunin sobre el discurso gonzalezpradista; el cual, en líneas generales, buscaba la felicidad ilimitada del hombre (Sobrevilla, 2000). Sobrevilla también menciona la influencia de González Prada sobre Mariátegui al legarle los cimientos de una crítica sobre la sociedad peruana y las grandes dificultades que presentaba (Sobrevilla, 2010, pp. 319-333). Años después, Mariátegui plasmará dicha influencia en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

Es importante señalar que en estos últimos años se ha ganado bastante atención a la etapa anarquista de nuestro personaje, tan abandonada por la mayor parte de sus investigadores. Se conoce que González Prada decide abandonar la escena político-partidaria desde 1903, estableciéndose vínculos con los obreros. La clase asalariada —no solo del Perú, sino del mundo— se organiza frente a los abusos que estaba siendo víctimas por el gran capital (Delhom, 2001). La figura de Manuel González Prada nuevamente resurge al brindar una consistencia ideológica al movimiento obrero; más aún, tenía la seguridad que en dicho espacio no existían los males propios de una organización político-partidaria. De esta manera, González Prada colaboraría durante cuatro años (1904-1908) con diversos diarios obreros como *Los Parias*, *Simiente Rojo*, entre otros; los cuales le permitieron difundir sus ideas sin restricción alguna, siendo una etapa en donde la censura quedó sepultada para dar rienda suelta a frases y adjetivos de grueso calibre en contra de la élite política y la responsabilidad de la crisis económica del país (Delhom, 2005, p. 363).

Como hemos apreciado, la producción en torno a Manuel González Prada no se ha detenido; por el contrario, esta continuó de forma pletórica debatiendo hasta el día de hoy con su aporte al evaluar la crisis de la sociedad peruana, las limitaciones en su discurso al no reconocer los aportes del liberalismo e incluso su visión integradora al inmiscuir a los sectores subalternos a la nación peruana. Creemos que con el correr del tiempo los estudios aumentarán, desarrollando mucho más entradas en torno a su figura. Lo que faltaría por realizar es un trabajo integral.

CAPÍTULO III

EL PERÚ DE LA POSGUERRA

Concluida la guerra del Pacífico (1879-1883), surgieron numerosas interrogantes en torno al porvenir del Perú. Entre las principales, resaltan, por ejemplo, ¿cómo debía subsistir económicamente la nación peruana frente a la falta de recursos de extracción primaria, llámese guano o salitre (productos que sirvieron como soporte estructural durante gran parte de la centuria decimonónica)?, ¿cuáles serían las mejores estrategias para abordar las relaciones internacionales con la aparición de un nuevo vecino al sur (Chile) que meses antes fue un implacable verdugo y con quien nuestro país no tenía frontera alguna?, ¿de qué forma podía seguir justificándose la presencia de la división racial al interior del Perú, base que sustentaba la nación criolla (Burga, 1993)? El porque estos importantes cuestionamientos alrededor de este hecho se convirtieron en las preguntas que hicieron reflexionar a la nación es que el sonido de las balas, el olor a sangre fresca, los cuerpos en putrefacción, las violaciones sexuales a las mujeres, el incendio de haciendas y casas no solo se focalizaron en Tarapacá, Tacna y Arica, las provincias iniciales donde se llevó acabo los primeros años de guerra (1879-1880), sino que llegaría incluso al centro del poder nacional: Lima, la capital de la República, lo que no sucedió en guerras anteriores (y las que vendrían después como, por ejemplo, la guerra contra el Ecuador de 1941), en las cuales su radio de acción se concentraba principalmente en las zonas fronterizas.

Quien catalizaría perfectamente los sentimientos de frustración y revancha después de la guerra de 1879 sería el escritor Manuel González Prada, cuyo discurso realizado en el teatro del Politeama provocó un impacto importante en la

sociedad peruana al momento de señalar a los principales responsables de la humillante derrota. Es importante resaltar que González Prada, en esta evaluación, intentó marcar un contundente deslinde generacional entre padres e hijos culpando a los primeros de la situación del país después de la guerra. Para resumir, señalaremos que, en dicho discurso gonzalezpradista, los niños y los grupos subalternos (indígenas) habrían de quedar “exentos de la carcoma y de los aromas deletéreos” (Sánchez, 1977, p. 177), de lo que fue el humillante resultado que significó la guerra contra los chilenos, siendo ellos los llamados a reconstruir la nación herida. Sin embargo, esta delimitación discursiva realizada por el propio González Prada no fue suficiente para que el sentimiento de derrotismo, que afectó material y espiritualmente al país, invadiese los corazones y las mentes de las siguientes generaciones de peruanos.

Esta transmisión de sentimientos derrotistas a las generaciones posteriores sería sustentada por Clemente Palma Ramírez (1897), quien señala que:

[...] las generaciones difuntas nomás imponen solamente nuestra constitución física, nos imponen también su pensamiento. Los muertos son los maestros y amos indiscutidos de los vivos, cargamos el peso de sus faltas y la recompensa de sus virtudes (Palma Ramírez, 1897, p. 5).

Aunque esta visión es muy estrecha, ya que los sentimientos nacionales no se traspasan de una generación a otra mediante un ente irreal y de manera automática.

Como señalamos líneas arriba, el impacto de la guerra en la población fue total y brutal; es por ello que tenemos una importante cantidad de personajes de diferentes profesiones, edades y condición social que relataron el estado del país posbélico contra Chile. Desde un militar como Andrés Avelino Cáceres, en una etapa

madura de su vida, o un José Santos Chocano, en edad p rvara, muchos expresaron el sentir de ese Perú humillado en una guerra que le costó no solo terreno a nuestro país, sino algo más importante: su honra.

En el presente capítulo, exponemos la situación del Perú de la posguerra mediante los textos impresos que sirvieron como base para comprender el impacto de la guerra del Pacífico, situación que nos permitirá conocer las condiciones en que nacer  el proyecto político de Manuel González Prada.

3.1. DEL TRAUMA PSICOLÓGICO AL TRAUMA CULTURAL

Las guerras convencionales involucran a todos los elementos que conforman la sociedad; por lo tanto, su resultado provocará un alto impacto en distintos aspectos de la vida de un país. Las personas se convierten en los elementos más sensibles de las confrontaciones armadas. Ellas tendrán que afrontar los ajustes presupuestarios que servirán para apertrechar a las tropas; las familias ofrecerán a sus seres queridos para que asistan a los campos de batalla y se enlutar n de ser necesario por la pérdida de ellos e incluso, en caso de un resultado adverso, como es la derrota, tendrán que asumir la humillación física y moral del país. Entre la información oficial y los rumores exparcidos durante el conflicto bélico, la población constituye un conocimiento de ese hecho. Esta información compleja será tratada y amoldada por los intelectuales, quienes terminarn  respondiendo los múltiples porqués:  por qué no vencimos?,  por qué fuimos derrotados?, entre otras interrogantes. Con el correr del tiempo, los gobiernos decidirán si este hecho seguir  siendo una pieza más que conformará nuestra identidad nacional o pasar  a las páginas del olvido, como el caso de la guerra de 1941 contra Ecuador, una de nuestras pocas victorias armadas en el ámbito internacional, curiosamente una de

las menos celebradas y olvidadas en la memoria colectiva, todo lo contrario con la guerra del Pacífico, cuyo recuerdo se mantiene perenne.

En los escritos que retratan al Perú de la posguerra, encontramos un solo sentimiento: dolor, malestar y sufrimiento, debido a que el cuerpo nacional fue lacerado en todos sus aspectos, vislumbrando en la mayor parte de los discursos un futuro incierto. Para responder al porque de tan tristes crónicas, recurriremos a Pedro Dávalos y Lissón, quien narra su experiencia en los momentos previos a la ocupación de Lima por parte del ejército chileno. En pocas palabras, nos dice: “[...] quién no habría tenido un muerto por esa guerra” (Dávalos y Lissón, 1942, p. 42); lo que nos indica que el impacto de ese proceso histórico en cada espacio privado capitalino fue directo, provocando el luto de las familias. Si la guerra contra los chilenos no hubiese llegado a la capital, otro sería el destino al interior de la memoria colectiva. En este conflicto, sufrieron dos elementos que siempre están presentes en la historia oficial peruana. Uno de ellos es las elites, al perder el salitre tarapaqueño y su hábitat natural: la ciudad de Lima.

Otro elemento que expandió el discurso de la derrota en los escritos de la posguerra fue que, a pesar de las condiciones por las que atravesó el Perú —a raíz de la lucha externa—, no serían ellas motivo suficiente para catalizar a todas las fuerzas vivas del país bajo un solo objetivo: curar las profundas heridas. Por el contrario, el desmoronamiento en distintos aspectos profundizaría el enfrentamiento —ya existente desde antes de la guerra— entre las diversas facciones que componían la nación. Tan solo sería cuestión de tiempo para que estallase una guerra civil, la cual comenzó unos meses después del retiro de los últimos batallones chilenos del territorio nacional (Rosario, 2006). La lucha fue entre Iglesias y Cáceres, siendo este último el vencedor, reproduciendo incluso alrededor de su imagen la de

un héroe nacional que en condiciones adversas defendió a la patria; sin embargo, su imagen fue derruida años posteriores con su derrota en la guerra civil de 1895. Andrés Avelino Cáceres esperará hasta el segundo gobierno de Leguía para ser reconocido como héroe.

El impacto de un conflicto bélico en la población no es un hecho aislado en la historia. La Primera Guerra Mundial causó grandes trastornos en como los hombres analizaron la realidad, reflejándose en la creación artística y cultural:

[...] pero la invención de lo social, en momentos catastróficos en que se hunde toda fiabilidad, también está marcada, en el periodo de entreguerras, por rupturas epistemológicas. Freud pasa de su primera a su segunda tópica, y Wittgenstein emprende el camino que lo llevará de su primera a su segunda filosofía (Davoine & Gaudilliere, 2011, p. 60).

Al igual que en Europa, leer los textos que narran el estado del país durante la posguerra nos permitirá forjar una idea de las secuelas de dicho acontecimiento, marcando un antes y un después en el pensamiento de los habitantes. Pero más de cien años después es válido preguntarse: ¿qué tipo de sentimientos se han gestado respecto de los chilenos hasta la actualidad? Contextualicemos un poco enfocándonos en los soldados sobrevivientes del conflicto bélico, aquellos que fueron a pelear en los distintos campos de batalla. Habrán de forjar un síntoma llamado, en términos médicos, “evento postraumático”, generando daños mentales que en muchos casos condicionaron su comportamiento, además de un sentimiento de resentimiento hacia el Estado que los envió a pelear sin recibir luego compensación alguna. Esto provocó una sensación de pesimismo hacia el futuro e incluso hacia su propio país.

Pero dicha conmoción no solo quedó en los veteranos de guerra. El sentir se trasladó a sus contemporáneos, dado que los periódicos y los círculos académicos reforzaron ese sentir al transcribir las penurias sufridas por los militares en los campos de batalla, e incluso representaron estas dramáticas situaciones en poemas y cánticos, impactando en la opinión pública. Conforme pasaba el tiempo y dado el empoderamiento de las principales figuras que participaron en la guerra del Pacífico, como Cáceres y Piérola en el poder político, se fue institucionalizando ese amargo recuerdo. La pluma de la elite letrada, las representaciones de las masas y el discurso hegemónico del Estado fueron el triunvirato perfecto para que este hecho no solo se recuerde, sino que tenga vida propia, convirtiéndose en un trauma cultural¹ debido al impacto negativo que significó entre los peruanos y que terminó por constituirse en una pieza fundamental para la formación de nuestra idea de nación moderna.

Su afianzamiento se produjo durante gran parte del siglo XX a raíz que tuvimos gobiernos militares y en la medida en que ellos buscaban legitimarse ante los ciudadanos. Para tal fin, necesitaban construir héroes nacionales que hubiesen hecho algo inigualable, como ofrendar la vida en favor de la patria, y el mejor escenario fue la guerra del Pacífico, de la cual se conformó la mayor parte de los

¹ La definición de “trauma cultural” la tomamos de Neal Smelser, quien señala que “podemos proponer una definición formal de trauma cultural; una memoria aceptada por un grupo relevante de participantes y a la que se da públicamente credibilidad; mediante ella, se evoca una situación o acontecimiento que está a.- cargado de afecto negativo; b.- representado como indeleble y c.- considerado como una amenaza para la existencia de la sociedad o que viola una o más de sus presunciones culturales fundamentales” (Smelser, 2011, p. 102).

integrantes de nuestro actual panteón de héroes. Cuestionable en nuestro caso es que, en lugar de convertirse en un elemento de afirmación o fortalecimiento identitario, este hecho se ha transformado en un símbolo de inferioridad y desazón. Nos gusta escuchar de nuestras catástrofes y ser las víctimas de los verdugos chilenos, es por ello que construimos en cada peruano un resentimiento hondo, avivado en determinados momentos (Rosario, 2012).

3.2. LA VIEJA GUARDIA

La generación de mayor edad, aquella que en su aspecto físico resaltan arrugas y canas, escucharon a duras penas el redoble de los tambores y apreciaron con grandes anteojeras el luto de las familias. Algunos apoyados en un bastón, otros con un lento andar, observaron en las calles cómo las tropas desfilaron hacia el puerto del Callao listas para embarcarse hacia el campo de batalla o apreciaron la llegada de los trenes con los restos fúnebres de los cientos de soldados caídos. Si bien es “fácil” concebir el estado físico en que se encontraba la mayoría de ellos, debemos conocer cómo eran catalogados por el Estado en aquella época, para lo cual tomaremos el concepto presentado por el abogado Francisco García Calderón Landa, quien concebía que el anciano era: “[...] el que está en edad muy avanzada [...] los ancianos pueden excusarse de admitir la tutela o ciudadanía y cualesquier otro cargo público [...] se permite que puedan excusarse los mayores de sesenta y para otros 70” (García Calderón, 1879, p. 143).

Los ancianos de la posguerra fueron aquellos que generacionalmente nacieron antes y durante el proceso de la Independencia del Perú. Ellos apreciaron, entre sus cánticos y juegos infantiles, el nacimiento de la República y todas las dificultades que ella atañó. Muchos de ellos debieron pelear en sus años mozos al lado de

caudillos como Gamarra, Santa Cruz y Orbegoso. Fueron testigos del boom del guano, el ascenso del civilismo y escucharon los chirridos de los primeros ferrocarriles sudamericanos instalados en las diferentes zonas del país. Este largo trajín de vida les valió para convertirse en los patriarcas del país. La mayoría de ellos tan solo escucharon lo que acontecía en el sur:

[...] podría decirse que esta generación virreinal [...] es una de las que eventualmente sufre con mayor dureza íntima la desgracia de la guerra que muchos de sus miembros sólo descubren en sus primeras horas y que otros desde la distancia contemplan con dolor y nostalgia de otros lapsos mejores en la vida de la República (Guerra Martinière, 1981, p. 83).

En nuestro país, ellos son las glorias de antaño; pero, como sabemos, no existe un culto al pasado vivo, solo al fallecido, salvo contadas excepciones a la regla. Hubo personajes que aportaron al desarrollo de la historiografía en el Perú, como el caso de Manuel de Mendiburu, quien estuvo impedido físicamente de redactar las secuelas del conflicto bélico, tal como lo hizo en el pasado mientras resguardaba celosamente documentos sobre la Confederación Peruano-Boliviana. Situación contraria es la vivida por Manuel de Odriozola, otro importante personaje del siglo XIX, quien al momento de la ocupación chilena de la capital se encontraba al mando de la Biblioteca de Lima (futura Biblioteca Nacional). Frente a él, los chilenos vaciarán los estantes llevándose valiosos libros que hasta la fecha no son devueltos en su gran mayoría. Odriozola no se quedó de brazos cruzados, sino emitió una queja formal a Piérola, quien fungía como presidente en ese entonces, el cual poco o nada podría hacer más que gesticular palabras de agitación frente a tan lamentable hecho. A Odriozola le faltó tiempo de vida para describir esa Lima

derruida por el paso del ejército invasor. Periodistas destacados como el caso de Manuel Atanasio Fuentes no podrían esbozar el accionar errático del presidente Mariano Ignacio Prado o dibujar jocosamente las botas federicas y el casco prusiano de Piérola cuando pronunciaba sus discursos esperanzadores, mucho menos ironizar la traición de Miguel Iglesias expresado en el Manifiesto de Montán.

El periodista Fernando Casós ofreció un célebre discurso en la Plaza de Armas de Lima, en abril de 1879, señalando que “nuestro gobierno no necesita de extorsiones ni de empréstitos porque cuenta desde el primer día con la renta y el capital de todos los ciudadanos” para asumir los altos costos del conflicto bélico. Casós, además, señalaba que: “[...] nuestras madres, nuestras esposas y nuestras hijas que como las mujeres griegas, nos dicen en el hogar, que vayamos todos a la defensa de la República y que regresemos con una cicatriz para conmemorar la victoria”²; sin embargo, murió en 1881 mientras el chileno Patricio Lynch asumía el control de la capital peruana. En tanto, el padre Antonio Bandani, quien lanzó ditirambos seminaristas desde su estrado en nombre de Dios mientras las embarcaciones españolas acechaban al puerto del Callao (1865), solo ofrecerá las bendiciones en favor del ejército nacional desde los claustros sacerdotales debido a su avanzada edad. Pedro y Francisco Diez Canseco, quienes combatieron al lado de muchos caudillos nacionales como Gamarra, Orbegoso y Santa Cruz por el control del Estado, durante la guerra contra Chile estuvieron en casa leyendo las noticias de la guerra civil entre caceristas y pierolistas.

² Discurso de Fernando Casós en la plaza de Lima (aliento a la nación), 1879.

Eran muy pocos los ancianos que tenían la fuerza física y la lucidez mental para ejercer cargos burocráticos, incluso después de la guerra del Pacífico. Entre las excepciones a la regla encontramos a Lizardo Alzamora, quien ejercía la rectoría de la Universidad de San Marcos. En el discurso de apertura del año académico de 1885, señalaría la difícil situación en que vivían los peruanos en Tarapacá (Alzamora, 1885), quienes intentaban conservar sus propiedades tras la ocupación chilena. Recordemos que los chilenos hicieron una gran campaña en contra de los residentes nacionales con el fin de presionar para que huyeran y dejaran sus bienes inmuebles. La mayoría optó por retirarse a Tacna, región que ofrecía mayor estabilidad política y social. Estas provincias permanecerán cautivas hasta el segundo gobierno de Leguía, donde se firmará el tratado de Ancón (1919-1930).

La presencia de los ancianos en la mayoría de casos fue simbólica, con la excepción de quienes optaron por participar voluntariamente en el frente de batalla, como es el caso de Francisco Bolognesi, quien se encumbró en la inmortalidad.

3.3. NI SER NIÑO NI SER ANCIANO: SOLDADO O CIUDADANO

El rango para ser considerado adulto oscilaba entre los 21 y los 65 años de edad. Los veinteañeros estaban en la plenitud física, destacando su fuerza física y actividad mental. Aquellos que se encontraban entre los 30 y 40 años eran considerados personas maduras, con una visión más estable de la realidad. Mientras los que bordeaban los 50 y 60 años anhelaban la tranquilidad sin un gran sobresalto. Pero la guerra del Pacífico alteró este concepto de vida en todos ellos. Todos los hombres y mujeres fueron llamados para servir a la patria al iniciarse la guerra. Su condición física les permitía estar aptos para asistir al frente de batalla. En otras instituciones, fueron los que narraron en sus crónicas las horas más críticas

de la guerra y los que asumieron la responsabilidad de reconstruir el país después de la derrota. De esta generación, algunos de ellos quedaron lisiados de por vida, abandonados por el Estado (algunos tardíamente tuvieron algún reconocimiento económico). Otros quedaron inmortalizados por entregar su vida a la nación (como Leoncio Prado); sin embargo, fueron duramente criticados por Manuel González Prada por no conseguir la victoria. El soldado desconocido será el mejor nombre para recordar a muchos de quienes ofrendaron su vida por la patria.

De esta larga lista, comencemos con un personaje civil y de alto poder adquisitivo: Pedro Dávalos y Lissón quien, a través de sus novelas literarias, expresó la difícil situación que atravesó el Perú después de la guerra del Pacífico. Una de sus obras se llamó *La ciudad de los reyes* (1989), en cuyas páginas resalta una conversación sostenida entre el coronel Martínez y el señor Pazmiño —personajes de la mentada obra— quienes se dirigían a la capital para realizar diferentes actividades impulsando la federalización del departamento de Loreto (que significaba su independencia económica y política). Pazmiño le comenta a su acompañante, sobre el aspecto de los ocupantes de la mesa contigua:

[...] nuestros vecinos son los miembros de la legación chilena [...]
Esa noticia redobló el interés del señor Pazmiño que, con mucho disimulo, para no ser notado, estuvo estudiando la fisonomía de aquellos hombres que representaban la patria que había vencido al Perú. Jamás, en sus viajes, tuvo amistad con un chileno. Era la primera vez que los tenía tan cerca, y en su propio suelo, donde estaban latentes, para él y para todos los peruanos, los horrores de la guerra del Pacífico (Dávalos y Lissón, 1989, p. 17).

La novela de Dávalos Lissón fue publicada originalmente en 1896, año en el que el país vivía el retorno de Piérola a las máximas instancias de poder político y cuando estaban muy presentes los recuerdos de la derrota. No era nada raro, durante los primeros años de concluida la guerra, apreciar por las calles a los lisiados y afectados por esta, mientras los niños jugaban frente a casas destruidas por el invasor durante la ocupación de Lima. Aquí habría que resaltar el surgimiento de la imagen que se concibe al dilema en la actualidad de personas agresivas y sin sentimientos.

La amplia producción de Dávalos y Lissón no solo estuvo enfocada en lo literario, también tuvo estudios de corte biográfico, como su libro *Leguía (1875-1899)*, donde describe al Perú una década después que los chilenos abandonaron el país. En esos años, los territorios de Tacna y Arica aún se encontraban en posesión de Chile:

[...] hallase el Perú antes de 1895, tan en ruina, tan despreciado por todos, tan sin sangre en las venas ni fuego en el corazón que los sentimientos de encono, de protesta, de altivez, carecían del indispensable vigor que un sentimiento necesitaba para constituir una fuerza (Dávalos y Lissón, 1928, p. 129).

Con estas palabras, se buscaba, más que destacar el deplorable estado material del país, resaltar la situación de crisis moral de los peruanos producto del pésimo accionar de los militares, mas no de la clase política. Evidentemente, Dávalos y Lissón no habría de cuestionar el papel de la élite dominante.

Esta percepción no solo era compartida por los peruanos; también los extranjeros exhibían la crítica situación en la que nos encontrábamos. Era tan lamentable el estado material y social del país que incluso cuestionaron nuestra

existencia como ciudadanos peruanos. Esta última idea surge del comentario vertido por la hija de un ministro europeo quien, en 1886, preguntaba “para qué se casaban los peruanos. A juicio de ella, no tenían derecho a la existencia y menos a la nacionalidad” (Dávalos y Lisson, 1928, p. 129).

Joaquín Capelo —famoso por escribir un libro trascendental para las ciencias sociales: *La sociología de Lima* (1895)— nos señala que los principales responsables de este crítico proceso de reconstrucción nacional fueron única y enteramente los militares, siguiendo los parámetros establecidos por Dávalos y Lissón al obnubilar responsabilidad alguna a los civiles:

[...] la época de la República ha sido, pues, el predominio de la fuerza sobre la razón, la sustitución del arte de mandar, a la ciencia de gobernar: y convertido al Perú en un gran cuartel, debía mancharse de fracaso en fracaso, hasta las injusticias y las torpezas hechas, acumulándose más y más, orientasen los ánimos en el sentido de producir la reacción favorable, que siempre se espera en los pueblos cuyos destinos no han sido cumplidos, y en cuya raza hay energías capaces de realizar (Capelo, 1895, p. 41).

Era evidente que los civiles buscaban responsabilizar sobre el desastroso resultado de la guerra a las facciones militares. Capelo llegaría a posicionarse en las altas esferas del poder político gracias al resurgimiento del civilismo, liderado por Isaac Alzamora y posteriormente por José Pardo y Barreda. Como apreciamos, los intelectuales ligados al civilismo tuvieron la intención de socavar la legitimidad de los militares, especialmente a partir de 1895, año en que se produciría la caída de Cáceres a manos de la Coalición Nacional encabezada por Piérola, lo que permitiría la transición hacia la República aristocrática (1899-1919).

Las reflexiones más profundas sobre la posguerra son las realizadas por González Prada en su famoso discurso realizado en el teatro del Politeama, desarrollado en presencia del presidente de ese entonces, Andrés A. Cáceres, y la alta cúpula dirigenal (Rosario, 2010); por ende, la polémica que causó fue mayor al culpar a la élite económica, los militares y sacerdotes contraponiendo los discurso de Dávalos y Lissón y Capelo. Por otra parte, la guerra del Pacífico provocó efectos distintos en diferentes personajes; por ejemplo, Ricardo Palma, cuya biblioteca personal fue incendiada durante la ocupación de Lima. Tras largas amarguras producto de este acontecimiento, el autor de *Tradiciones peruanas* estaba a punto de partir a Buenos Aires, donde le ofrecían un empleo como periodista, cuando el ministro de relaciones exteriores, José Antonio de Lavalle, le propuso el cargo de director de la Biblioteca Nacional. Palma aceptaría dicha propuesta, pero sin mantener vínculo político con organizaciones algunas: “[...] no respondo a lista al llamamiento de ningún partido, que en ninguno estoy afiliado. Así civilistas como nacionalistas, liberales como conservadores, lo reconocen” (Palma, 1886, p. 25). Estuvo casi 28 años al mando de la misma hasta su polémica salida en 1912, siendo reemplazado por Manuel González Prada.

Ricardo Palma (1979) responsabilizó de la derrota a los indígenas. En las cartas remitidas a Nicolás de Piérola, explica que ellos no contribuyeron a la defensa de la patria; por el contrario, fueron un escollo para el desempeño de la defensa militar, producto de su incapacidad por seguir las órdenes de sus superiores y comprender que los intereses de la patria estaban en juego. Esta visión, influenciada por el darwinismo social que legitimaba “científicamente” el racismo, sería profundizada por su hijo Clemente Palma, quien menciona incluso la falta de pureza de nuestra raza provocando esa orfandad “que es necesaria para constituir el alma

de una nacionalidad” (Palma Ramírez, 1897, p. 7), en alusión a que un país de personas de “raza” blanca era símbolo de progreso y desarrollo.

Carlos Lisson nos describirá la crítica situación económica en la que se encontraba el país durante la posguerra:

[...] estamos en bancarrota. Los cálculos más pesimistas de ayer han sobrepasado la realidad. Ya no ascienden nuestras rentas como hace años a 18 millones de soles [...] muy afortunados seríamos si ahora llegaremos a conservarlas en seis [...] En los últimos años no solo perdimos las riquezas fiscales sino, lo que es más grave, la fortuna privada [...] Todo esto sería muy fácil de arreglos si hubiera fortuna privada (Lisson, 1887, p. 46).

Esta posición respondía al acelerado aumento de personas en situación de pobreza producto de la destrucción de sus propiedades y la devastación de los campos de cultivo a raíz del conflicto bélico internacional. El panorama que vislumbró Lisson de un país derruido por el azote de la guerra es expresado en su citada obra.

El clima económico vivido en aquellos tiempos también es descrito por el otrora empresario salitrero Guillermo Billinghurst quien, en su calidad de presidente de la Sociedad Peruana de Socorros Mutuos, nos señala que la demora del proceso de repatriación de los caídos en Arica y Tarapacá es un síntoma del pésimo estado de nuestras finanzas, dado que no había la capacidad mínima incluso para honrar con el entierro digno a nuestros caídos:

[...] no es difícil comprender el porqué del aplazamiento indefinido a que ha quedado aquella sujeta. La situación cada día más penosa

del erario peruano ha impedido que el gobierno distraiga de los escasos fondos públicos la cantidad que demande el pago de los cien pasajes que se mandaron a contratar para llevar a cabo la repatriación indicada (Billinghurst, 1888, p. 25).

Incluso confiesa que aportó su propio dinero para traer los restos de los soldados caídos en las provincias cautivas y rendirles cristiana sepultura.

Otro de los temas que no fue desapercibido por esta generación es el sentimiento de venganza que rondaba en su sentir. Se clamaba revancha permanente y, por ende, el retorno de Tacna y Arica. Es así que tenemos la versión emitida por el futuro empresario textil Ricardo Tizón y Bueno: “Tacna y Arica no volverán al Perú sino cuando esta puedan recuperarlas por medio de las armas” (Tizón y Bueno, s/f, p. 5). Un nuevo enfrentamiento bélico con una victoria peruana sería la única salida que tendríamos para desquitarnos de la frustración de lo que significó 1879, siguiendo con ello la tradición forjada por Manuel González Prada.

Uno de los actores centrales de la propia guerra es Andrés Avelino Cáceres, quien explica el porqué de la trágica situación que produjo la derrota, como se evidencia en esta carta de respuesta del general Cáceres a un ciudadano peruano no identificado de la ciudad de Lima, fechada el 31 de diciembre de 1883:

Los desastres ignominiosos del Perú se deben a que nunca nos planteamos las situaciones netamente y como son en realidad, por falta de carácter, con cálculos mezquinos, por intransigencias que no reconocer un origen noble, nos hemos rebelado siempre contra las soluciones dictadas por la razón, por la moral, por el patriotismo y por el deber, que nos acogemos a todas las intrigas, a todas las bajezas, a todas las apostasías que nos presentan ante el mundo

como un pueblo abyecto y prostituido, incapaz de salvar lo que nunca debe perderse: la dignidad del infortunio (Ahumada Moreno, 1889, p. 464).

Como podemos apreciar, Cáceres apela a que fueron los elementos morales y racionales en la población peruana los que determinaron su mediocre accionar en el campo bélico y político. Es interesante mencionar que su reclamo giraba en torno a cuestionar el liderazgo ejercido por Piérola, quien sería su comandante en jefe durante la defensa de la capital; una situación confrontacional que, después de 1883, se reflejaría en los intentos de golpe de Estado por parte de Piérola.

Los extranjeros, como se ha indicado, no estuvieron al margen de este proceso, más aún los de esta generación. El francés Marcel Monnier señalaba el ambiente que se vivía en la capital peruana de la posguerra:

[...] a pesar de sus aires de fiesta, las huellas de la última guerra están, sin embargo. Bien visible en la capital y sus alrededores inmediatos. Inadvertidos al principio para el extranjero, llaman bien pronto su atención, por poco que prolongue su estadía. A tres o cuatro leguas hacia el Sur están los escombros de Miraflores y de Chorrillos [...] un montón de despojos informes marca el emplazamiento de las casas de campo alineadas a lo largo de esta playa espléndida. Todo lo que el enemigo no pudo llevarse fue aniquilada. Los demoledores pusieron en obra la mina y el hacha. Hicieron saltar los muros, talaron los bosques, y, con este combustible, unido a las maderas de muebles hechos pedazos, alumbraron grandes fogatas de fiesta (Monnier, 1953, pp. 308-309).

Como apreciamos, no solo fueron los cronistas nacionales quienes se encontraban en esta situación de catalizar su experiencia, también los extranjeros mostrarían el calamitoso estado material en que se hallaba la ciudad capital. Curiosamente, no fueron los adultos quienes escribieron con mayor dramatismo al Perú de la posguerra, son los niños y jóvenes los llamados a esa tristemente célebre misión.

3.4. LOS INFANTES

La división de niños y jóvenes es física y mental; pero dicha bifurcación se realizará a partir del siglo XX. En esas épocas, todos eran vistos como un conjunto, casi desapercibido por la sociedad, paradójicamente minimizados por la historia, aunque curiosamente fueron ellos quienes tuvieron los recuerdos más sensibles de esta guerra y los que escribirían de forma pormenorizada los detalles dejados de lado por los adultos, los cuales concentraron sus energías en reconstruir los edificios, las casas y los campos. El niño de fines del siglo XIX fue un ser que subsistía casi a su suerte. Recordemos que en esos tiempos la educación no se encontraba nivelada, no estaba dividida por grados y edades, su asistencia estaba en función a la voluntad de los padres y apoderados. Para asistir a la universidad, bastaba solo con saber leer, escribir y aplicar operaciones matemáticas básicas. El sistema de salubridad pública era endeble, lo que generaba que cualquier enfermedad se convirtiera en una epidemia mortal debido a que sus cuerpos no habían desarrollado defensas naturales lo suficientemente sólidas. Por aquellos años, era común que una mujer tuviese un promedio de ocho hijos, de los cuales por lo menos la mitad no sobrevivía, y quienes lo hacían se encontraban frente a un mundo sin valoración académica. El apellido y el color de la piel eran la base para

ser considerados decentes o plebeyos. Si los niños eran de un considerable poder adquisitivo, tenían la opción de ingresar a esa élite ilustrada; en caso de que no poseyeran dinero (la gran mayoría), tenían que buscar algún oficio que les permitiera sobrevivir. Pero si deseaban superar el inminente destino, no les quedaba otro camino que ingresar a un seminario o formar parte del Ejército para que alcancen la tan anhelada movilidad social. De este grupo nacen los novecentistas o arielistas, grupo generacional que cuestionó a ese Perú de la postguerra y cuyo paso por la política fue frustrante³.

La cantidad de niños nacidos en Lima entre 1884 y 1899, “66518 individuos que representaban en términos porcentuales el 66,5% de la población de Lima; que se calcula llegaba a los 100 mil habitantes” (Velásquez, 2008, p. 45); por tanto, tenemos un crecimiento demográfico importante.

Los adultos tenían una visión pesimista sobre jóvenes y niños. Esto es esbozado por Pedro Dávalos y Lissón, quien menciona que la juventud de aquellos tiempos prefirió “buscar el olvido y aturdimiento en modestas distracciones” (Dávalos y Lissón, 1928, p. 183). Una especie de respuesta generacional podemos apreciarla en los escritos de José Gálvez, quien rinde culto a los jóvenes que pelearon durante la guerra, especialmente al soldado raso limeño, apodado “mataperro”:

³ “El grupo generacional arielista, en tanto núcleo intelectual, surge una generación después de la derrota en la Guerra del Pacífico (1879-1883). Ello quiere decir que asumió como propias las deudas pendientes de una república que no había sido capaz de consolidar sus instituciones, tampoco legitimar la idea de que su sistema legal funcionaba para todos y sin discriminaciones, expandir la conciencia igualitaria acerca de sus integrantes y, mucho menos, instituir una clase dirigente que enrumbara los caminos del país. El Estado nación era aún un proyecto al que había de dar forma” (Osmar Gonzales, 2011, p. 162).

[...] era el niño engreído, contestador y pendenciero, capaz de grandes acciones, que tenía satisfechos sus gustos y caprichos, pero que retozaba y buscaba de su vida y de su fuerza con insolente desenvoltura, gastando el ingenio y los músculos en juegos, picar dijuelos y batallas campales de barrio a barrio o de colegio a colegio. [...] justo es dejar un recuerdo al anónimo grupo de muchachos mataperros que fueron a la guerra del 79 y murieron en ella por la patria. Muchos gaurochos hubo en aquellas rudas campañas, y más de un niño que aún jugaba al bolero sintió el dolor sublime de que le partiera el corazón una bala enemiga. [...] El mataperro de aquella época triste, fue soldado distinguido, batalló en el Sur, cayó herido en los campos de Miraflores, reapareció empezando la Breña, hizo la revolución contra Iglesias y pasó su adolescencia y su juventud entre las balas, con la misma consciente frescura que hubiese podido revelar en un tiroteo de bolitas de migaja (Gálvez, 1921, p. 148).

Ello nos permite vislumbrar un reconocimiento al soldado desconocido, proveniente del pueblo y quien era el que se encontraba al frente de batalla a finales del siglo XIX.

Luis Fernán Cisneros redactó, sobre la situación del país durante los primeros años de la posguerra:

[...] por culpa de la catástrofe o faltaban muchos de nuestros padres o escaseaba el pan en la mesa. Nos amamantábamos en pechos sollozantes e hicimos una niñez de estricta fatalidad biológica niños que se juntaban en las aulas bajo la vigilancia de unos maestros

revertidos de una tristeza austera: niños que repetían versos encendidos de desagravio, diálogo con los libros en el silencio de la casa (Cisneros, 1923, p. 29).

La pérdida del ser querido, especialmente de los padres, el sustento del hogar, fue un factor que se reflejó en el día a día de los niños, quienes fueron testigos de los diferentes matrimonios de aquellos tiempos, cuyas novias, que habitualmente se vestían de blanco como símbolo de la pureza, ahora estarán dirigiéndose al altar de negro, representando el luto del país. En tanto muchas mujeres concebirán hijos producto de la violación. La ilegitimidad no será ahora producto de una aventura amorosa, sino un acto de violencia.

Un hombre representante de las letras como José Santos Chocano, el llamado “Cantor de América”, no estaría ausente de esta lista de personajes que fueron testigos de esa época. Dicho acontecimiento dejó una huella profunda en su vida reflejándose desde sus primeras producciones y a través de toda su obra. Un ejemplo de ello es su poema “El morro de Arica”, donde rinde homenaje a quienes defendieron con su vida el último bastión peruano en el sur en 1880. Dicha obra le permitiría ganar un premio por el prestigioso Ateneo de Lima, uno de los centros intelectuales más importantes de fines de la centuria decimonónica. Chocano nació en 1876; es decir, durante su niñez se desarrolló el conflicto bélico contra Chile (Chocano, 1940).

Otro personaje que se convirtió en un influyente intelectual durante su adultez fue Ventura García Calderón, hijo del presidente provisorio Francisco García Calderón Landa, quien señaló que su infancia se realizó entre ruinas y pobreza porque fue testigo de los problemas económicos sufridos por la población. Sobre su idea de nación era que: “[...] puede ésta definirse por un nacionalismo doloroso que

hace el recuento de los desastres y trata de reparar mentalmente lo que destruyen otros” (García Calderón, 1949, p. 47). Sin embargo, dicho evento no serviría solo para lamentos, sino que tendría que ser un hecho de aprendizaje para reparar algo más importante que edificios o el erario público: nos referimos al espíritu nacional. Sentía que tenía una doble misión, tanto como intelectual comprometido con el Perú y como con su familia. Recordemos que nació en Rancagua (Chile) cuando su padre estaba bajo arresto; por tanto, la situación emocional estaba comprometida con la humillación que aconteció al país. La estadía en el Perú fue corta. Gran parte de su vida la hizo Francia, pero ello no fue motivo para que describiera al Perú de la posguerra. Su prestigio académico lo llevó a ser nominado al premio Nobel de literatura en la década de 1930. Su hermano Francisco García Calderón Rey señaló que la guerra para el Perú ocasionó daños “cruelmente en sus intereses materiales, pero la guerra despertó en su pueblo las cualidades inherentes, que una larga paz, de molice y abundancia, habían atrofiado paulatinamente” (García Calderón Rey, 1981, p. 36).

Entre los personajes que destacarían en el campo político encontramos al arequipeño Víctor Andrés Belaunde, quien describió el legado de la guerra, pero tomando el punto de vista de las provincias:

[...] alguna vez me he referido con cierta pena a la decadencia del espíritu cívico de Arequipa después del 79 y decía que quizás los hombres de hoy no son inferiores a los de ayer, pero las circunstancias han cambiado; el escenario está desierto, no calzan los actores él con turno trágico ni se alzan las voces conductoras [...] hemos sufrido angustia. Hemos sentido más duramente que nuestros padres la lucha de vivir. Por lo mismo ya éramos el pueblo

más sensible y de más alta psicología política, la catástrofe del 79 nos abatió más rudamente. Parece que lo sintiera más todavía (Belaunde, 1977, p. 17).

Esta visión, que fusiona los ánimos físicos y mentales, es una muestra de que el impacto del conflicto no solo fue en Lima, sino que también habría de extenderse a otros lugares. Curiosamente, Arequipa había sido tildada de convertirse en una provincia traidora a raíz de su abandono, por parte de sus dirigentes locales, del ejército del sur durante la defensa de Arica e incluso por que no opusieron mayor resistencia a la llegada de los chilenos en 1882, mostrando una actitud colaboracionista.

José de la Riva-Agüero y Osma, quien nació en 1885, representante de la elite tradicional, nos ofrece el punto de vista de las elites sobre las secuelas de la guerra:

[...] los destrozos de la guerra extranjera y civil se agravaban con la honda y persistente crisis agrícola y bancaria, derivada de causas muy anteriores y complejas. Estaba arruinada la minería. La baja de precios del azúcar y las lanas, y los crecidos impuestos de exportación, redujeron a verdadera proeza a los hacendados de la costa y del sur. La penuria de los deudores. La depreciación de la moneda y la liquidación de los establecimientos de crédito inspiraban atrevidos proyectos cancelatorios. Los sueldos de los servidos del Estado se hallaban atrasados a tal punto que mi abuelo materno, Ignacio de Osma, como Prefecto de Lima primero y como ministro de gobierno después, tuvo que subvenir a veces de su peculio las pagas de la policía urbana y rural (Riva-Agüero, 1935, p. 227).

La derrota fue justificada por Riva-Agüero debido a que no éramos una nación madura al momento de afrontar la guerra. Con esta apreciación, intenta restar responsabilidades a su grupo social por su incapacidad para expandir la “nación criolla” a toda la población.

Mariano Peña señalaba lo paradójico de nuestro potencial natural que entra en contradicción con nuestro incipiente desarrollo humano (Peña Prado, s/f). Las condiciones para la victoria estaban en nuestras manos, pero no las aprovechamos. Esta visión tenía como objetivo dejar el pasado vergonzoso y ver con optimismo el futuro, que estaba lleno de oportunidades, en la medida en que los recursos materiales eran inagotables y, por ende, su explotación permitiría volver a renacer al Perú.

Aurelio Miró Quesada (1946) mencionaba lo infortunadas que eran las personas en la capital después de la guerra. Su medio de expresión, a comparación de sus pares, no fue un libro-memoria, sino un poema:

[...] Lima fue desde mi infancia; aquel albergue querido; que se sueña como un nido; siempre tibio a la distancia. Toda luz, ritmo, fragancia; me ofrecía de sus lares; los mitos, los azahares, la media voluptuosa; y la pasión de la esposa; del Cantar de los Cantares. Después la vi desgraciada; mártir la vi del destino; y tuve, como argentino. De Grau la enseñanza sagrada; se hundió en la mar sin ribera; y yo, hundido en la quimera; de aquel ensueño tan tierno; pues allá ensueño tan tierno; a media hasta mi bandera (Miró Quesada, 1946, p. 88).

El joven Roberto MacLean y Estenós, quien se convertiría en uno de los fundadores de la sociología en el Perú, nos presentará una de las visiones más

trágicas de su generación: “[...] junto con lo mejor de sus riquezas y lo mejor de sus soldados, el Perú perdió, en esa infausta guerra, su misión directora de los destinos de la América Latina. Digiérase que una loza funeraria había caído sobre nuestra nacionalidad” (MacLean y Estenós, 1942, p. 85).

Junto con González Prada, McLean y Estenós distinguió los difíciles momentos que habrían de afrontar las generaciones después de la guerra del Pacífico:

El sentido de patria conjugó entonces con el ritmo de espíritu colectivo. El ideal patriótico fue la rehabilitación. Altibajos de éxitos y reveses marcó la vía crucis de ese empeño en el que se sucedieron dos generaciones: la que sufrió en carne propia, la derrota y la que nació a la vida con el pecado original del abastecimiento público (MacLean y Estenós, 1942, p. 85).

Finalmente y no de menor importancia, encontramos a Jorge Basadre, quien vivió su época infantil en Tacna mientras esta se encontraba cautiva por parte del ejército chileno. Él nos señala lo difícil que fue mantener la fidelidad al Perú en esos momentos dada la presión ideológica y mental ejercida por Chile en detrimento de nuestros compatriotas:

[...] de niño, el Perú fue para mí, como para muchos, lo solado, lo esperado, lo profundo; el nexo que unía a la lealtad al terruño y el hogar que invasores quisieron cortar, la vaga idea de una historia con sus fulgores y sus numerosas caídas y la fe en un futuro de liberación. No conocíamos nada de la prosaica vida diaria en el Perú; divisándolo en esos nebulosos horizontes y en los polvorientos caminos de libros. Oriundos de una tierra de minifundios y ajena a la vorágine capitalista, permanecemos en la ignorancia del gran drama

contemporáneo en América y el mundo; repetimos nombres que numerosas veces esbozan en la capa áurea de su seducción una mugrienta realidad no percibida por nuestro optimismo; y esa imagen parecía un oasis en las largas jornadas de vigilia durante el cautiverio” (Basadre, 1981, p. 111).

Si bien los recuerdos de los niños suelen ser catalogados como los más sensibles, pueden ser fácilmente cuestionados, ya que son discursos influenciados tanto por la historia oficial como por la presión ejercida por los intereses mediáticos al presentar a un Perú víctima frente a un Chile victimario.

Durante los primeros años de concluida la guerra del Pacífico, el dolor producido por ella se podía palpar en la población. La vida de muchos peruanos cambió después del conflicto bélico internacional, incluso sus secuelas no se desvanecieron fácilmente; sus efectos irradiaron de manera directa a otras generaciones, tal como es el caso del escritor Abraham Valdelomar, para quien “la guerra había acabado con la escasa hacienda de mis padres y la vida reservó a mi niñez, la más trágica y horrible miseria” (Silva-Santiesteban, 2000, p. 8). El discurso oficial no iba a ser contestatario en comparación con los escritos emitidos en los años de la posguerra. Parecía que el gobierno central estaba traicionando a la ciudadanía al no alimentar el recuerdo y clamar venganza por los caídos en combate y recuperación del honor mancillado. La actitud del gobierno respondía a su confianza de que Tacna y Arica podían volver a suelo patrio a través de los canales diplomáticos (Millones, 2009); por ende, no se concebía un discurso estatal agresivo. Este cambio se dio en el siglo XX, cuando los gobiernos militares alinearon la memoria histórica de este acontecimiento tal como la concibe la mayor parte de la

población en los actuales momentos, peruanos buenos y pacíficos enfrentando chilenos malos y despiadados.

En este escenario, en el que encontramos una población sedienta de venganza y una clase política que prioriza sus intereses particulares por encima del colectivo, aparecería la figura de González Prada, quien denunció los males endógenos y exógenos del Perú en discursos y notas periodísticas; pero su objetivo no solo se limitó a exponer los males milenarios que arrastraba nuestro país, sino que respondía a posicionar su figura como una alternativa para combatir contra lo que dañaba al país, lo que se convertiría en el proyecto político.

CAPÍTULO IV

MANUEL GONZÁLEZ PRADA: CULTURA Y LITERATURA

El 29 de julio de 1888 se realizó un evento cuyo fin era la recolección de dinero en favor de nuestro país y así cubrir el pago de la deuda contraída producto de la firma del Tratado de Ancón. En este evento participó Manuel González Prada, cuyo discurso no fue expuesto por él, sino que sería el joven ecuatoriano Miguel Urbina el encargado de pronunciar este discurso que se convirtió en uno de los más importantes de la historia de nuestro país, el cual marcó un antes y un después en la política nacional y cuyo título sería “Discurso en el teatro del Politeama”, compilado más adelante en el libro *Páginas libres*. El diario *La Luz Eléctrica*, uno de los pocos medios informativos que brindaron cobertura a este acontecimiento, describe minuciosamente el escenario en donde se presentó el mentado discurso:

El mejor éxito ha coronado las fundadas esperanzas que alberga nuestro periódico respecto a la publicación del discurso del señor González Prada, que hoy reproduce, por haberse agotado las tres ediciones de nuestro número anterior y creerlo necesario para que si posible fuera, cada peruana a fuerza de leerlo y hacerlo leer, lo aprenda de memoria como credo de la religión del patriotismo [...] El aplauso espontáneo y nacido del alma con que Lima y Callao han recibido esa manifestación verdadera de nuestra situación política y esos consejos del más acendrado patriotismo, tiene que repercutir en cada pueblo, en cada caserío de la República (*La Luz Eléctrica*, 11 de agosto de 1888).

Las instalaciones de dicho lugar estarían abarrotadas por importantes miembros de la elite política y militar del país. El principal invitado fue el presidente de la República, el general Andrés Avelino Cáceres¹. Cada palabra pronunciada por Urbina tuvo como objetivo cuestionar el rol que jugaron durante la guerra del Pacífico el cura, el Estado y al ejército. Un día después, se procedió a realizar una reunión de camarería entre los participantes del evento, donde los periodistas registraron las declaraciones del propio González Prada sobre el porque de la redacción de tan fulminantes palabras que golpearon a la clase dirigente del país:

[...] dije en voz alta lo que todos murmuraban cautelosamente, hice correr a un molde colocada a la luz en pleno día el metal fundido por otros en las tinieblas. Las manifestaciones a mi persona, son verdaderas manifestaciones a las ideas. Al suceder lo contrario, el círculo quebrantaría su programa. Nada para los individuos todo para las ideas [...] (*El Comercio*, 16 de agosto de 1888).

Como apreciamos, el discurso de González Prada no solo sirvió para inmortalizar su nombre en los anales de la historia nacional al cuestionar la capacidad del poder dominante. Este se convertirá en el primer cimiento en donde habría de construirse el proyecto político cuyo fin era empoderarlo como un político de transcendencia nacional a costa de la crítica visceral en contra de sus rivales, al

¹ Según algunos autores que describen físicamente a Cáceres, señalan que era un “varón de aventajada estatura, espigado y lleno de marcialidad, desde muy joven uso patillas abiertas, blanco y de ojos pardos, en uno de ellos, el derecho, tenía cierta tirantez, a causa de la herida que recibió en Arequipa en la sangrienta jornada de 1858” (Alayza y Paz Soldán, 1947, p. 204).

presentarse como una posición contestataria y organizada que solicitaba desplazar a quienes fracasaron en alcanzar el desarrollo del país. La construcción y el desquebrajamiento de dicho proyecto lo estaremos elaborando en el siguiente capítulo.

4.1. EL AGUILA PERUANA

Manuel González Prada y Ulloa nació el 16 de enero de 1844 en la ciudad de Lima. Su padre ejerció la vicepresidencia de la República durante la presidencia de Mariano Ignacio Vivanco (1843-1844). La participación del progenitor de nuestro personaje durante el gobierno vivanquista provocó ser perseguido por Ramón Castilla y Marquesado una vez ungido presidente del Perú (1845-1851). Frente a este adverso escenario, la familia González Prada decidió huir a Chile, para ser más exacto a la provincia de Valparaíso. El puerto valparaíso fue un lugar cosmopolita desde su inauguración en el siglo XVIII debido a la presencia de cientos de embarcaciones extranjeras que traían habitantes de varios lugares del mundo. Durante el siglo XIX, su capacidad de afluencia fue aún mayor dado el incremento del comercio, lo que le permitió recibir cientos de europeos, muchos de los cuales optaron por residir en dicho lugar, convirtiéndose en fundadores de negocios. Sus hijos necesitaban educarse y por ende se construyen escuelas, espacios en donde los habitantes del viejo continente impartirían el pensamiento y cultura del otrora hogar. Manuel González Prada se educó en esos lugares permitiéndole conocer varias lenguas que lo ayudarían en un futuro a ingresar al mundo creativo de intelectuales clásicos y contemporáneos europeos. Algunos autores, como el caso de Luis Alberto Sánchez, señalan que su estancia en esta ciudad chilena forjaría una

mentalidad liberal en nuestro personaje. Para discrepar con dicha posición, Bruno Podestá menciona que:

Manuel González Prada tenía por aquel entonces alrededor de 6 años de edad, se puede tener la certeza de que este liberalismo de la infancia que algunos han creído ver no es otra cosa que una interpretación forzada, una interpretación hecha a la luz del radicalismo de la madurez (Podestá, 1975, p. 20).

Por tanto, tenemos que mencionar que la constitución programática de ideas y la influencia del pensamiento occidental se realizará en una etapa adulta, lo que permitirá forjar un proyecto político; pero las herramientas, como el conocimiento de los idiomas y el gusto por la lectura, se incentivaron desde temprana edad.

La salida de Castilla del Poder Ejecutivo generó el retorno de la familia de Manuel González Prada a suelo patrio, lugar en donde se rearticulaban las relaciones sociales constituida años atrás, generando el nombramiento de su padre como alcalde de la comuna capitalina (1855). Aparentemente, todo volvería a ser felicidad, dado que gozarían de las comodidades materiales de antaño.

Instalados en la capital, sus apoderados deciden enviar al joven Manuel a un seminario católico para continuar los estudios formativos; sin embargo, el ambiente religioso no fue del agrado de nuestro personaje, obligándolo a escaparse varias veces del recinto religioso. Esta rebelde actitud lo llevaría finalmente a matricularse en el Convictorio San Carlos, siendo un espacio que le permitió conocer personas vinculadas en un futuro con el poder político del país, como el caso de Piérola.

La etapa juvenil de nuestro personaje merece atención ya que estuvo vinculada al acontecer nacional. Por ejemplo, Manuel González Prada participó como parte del

regimiento de apoyo durante el combate de 2 de mayo en 1865, lucha que afirma la independencia de nuestro país frente a España. Esto nos permite comprender que González Prada entendió desde muy joven lo que significó la unidad nacional en contra de un enemigo común, forjando en él y toda esta generación que la idea de nación criolla afianzada desde la era del guano (1860) era la correcta. Uno de sus grandes biógrafos, el literato Luis Alberto Sánchez, señaló que por estos tiempo en el campo intelectual González Prada fue influenciado intelectualmente por el “hedor romántico, contemporáneo de los poetas gemebundos [...]” (Sánchez, 1968, p. 37).

Es natural que en un primer momento nuestro personaje fuera influenciado por la corriente romántica, la cual provino de Europa. Hay que resaltar que llegó al Perú de forma tardía, porque en el viejo continente esta expresión literaria tuvo auge en el siglo XVIII. Una de las características de la producción cultural peruana es su abuso en torno al sentimentalismo, especialmente en las novelas y obras de teatro, donde incluso los enredos de la vida cotidiana lindaban con actitudes inverosímiles por parte de sus personajes. Entre los representantes más importantes de esta corriente resaltan las figuras de Ricardo Palma, Carlos Augusto Salaverry, Manuel Nicolás Corpancho, entre otros. Por tanto, Luis Alberto Sánchez señalaba que las notas realizadas por González Prada durante su juventud estaban supeditadas bajo estos parámetros. Sin embargo, no por ello debemos desmerecer que algunos de esos escritos contenían severas críticas hacia el sistema político. Ello se refleja en una letrilla publicada en *El Comercio* en 1867, la cual criticaba el hipócrita civismo de algunos ciudadanos:

[...] ¿democracia? ¿Qué simpleza!

¿Civismo? ¿Quiten allá!

Cándido no hay de donde dé ya

Por la patria su cabeza,

Que el civismo es devaneo

Y la patria es el empleo (González Prada, 2009, p. 16).

En la década de 1860, las ganancias legadas por la comercialización guanera generaron el nacimiento de una nueva elite económica nacional. Este flamante grupo no solo se concentró en las actividades extractivas, sino que también mostraron interés en el plano académico, inaugurando salones de lectura, auspiciando exposiciones artísticas y financiando publicaciones académicas como la *Revista de Lima*. En el equipo de colaboradores de dicho órgano intelectual, tendremos a la mayoría de miembros del llamado grupo “Amigos de las Letras”. Con el correr de los años, dicha organización terminaría adoptando el nombre del “Club Literario”. Entre los principales miembros de la mencionada organización académica destacaban: Ricardo Palma, Luis E. Márquez, Luis Benjamín Cisneros, Eugenio Larrabure y Unanue, Numa Pompilo Llona e incluso Manuel González Prada, quien sería parte de esa elite que posteriormente atacaría leoninamente en sus discursos. Efraín Kristal manifiesta su sorpresa frente a la actitud de estudiosos como Sánchez, quien obvió esta importante etapa de su vida, incluso presentando la relación con este grupo como débil al señalar que era un “socio algo distante al Club Literario” (Kristal, 1989, p. 91). Al parecer, con esta declaración González Prada no sería esa persona antiestatus quo que tanto se ha elaborado en la historiografía oficial. Su vinculación con el poder político y económico lo colocaba como una persona que critica a su estamento social, pero no buscaba la eliminación de ellos o la liquidación del sistema en esta primera parte del proyecto político.

Iniciada la guerra contra Chile (1879), González Prada tendría una participación directa en los momentos en que Lima estaba a punto de caer en manos enemigas.

El autor de *Horas de lucha* formaría parte de los pelotones que se constituyeron en pro de la defensa capitalina, pero no llega a participar directamente en el campo de batalla. Según él mismo confiesa, fulminadas las líneas de contención y con el ingreso de los batallones chilenos a las calles limeñas, decide autoexiliarse en su hogar mientras dura la ocupación chilena (1881-1883). Apenas enterado que el general Iglesias había levantado el pendón revolucionario para firmar la paz con Chile, sobre la base de las cesiones territoriales, el recluso González Prada escribió una larga composición titulada “Al Perú” en donde expresa sus primeros gemidos críticos hacia tal afrenta patriótica², a raíz de que el hacendado cajamarquino Miguel Iglesias decidió ceder los territorios de Tarapacá, Arica y Tacna en favor del enemigo:

Guerra sin arte ni plan;
utilizan tus señores para acabar,
cual traidores;
en las cuevas de Montán (Sánchez, 1965, p. 65).

Esta coyuntura de dolor y sufrimiento para la nación peruana fue el ingrediente principal que lo ayudó a forjar el discurso que lo caracterizaría frente a varias generaciones. Ese panorama desolador se convirtió en el caldo de cultivo para que personajes como Manuel González Prada, después del discurso del Politeama, se convirtiesen en una especie de catalizador de los “más fantásticos sueños” (Dávalos y Lissón, 1928, p. 9), los cuales conduzcan al tan anhelado cambio que la población

² Muchos autores coinciden que después de la guerra del Pacífico, la posición de Manuel González Prada habrá de radicalizarse (para ampliar, ver Pereyra, 2009).

reclamaba y que él mismo ofrecía en sus entonadas frases. Esta posición lo divorció de otros miembros de la llamada “República de las letras”, que también intentaron explicar las causas de la no victoria (explicado en el capítulo anterior), pero fracasarían porque no tuvieron la capacidad de criticar sin tabúes ni prejuicios.

4.2. EL CÍRCULO LITERARIO

Dos años después de firmado el Manifiesto de Montán, nace el Círculo Literario³ en contraposición al Club Literario, el bastión intelectual de la elite de ese entonces. Dicha agrupación se convirtió en la plataforma que impulsaría a González Prada a la fama y le permitía ser el motor principal para llevar a cabo su proyecto político.

González Prada es un hombre de su época y por ende está pendiente de los acontecimientos políticos más importantes que suceden en el país. En aquellos tiempos, Miguel Iglesias, presidente de la República (1886), era cuestionado debido a su polémico ascenso como primer mandatario del Perú gracias al apoyo recibido por parte del ejército chileno. Incluso combatió junto al enemigo en la batalla de Huamachuco en contra del general Andrés Avelino Cáceres. Nuestro personaje, en un primer momento, pensó servir a las tropas caceristas; pero finalmente decide no hacerlo y retirarse a su hacienda en Tutumo (Cañete). Para Manuel González Prada, los militares no ofrecían una garantía para forjar la transformación real que el país

³ Entre sus miembros, se encuentra Carlos G. Amézaga, Germán Leguía y Martínez, Víctor Mantilla, Elías Alzadora, Hernán Velarde, Luís Márquez, Luis Ulloa, Carlos Rey de Castro, Abelardo Gamarra, Pablo Patrón, Carlos Alberto Romero, Alberto Químper, Alberto Secada, Manuel Moncloa y Covarrubias, Ernesto Rivas, Adolfo Vienrich, entre otros.

demandaba, tan solo significaba cambiar “mocos por babas” porque tenían una posición de irrespeto a las instituciones constitucionales; por ende, apoyar al cacerismo significaba afianzar el sistema imperante y quien llevó al país a la derrota en la guerra internacional.

Su autoexclusión de la vida pública del país no le impide seguir escribiendo en contra de los más importantes personajes políticos del momento. Prueba de ello es el artículo titulado “Grau”, en donde exalta la figura del caballero de los mares y, a la vez, liquida la imagen de todos aquellos que no ofrendaron su vida por el país, como el caso de Mariano Ignacio Prado, quien huyó del país dejando a la suerte a miles de sus compatriotas a merced de la voluntad del enemigo. Estas palabras le valieron popularidad en el pueblo resentido, en la masa hambrienta de venganza y en los hombres dañados físicamente por el ejército rival (González Prada, 1924).

Aunque será el discurso del Politeama el que generó la atención de la juventud integrante del Círculo Literario, la cual lo proclamará como su máximo representante dado su discurso confrontacional que liquidaba a la clase dirigente del país. Ellos lo enfocaron como una especie de mesías salvador frente a la crítica situación que se vivía durante la reconstrucción nacional (1884-1895); además de compartir su visión del mundo, la cual sindicaba a todos los personajes que socaban la vida institucional del Perú. Este círculo de personas estaría encabezado por Manuel Moncloa y Covarrubias, con quien fundaron una nueva organización, el 30 de octubre de 1885, cuyo nombre sería “Círculo Literario”. Este tendría sus orígenes en una reunión realizada en la calle de Las Cruces. Algunos de los primeros socios de la mentada agrupación fueron Luis E. Márquez, Manuel González Prada, Germán Leguía y Martínez, Carlos Germán Amézaga, Carlos Rey de Castro, Pablo Patrón, José Mendiguren, Luis Ulloa Cisneros, Federico Blume, Teobaldo Elías Corpancho,

Abelardo Gamarra, Hernán Velarde, Federico Elguera, entre otros: “[...] todos, sino todos, habían empuñado el fusil para defender a la patria. No miraban con simpatía a los llamados emboscados y remisos, ni consideraban las alegaciones de edad u otras” (Sánchez, 1986, p. 103).

La presidencia estuvo encabezada por Luis Márquez; pero, por motivos de salud, abandonó el cargo cediéndolo a González Prada. La asunción del mando lo hace oficialmente durante una ceremonia celebrada en el Palacio de la Exposición, en donde nuestro personaje señala que este novel grupo había de representar el partido radical de nuestra literatura. Ellos nacieron por “oposición a los políticos impotentes que nos han cubierto de vergüenza y oprobio se levantan los literatos fecundos que nos prometen lustre y nombradía” (Sánchez, 1986, p. 103).

Esta nueva pléyade cultural que infringiría en la literatura peruana tuvo como consigna el fomentar una literatura que denuncie la situación política en la que estaba enmarañada la nación peruana, un discurso que ataque a los males estructurales del país y, lo más importante, un género literario que cuestione al romanticismo, el cual había adormecido la crítica de nuestro país, enfocando el interés de los hombres y mujeres de letras en una situación ajena al Perú de posguerra del Pacífico. No debe extrañarnos esta situación, debido a que en nuestro país la corriente literaria dominante será el realismo, el cual tendrá esas características: mostrar las relaciones sociales del país. Curiosamente, fue la época en donde resaltarían incluso las novelas de Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera, quienes se encargarán de escribir sobre los problemas al interior de nuestro país; pero lamentablemente fueron censuradas en su época.

Empero, constituir un movimiento intelectual de poco o nada valía, o conllevar esta corriente literaria aun en sus escritos. Si deseaban convertirse en la plataforma

en donde despeguen los actores que conduzcan las riendas del país, el Círculo Literario debía convertir en un partido político, cuya función principal fuera luchar en contra de las “agrupaciones tradicionales”. Dicho objetivo será anunciado en su discurso presentado en el teatro Olimpo en 1888⁴, en el marco del aniversario de la joven organización: “El Círculo Literario, la pacífica sociedad de poetas i soñadores, tiende a convertirse en centro militante i propagandista” (González Prada, 1991, p. 69). Sin embargo, el sueño de González Prada era gestar una agrupación diferente, contraria a los partidos tradicionales, tal como lo describe: “Partido sin jefe no se llama partido [...] Los mil nombrado partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan i quieren unirse con una cabeza que no existe. Hai cráneos, pero no cerebros” (González Prada, 1991, p. 69). Por tanto, el primer paso del proyecto político era forjar un partido que pueda articular a los diversos sectores que componían el país y que pueda ser liderado por este conjunto de jóvenes letrados.

Esta propuesta sería aceptada sin dudas ni murmuraciones por los miembros del Círculo Literario, quienes se sentían parte de un proyecto que les permita realizar los cambios que el país necesitaba. Dicha posición, por parte de González Prada, de forjar una organización política radicaba en la falta de cuadros políticos que dirijan desinteresadamente los destinos de la nación:

⁴ Su objetivo, en la etapa de los grandes discursos, fue señalar permanentemente a los responsables de la derrota, como menciona Raúl Porras Barrenechea: “[...] la suya, la tremenda admonición de post guerra que, a la vez castiga los vicios y lacerías políticas inveterados e inicia la díscola campaña de unos contra otros, zahiriendo con saña el credo católico, profesado por la mayoría del país y azuzando el resentimiento de las provincias contra de Lima” (1963, p. 520).

[...] en oposición a los políticos que nos cubrieron de vergüenza y oprobio se levantan los literatos que prometen lustre i nombradía. Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma [...]. (González Prada, 1991, p. 69).

Sin embargo, el proyecto político inicial no podía quedarse tan solo en cuatro paredes y ser escuchada por sus miembros. Esta tenía que conocerse en diversos espacios de la sociedad peruana a través de un órgano de difusión. El 1 de enero de 1889 aparece en las calles de Lima una nueva revista titulada *El Radical*, cuya circulación era quincenal. Su fenotipo central era: “Órgano del Círculo Literario”. Sus páginas llevarían la voz cantante y en agresivo tono mayor de don Manuel. Su objetivo habría de anteponerse a “tres cosas las cuales se han vuelto ridículas: programas, prólogos a libros de versos y prospectos de periódicos”; ello en alusión a la prostituida venta de esperanza vertida permanentemente por los políticos tradicionales a través de los medios de comunicación:

Felizmente El Círculo Literario de Lima ha salido del estado embrionario y forma un organismo perfectamente definido: su periódico no necesita prospecto. Cuantos asisten a las actuaciones públicas de El Círculo Literario, cuantos leen los escritos de sus socios, saben ya que errores se pueden combatir y qué verdades se pueden proclamar aquí. Este periódico por ahora, será lo que la imprenta debe ser en la actual crisis del Perú: un elemento sano en medio de una inmensa fermentación pútrida (*El Radical*, 1 de enero de 1889).

La crítica hacia los responsables de la guerra era contundente por parte de nuestro personaje. Esta revista serviría como medio principal para atacarlos sistemáticamente; sin embargo, su radio de acción era muy limitado dado el selecto público al que estaba dirigido, es decir aquellos que tenían los medios económicos y además eran alfabetos.

Su discurso causó una enorme popularidad a González Prada debido a la denuncia social en contra de quienes llevaron a la crisis al Perú, llegando a canalizar seguidores a diestra y siniestra. Ello le valió ser tentado por muchos partidos políticos para que se sume a sus filas. Una de las propuestas más serias provino del Partido Constitucional, grupo fundado por Andrés Avelino Cáceres, quien habría de ofrecerle una senaduría a cambio de su colaboración; sin embargo, nuestro personaje no deseaba tener una curul parlamentario y, por el contrario, buscaba convertirse en presidente de la República.

Un discurso rebelde y el apoyo de un grupo de jóvenes fue la fórmula estructural que González Prada presentaba en el escenario nacional. Ellos habrían de ser los “elegidos”, según sus palabras, para acabar con la podredumbre política, como lo había expresado años atrás, y llevar a cabo el proyecto, favoreciéndoles ser la nueva imagen en la escena pública frente a lo viejo y obsoleto como eran el Partido Civil, el Partido Demócrata y el Partido Constitucional que tenía las mañas de antaño, como en la violación de las normas morales y jurídicas.

4.3. ¿RESENTIMIENTO O PROYECTO?

Los discursos de Manuel González Prada en el teatro del Politeama y en el teatro Olimpo, así como los artículos periodísticos publicados en *La Luz Eléctrica*, *El Radical* y otros diarios, representan una sólida crítica al *status quo* de aquel

entonces. Empero, la mayor parte de los autores —como señalamos en el capítulo II— coinciden en que la posición de nuestro personaje después de la guerra del Pacífico es de un perfecto canalizador de los sentimientos de una nación herida producto de la derrota y la búsqueda por enaltecer a quienes ofrendaron su vida por la patria. Pero creemos que ello no fue así. Esto respondió a un proyecto político y no a un resentimiento aislado.

Víctor Andrés Belaunde (1965) señala que fue el resentimiento el motivo por el cual González Prada construyó un discurso radical. Compartiendo esta opinión encontramos también a Jorge Basadre (1984).

Luis Felipe Alarco, opositor a las tesis belaundistas y basadrinas, señala que, dada la posición social de Manuel González Prada, no podía tener un resentimiento hacia su propio estamento social; por el contrario, el interés de nuestro personaje no era atacar los valores que conforman la sociedad, sino los desvalores (Alarco, 1952, p. 63). Es decir, corregir la falta de identificación con el país, la solidaridad, la fidelidad, entre otros elementos que provocaban una buena relación en una comunidad nacional.

Para afianzar dicha hipótesis, citaremos el testimonio de Alfredo Gonzáles Prada, quien describió a su padre como una persona llena de humor, obviando la tristeza y el resentimiento con los que se le retrataba:

[...] González Prada estuvo lejos de ser una especie de apóstol civil, taciturno y avinagrado —ojos viudos de jovialidad y labios huérfanos de humorismo— sólo capaz de administrar el vituperio con ademán adusto, y voz apocalíptica [...] fue un hombre que supo reír —don más raro aún— sonreír” (González Prada, 1937, p. 3).

Contemporizando el discurso de nuestro personaje, podemos denotar que la construcción de su imagen antiestatus que ha sido hecha por sus estudiosos anteriormente mencionados, como Luis Alberto Sánchez. Sin embargo, no podemos restar mérito a su discurso y señalar que las palabras emanadas por Manuel González Prada despertaron en sus tiempos polémica al interior de la llamada “República de las letras”; pero el discurso estaba dirigido a los alfabetos y algún otro analfabeto acucioso. En un primer momento, no llamó a un cambio revolucionario. Esto se convirtió en un discurso que tenía como fin derruir al rival y establecerlo como un actor político que respetó las reglas del juego democrático.

Dichas manifestaciones públicas fueron utilizadas para combatir a sus rivales de turno, los cuales eran colocados, como hemos mencionado anteriormente, como el “tradicional”, aquellos que llevaron a la catástrofe al país, los incapaces que perdieron no solo Tarapacá durante la guerra del Pacífico, sino algo más valioso para los peruanos: su honra. Ellos representan la podredumbre política y de cuyos poros brota los males milenarios que aquejan al país. Este conjunto de denuncias, además de convertirse en el sello oficial que caracterizaría su discurso, se convertirían en el mensaje que distinguiría a la Unión Nacional. El porque basarse en el resultado de una guerra se explica al percatarnos de la influencia en el discurso de González Prada por parte de Ernest Renan, del cual proseguiría su visión de utilizar la historia y más aún el sufrimiento en la misma para forjar la unidad de los grupos excluidos del poder en contra de quienes lo monopolizaban desde décadas atrás y que deseaban seguir poseyéndolo; ellos eran los políticos tradicionales:

[...] haber sufrido, disfrutado y esperado juntos; he aquí lo que vale más que aduanas comunes y fronteras conforma a ideas

estratégicas, he aquí lo que se comprende a pesar de la diversidad de raza y de lengua [...] una nación es pues una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y los sacrificios que todavía se está dispuesta hacer [...] (Renan, 1993, p. 11).

Pero don Manuel no solo tuvo el gusto de disfrutar y seguir sus palabras en libros y ensayos. En la Sorbona, conoció en persona a Renan; pero lamentablemente no pudieron intercambiar palabra alguna. Tan solo le quedó a nuestro personaje escuchar las clases del gran maestro.

Sin embargo, así como existieron seguidores del verso de Manuel González Prada, también existió un discurso opositor, especialmente por parte de la élite económica, quienes sentían que eran víctimas de un certero ataque proveniente de un miembro cercano a ellos y por tanto tenían que defender el sistema ideológico imperante. El grupo con mayor poder adquisitivo tuvo en la figura de Ricardo Palma al defensor nato de ese estamento social. En el discurso de contra ataque, Palma señalaba que las generaciones de antaño eran los responsables de la forja republicana: “[...] y en efecto jóvenes que empiezan a vivir, que apenas se han rozado con las espinas de que está sembrado el valle de dolores que llamamos existencia, asumen el papel de pedagogos severos y lanzan anatemas sobre el pasado y sus hombres” (*El Comercio*, 13 de noviembre de 1888).

Esta generación, continuaba Palma, no reconocía el hondo sacrificio de sus padres para conseguir la libertad que ellos gozaban sin problema alguno: “Olvidan que el pasado fue la lucha heroica de nuestros mayores, para crear la nacionalidad peruana y que el pasado simbolizan hombres que en la historia llaman San Martín, Bolívar entre otros” (*El Comercio*, 13 de noviembre de 1888).

Existe incluso un proceso de negar la capacidad de crítica hacia los jóvenes gonzalezpradistas frente a la opinión pública letrada por parte del “Bibliotecario mendigo”:

[...] niños sin juicio, no habéis siquiera ojeado el Carreño u otro tratadito de buena educación, pues él os habría enseñado que no os era lícito imitar vuestra fiesta a las señoras de Lima para lanzarlas al rostro la grosería de que viven en consorcio con el sacerdote ni el representante de España para hacerlo escuchar de nuestro contra nuestra patria, ni a miembros de la Academia Peruana para colmarlos de improperios. Las canas de los Roca, los Lavalle, los Palma y los Cisneros, mal os pese, estimados en el país y en el exterior” (*El Comercio*, 13 de noviembre de 1888).

Los ataques hechos por Palma fueron de forma anónima, aunque era un secreto a grandes voces que la aristocrática republicana tenía un fiel escudero. En un momento pareciera que se convertiría en una batalla intergeneracional, pero nuestro personaje no focalizó este escenario de manera adecuada por que no intentó canalizar a los jóvenes de la élite económica peruana, lo que fue uno de sus más crasos errores.

González Prada lograría la atención pública, pero él era consciente que su crítica no debía perderse en el tiempo y el espacio o, como diría una célebre frase, “la palabra se la lleva el viento”. Para ello construyó un elemento que le permitió llegar de forma efectiva a la población. El camino era constituir una nueva organización que articule las emociones y las palabras de los ignorados por la sociedad. El Círculo Literario no era suficiente, ya que su naturaleza solo permitía el tránsito de personas vinculadas a la intelectualidad y cultura de nuestro país. Se

necesitaba de un espacio de mayor amplitud que canalice a todos los sectores del país. Frente a ello, nació la Unión Nacional como el partido que iba a generar la apertura a la vida política del país. Uno de los aspectos trascendentales de la novel organización era contar con un grupo intelectual, factor clave para la vida de un grupo político, tal como señala Gramsci:

[...] una masa humana no se distingue ni se hace independiente por sí, sin organizarse (en amplio sentido) y no hay organización sin intelectuales, es decir, sin organizadores y dirigentes, sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en un estrato de individuos especializados en la elaboración conceptual y filosófica (Gramsci, 1967, p. 74).

Las condiciones estaban dadas para que los jóvenes e intelectuales aúnen fuerza bajo la figura de quien en cuerpo era adulto, pero en mente era joven. La aventura sería ahora oficial y las estructuras tradicionales del país al parecer tendrían que temblar.

4.4. LA UNIÓN NACIONAL

Los discursos de Manuel González Prada no fueron del agrado del poder político dominante. Ellos estaban preocupados porque el aparente radicalismo de nuestro personaje podía terminar jaqueando sus intereses. Era claro que el descontento ya no sería solo canalizado por nuestro personaje; ahora sería un nuevo partido: la Unión Nacional. Pero las personas no vivirían eternamente del cuestionamiento, se debía catalizar sus expectativas de forma concreta, fórmula que el partido no pudo realizar, llevándolo a su desmoronamiento.

En 1891, el Círculo Literario pasaría a constituirse en la Unión Nacional, cuyo local central estaría ubicado en la calle Matavilela (actual Jirón de la Unión). La formación de la nueva organización se convirtió en un paso importante para la constitución de su objetivo central: “ser los conductores de la patria”, como desde ya González Prada lo había invocado en la década pasada. Según Jorge Basadre, este novel partido repudió a “los políticos consagrados y, aunque su programa no lo difería expresamente” (Basadre, 2005, p. 1123), debido a que ellos, al igual que el resto de las organizaciones políticas, combatían contra la ignorancia, así como por el derecho de propiedad: “esas ambiciones coinciden del todo con el liberalismo político a la usanza entonces en Europa” (Tauzin, 2010, p. 144). Sin embargo, lo que diferenció a los unionnacionalistas fue la confrontación y acusación, además de utilizar a la guerra del Pacífico como hecho fundamental para mellar la credibilidad del rival. Para corroborar esto, recurrimos a la propuesta programática redactada por Manuel González Prada el 16 de mayo de 1891. Entre los principales puntos, destaca la constitución de un gobierno federal, la representación de las minorías en el Congreso, el sufragio directo y con derecho a ejercerlo aun para los extranjeros y, finalmente, la devolución de las propiedades de las comunidades indígenas (Miro Quesada Laos, 1961, p. 199). Entonces, uno de los objetivos era apertura el padrón electoral a los indígenas y extranjeros otorgándoles derechos políticos porque habrían de tener alguna propiedad, lo que era uno de los requisitos para que se conviertan en ciudadanos y tengan la capacidad de elegir y ser elegidos. Los unionnacionalista no podían confiarse del apoyo de la comunidad letrada, deseaban articular nuevos actores sociales en los procesos electorales de manera oficial; por ello su discurso, el cual compartía las palabras del discurso gonzalezpradista, donde son las masas indígenas las que conforman la nación peruana.

El documento será firmado por Manuel González Prada, Eduardo Lavergue, Arturo Arróspide, Germán Leguía y Martínez, Abelardo Gamarra, Carlos Germán Amézaga, Carlos Rey de Castro, Alberto Secada, Víctor Maúrtua, Felipe Umeres, Jesús García. Carlos Ismael Lisson, Ismael Idiáquez, David Matto, Christian Dam, Adolfo Vienrcih y Wenceslao Valera (Sánchez, 1965, p. 123).

Entre tantos destacados personajes, comenzaron a surgir celos internos por ganar cargos de importancia. Estos no pudieron apaciguarse, creando irremediables conflictos que generaron una temprana división. De su seno partieron algunas personas, quienes más adelante se convertirían en influyentes actores de la política nacional, como el caso de Mariano Lino Urquieta, fundador del Partido Liberal Independiente, y otros como Víctor M. Maurtua, a robustecer el Partido Liberal, organizado por Augusto Durand.

Los secesionistas serían tildados por el propio González Prada como tráfugas y trepadores que utilizaron su agrupación política como “una simple escalera para subir a los destinos públicos o de brújula para arrumbar a la caja fiscal” (González Prada, 1986a, p. 159). Pero nuestro personaje también era consciente que el alejamiento de algunos militantes se debía a problemas de carácter estructural y orgánico de la propia organización:

[...] no dejaremos de consignar una gran falta. En el Comité Central de Lima se ha notado la manía reconvertirse, como ya lo ha dicho uno de sus miembros, en una especie de Inquisición laica [...] En lugar de combatir a los enemigos exteriores o ejercer una propaganda útil y prevalecer, más de una vez se ha desperdiciado la fuerza y el tiempo en guillotinarsse moralmente o a secar (González Prada, 1986a, p. 159).

A pesar de esos transfuguismos minoritarios, en una primera etapa el partido continuó estable con expectativa a consolidarse; sin embargo, en este enrumbamiento la Unión Nacional sufriría un golpe mortal no propagado por la oposición, sino realizado por el propio González Prada: su viaje a Europa. La novel organización política sentiría la falta del líder natural que agrupe a las bases militantes, de un político cuyo carisma aglutine las esperanzas de la población. Esta situación provocó irremediables problemas internos, como el abandono de militantes. En el plan personal —para González Prada—, habría de traerles interesantes conocimientos que más adelante ayudarían a analizar la sociedad peruana e incluso finiquitar otra de sus más importantes obras: *Páginas libres*.

4.5. UN PERUANO EN FRANCIA

Ese lugar serviría de inspiración a Manuel Gonzáles Prada para construir algunos de sus más destacados textos, perfeccionar otros y tener las herramientas teóricas necesarias que le permitieron adaptarse a los tiempos futuros.

La estadía académica en Francia le ayudaría a equiparse con lo más moderno del pensamiento occidental, como el positivismo, el cual le ayudará a repudiar todo elemento del pasado: “la ignorancia de los gobiernos y la servidumbre de los pueblos, encuentra la solución en la ciencia positiva, la cual, a su juicio, había producido más riquezas que toda la acumulación milenaria de teología y metafísica” (Stoetzer, 1986, p. 151).

En tierras francesas, nuestro personaje, como señalamos, terminó de escribir *Páginas libres*, en donde estarían compilados diversos discursos y ensayos publicados anteriormente en distintos medios de comunicación escrito. El nacimiento de dicho libro generó comentarios favorables en la comunidad académica nacional,

como el caso de Federico Blume⁵. Incluso diarios propierolistas que marcaron abierta polémica con Manuel González Prada, no podían ocultar la admiración por una publicación que se convertiría en una lectura clásica del Perú. Entre dichos periódicos encontramos *La Neblina*, en donde redactaba el joven José Santos Chocano, quien señalaba el compromiso político e intelectual que tenía dicho libro no solo en los destinos del país, “sino también con la humanidad cuyo pendón, sin pliegues enarbola” (*La Neblina*, 19 de enero de 1895). La popularidad intelectual de nuestro personaje trascendió las barreras políticas para consolidarse en las raíces académicas y que hasta el día de hoy conserva. Se constituyó formalmente en el caudillo cultural⁶.

Mientras González Prada afianzaba su prestigio político e intelectual en el Perú, la situación de la Unión Nacional era dialécticamente contraria. La falta de un liderazgo que siga manteniendo compacta a la masa militante, generaba su abandono, desbaratando las células sociales que lo conformaban al no encontrar a ese caudillo cultural que alguna vez los encandiló con sus palabras y los enamoró

⁵ “[...] para juzgar filosóficamente a Gonzáles Prada, hay que meditar por largo tiempo. Sus frases son sentencias, y parece que el filósofo, en abstracción absoluta, las lanza intermitentemente. Hay muchas veces un dolor profundo al enunciarlas, que no se puede ocultar la mente del pensador, y más de una lágrima se adivina, que confundida con la tinta, forma una amalgama que fija indeleblemente verdades que él quiere que sus conciudadanos y la humanidad aprenden” (*La Neblina*, 26 de enero de 1895).

⁶ “[...] la vida política, los fines del Estado, no coinciden, en ocasiones, con los proyectos de estos jóvenes. El choque genera una tensión moral en algunos que consideran imposible seguir sirviendo a los regímenes revolucionarios y prefieren el exilio real o el exilio interno. En otros, el choque amortigua y la fe en el Estado se fortalece hasta volverlos servidores incondicionales y legitimadores ideológicos” (Krauze, 1976, p. 15).

con sus versos. Uno de los fracasos de esa atomización de la Unión Nacional, incluso con la vuelta de nuestro personaje, es explicado por Max Weber, quien señala, desde un punto de vista sociológico, que nuestro personaje no pudo “rutinizar su carisma” (Weber, 1969, p. 194); es decir que, al no encontrarse en el país, no adecuó su discurso a los momentos y expectativas del día a día. Un buen político evalúa permanentemente el escenario en que se desenvuelve. Las cartas bien redactadas de Abelardo Gamarra, los periódicos llegados a su escritorio o la voz de algún compatriota no había de ser suficiente para vislumbrar el escenario nacional.

La estancia en el viejo continente ayudó a desarrollar el pensamiento de nuestro personaje. Carlos Miro Quesada lo expresa de la siguiente manera: “su permanencia en Europa y la acrimonia de su espíritu le hicieron adelantar el reloj, marcando una hora social sobre la esfera” (Miro Quesada Laos, 1961, p. 1968). Sin embargo, todo tiene su final y fue hora de regresar a la patria y continuar las tareas trazadas: el proyecto debía continuar.

4.6. LA VUELTA A LA PATRIA

La llegada de Manuel González Prada al puerto del Callao fue recibida con bastante entusiasmo por sus seguidores, quienes anhelaban escuchar en los discursos públicos aquella crítica furibunda, la cual había sido entonada en la década anterior por su líder. Encabezaba el séquito de recepción un fiel amigo y militante unionnacionalista: Abelardo Gamarra —apodado “el Tunante”—, quien habría de mantenerle al tanto de los acontecimientos más importantes en el Perú durante su ausencia. De esta manera, nuestro personaje emprendería su proyecto original.

En honor a Manuel González Prada, se organizó un evento de bienvenida. El lugar elegido sería el célebre teatro del Politeama. El objetivo era revivir su gloriosa e inmortal hazaña de 1888, cuyas palabras remecieron las estructuras del sistema político nacional. Empero, el gobierno y las élites no serían tomados de improviso nuevamente. Ellos decidieron detener tal espectáculo con el fin que no vuelvan a ser cuestionados, tal como lo testimonia Adriana Verneuil, esposa de nuestro personaje: “[...] ese día la policía puso guardias montados en las esquinas del local, con orden terminante del comisario de no dejar a nadie entrar al teatro” (Verneuil, 1947, p. 315).

A pesar de ese inconveniente que evitó un baño de masas entre González Prada y sus simpatizantes, no le impidió encontrarse en días posteriores. La militancia de la Unión Nacional se reunió el domingo 21 de agosto de 1898, fecha en donde celebrarían su décimo tercera conferencia pública. Entre los principales asistentes se encontraba el comité directivo en conjunto, los adherentes de Lima y el Callao, así como un gran número de jóvenes universitarios. La agenda de dicho evento tenía diversos puntos a tratar, resaltando la posible participación en las elecciones presidenciales del siguiente año. La sesión empezó con las palabras iniciales del vicepresidente del comité directivo central, el Dr. Julián Maradiegue, quien señalaba que la intención de su organización era “destronar el cesarismo” gobernante (González Prada, 1989, p. 7), que por años había de monopolizar la política nacional. Este planteamiento trajo el multitudinario aplauso y respaldo de los presentes, quienes por una década habían esperado ese momento para dar el gran salto y tomar democráticamente las esferas políticas del país. A continuación, tomaría la palabra Manuel González Prada quien, en un largo discurso, fulminaría a las otras organizaciones políticas del momento, como el Partido Civil, la Unión

Cívica, el Partido Constitucional y el Partido Demócrata, tildándolas a todas ellas de deformadores del espíritu democrático; las cuales eran acaudilladas por los politiqueros de antaño, quienes se enriquecieron a costa del tesoro público. Estas palabras confrontativas hacia sus rivales eran expresión que la Unión Nacional no buscaba: “[...] ganarse prosélito, merced a pactos ambiguos [...] sino a un público fiel es por ello que debían mostrar un origen de intransigentes e irreconocibles [...]” (González Prada, 1989, p. 18).

Como era de costumbre, González Prada volvía a posicionar su discurso en función a la crítica en contra de los verdaderos responsables de la derrota en la guerra del Pacífico. Las intervenciones de nuestro personaje ganarían el delirio del público; sin embargo, esas pasionales aclamaciones se convertirían en silencio absoluto cuando decantó su posición frente a los comicios de 1899. Nuestro personaje señalaría que la Unión Nacional debería solo participar en las elecciones parlamentarias:

[...] mereceríamos la tacha de ilusos, utopistas y soñadores si nos creyéramos un poderoso factor en nuestra vida política y quisiéramos intervenir como juez dirimente en el próximo simulacro de elecciones. Lanzándonos a la lucha, gastaríamos de un modo estéril y hasta perjudicial la fuerza que debemos aprovechar en crecer y consolidarnos [...] (González Prada, 1989, p. 25).

Manuel González Prada era consciente que su partido no tenía “el prestigio necesario para mover a las muchedumbres y arrastrarlas a una acción eficaz y regeneradora [...]”; tan solo quedaba participar “en el terreno de las diputaciones y senadurías podríamos combatir con probabilidades de bien éxito en algunas localidades de la República, pero en cuanto a la presidencia y vice presidencias, en

nada concierne intentar [...]” (González Prada, 1989, p. 37). Con esta posición, anularía su papel en los comicios para la primera magistratura del país; lo que provocó la desilusión de sus simpatizantes, tirando por la borda la expectativa de aquellos que deseaban activar el programa político que los integraba bajo una sola organización política.

Lo que puede ser un aparente autosuicidio al dejar de lado una oportunidad de convertirse en primer mandatario o por lo menos disputar a los candidatos del civilismo, el pierolismo y el cacerismo la presidencia de la República, en realidad sería una estrategia política por parte de nuestro personaje, tal como narra su esposa: “[...] bien comprendía Manuel que era tan difícil atraer a los indiferentes a las luchas políticas [...]” (Verneuil, 1947, p. 317). Por tanto, él podría evaluar que más opciones tendrían en ingresar su representación en el Parlamento Nacional que obtener el control del Poder Ejecutivo; además, dicho espacio legislativo le permitiría establecer las leyes que canalicen de una manera efectiva su proyecto político. Otro factor que llevó a desistir de la lucha por ocupar la casa de Pizarro era la importante pérdida de militantes, cuyo éxodo debilitó la base social de la organización. Su posición también se vislumbraría al señalar que en 1899 aún no existían las condiciones necesarias para “nuevas” propuestas, la capacidad política de ese entonces no permitía desechar el centralismo, no había la voluntad para liquidar los hábitos milenarios y rechazar la marginación hacia lo indígena: “El Perú [...] pueblo sin exigente moral política, sin excesiva abnegación patriótica” (González Prada, 1986b, p. 282).

Es importante resaltar que la crítica gonzalezpradistas de fines del siglo XIX para aquellos tiempos estaría concentrada principalmente hacia un solo enemigo

responsable de dicho escenario: nos referimos al civilismo, el grupo que habría de engatusar a los ciudadanos con un viejo discurso de corte colonial⁷.

Como podemos apreciar, Manuel González Prada reclamaba la falta de una visión capitalista por parte de las élites, quienes vivían pensando en ser herederos de España, esperando recibir títulos nobiliarios por parte del rey, lo que impedía una sociedad inclusiva.

La llegada al Perú de nuestro personaje no fue en las mejores condiciones para la Unión Nacional. Con un partido debilitado y el desprestigio producto del transfuguismo de mucho de sus partidarios políticos, el proyecto comenzó a tener serias fracturas. Para atraer noveles militantes, debía utilizar otra estrategia que pueda hacer que su voz sea escuchada por las mayorías. Ello llevaría a la constitución de la prensa política, lo que permitía además difundir su discurso, canalizando militantes.

4.7. PRENSA POLÍTICA

La mayor parte de los partidos políticos —a lo largo de la historia republicana— han contado o han intentado tener de su lado, casi siempre, a los medios de comunicación escrito. Los diarios terminaron por convertirse en el medio informativo

⁷ “[...] el estado mayor del civilismo, lo que titularíamos corte de grandes con grandeza de primera clase, constaba de agricultores enriquecidos en enormes préstamos arrancados sorpresivamente a los bancos hipotecarios, al mismo tiempo que de abogados, ingenieros y comerciantes, hechos gordos capitalistas a fuerza de piratear en las Islas de Chincha o merodear en las salitreras de Iquique. Harían también de coste algunas familias medio apolilladas y medio mohosas, que soñaban con la restauración de sus blasones y el establecimiento de un segundo virreinato [...]” (González Prada, 1986b, p. 324).

por excelencia hasta nuestros tiempos (quizás amenazado en su influencia por los medios visuales y virtuales). Estos servirían como brazo de apoyo, principalmente durante la realización de los comicios electorales. La tarea principal era fulminar la imagen del rival y la de su comunidad política. En forma casi simultánea, los diarios se encargaban de loar la figura del candidato de su preferencia, ayudándolo al defenderlo cuando la furibunda crítica (de tal vez otro diario, algún volante o el rumor) intentaba derribarlo en su misión por llegar a los cargos burocráticos estatales. Pero el rol del diario no solo habría de limitarse de forma mediática a las elecciones. Los periódicos jugarían un papel fundamental durante la gestión del grupo, club electoral o partido político que se encontraba en las esferas del poder⁸, sea para publicitar sus obras mientras permanecían en el oficialismo o para criticar mordazmente los “errores” si estaban en la oposición. Desde cualquier trinchera (a favor o en contra), el contenido informativo terminaba por conformar la corriente de opinión pública⁹, tanto para cimentar como para desestabilizar la gestión en el poder. Entre los casos más famosos de esta relación partido político-prensa escrita a lo largo de la centuria decimonónica, destaca, por ejemplo: *El Comercio*-Partido Civil o

⁸ “La prensa es un intermediario letrado hacia el pueblo, especialmente en Estados donde aún la soberanía popular no se encarna políticamente. Su circulación, pequeña en número por las carencias en educación, era amplia en repercusiones nacionales e internacionales” (McEvoy & Stuvén, 2007, pp. 407-441).

⁹ Una explicación de cómo era concebida la opinión pública a fines del siglo XIX es presentada por el sociólogo Joaquín Capello: “[...] constituye los grandes comportamientos del organismo social, y según el estado de las ideas dominantes, tiene libre entrada o son cegados completamente, los campos de acción propios a cada ramo de la actividad humana. La práctica de la virtud y del bien, el trabajo y el estudio no pueden desarrollarse una vez que la opinión pública pone su visto en tal o cual sentido” (Capello, 1895, p. 9).

La Patria-Partido Demócrata, entre otras duplas; sin embargo, a pesar de las evidentes pruebas de simpatía hacia dichos partidos, no colocaban en sus encabezados un rótulo mostrándose de forma convicta y confesa de parte de tal o cual partido o siquiera ser su órgano oficial que permitía dedicar la mayor parte del cuerpo informativo a las actividades de la agrupación¹⁰. Sería *El Germinal*, el órgano de prensa y propaganda del partido Unión Nacional, uno de los primeros en su género, durante el siglo XIX y quizás en la historia de la República. Durante su emisión, con interrumpidos lapsus de tiempo, generaron polémica en el ambiente nacional atacando leoninamente a sus rivales de turno, así como desenmascarando a los periódicos que servían a las otras canteras políticas de forma mercenaria.

4.8. EL IMPERIO DE LA PALABRA ESCRITA

Los discursos realizados por González Prada no fueron escuchados por miles de personas, menos aún existió un ávido público letrado en todo el territorio nacional que habría de consumir las palabras vertidas por el autor de *Horas de lucha*; muy por el contrario, sus más célebres discursos fueron difundidos en diarios de corto tiraje, como *La Luz Eléctrica*. Otros periódicos semanales, quincenales o incluso mensuales, no habilitaron el espacio adecuado ya que habrían de recibir fuertes presiones por parte del poder dominante para cercenar los discursos gonzalezpradistas de sus hojas. Frente a este tipo de obstáculos que ocasionaron la dependencia para difundir las ideas de Manuel González Prada y la crítica que

¹⁰ Lo más cercano que tenemos es *El Progreso*, órgano de prensa del Club Electoral, comandado por Domingo Elías; pero, por su propia naturaleza, este no era un partido político ni dicho periódico era una cantera militante.

hicieron los radicales a la clase política, se ideó un plan que les permitió llegar a los corazones y las mentes de los peruanos, especialmente de los votantes alfabetos quienes, en un primer momento, eran el público objetivo a cautivar. El nuevo reglamento electoral, implementado por el régimen pierolista en 1896, solo contemplaba la participación en las urnas de quienes sabían leer y escribir, recreando la concepción del ciudadano en ejercicio y representación¹¹. Es así que apareció *El Germinal*, la primera prensa militante del país, a fin para canalizar a esa sociedad letrada que la Unión Nacional ambicionaba.

Su primera entrega sería el 1 de enero de 1899. El periódico tenía dicho nombre porque habría de representar un nuevo comienzo para el país, el cual contaría con una “prensa seria e independiente”. Las editoriales tendrían un similar discurso al expresado en el Politeama: confrontativo y pasional. *El Germinal* apuntaría sus críticas hacia el mandatario saliente: Nicolás de Piérola¹². La principal acusación giraría en torno a desenmascarar el doble discurso que Piérola expondría frente a la opinión pública con respecto a la situación económica del Perú: mientras en los estrados Piérola señalaba un crecimiento arrollador, en los documentos se demostraba un déficit apocalíptico que fulminaba toda esperanza de recuperación económica después de la guerra. Lo curioso de esa primera editorial emitida por los germinalistas fue una alabanza hacia el propio presidente porque, después de tan

¹¹ Para mayor información sobre el reglamento de elecciones de 1896, consultar Aguilar, 2002.

¹² En esta etapa, al parecer González Prada es cegado por la competitividad ocasionando limitadas evaluaciones sobre sus rivales, en este caso de Nicolás de Piérola, debido a que no percibió el carisma que envolvía al califa e hizo de él un caudillo admirado por muchos y odiado por otros tantos. Para ampliar esta idea, revisar Portocarrero, 2006, pp. 122-159.

lapidarias palabras, él asumiría la responsabilidad del país frente a las viudas de los soldados caídos en combate, otorgándole una pensión que les permitiera subsistir. Esto no fue asumido por sus antecesores, Miguel Iglesias, Andrés Avelino Cáceres y Remigio Morales Bermúdez¹³. Por tanto, se aprecia su primera misión de liquidar socialmente la imagen del rival, estrategia que era parte de los discursos individuales de nuestro personaje.

En este primer número, publicaron artículos dedicados a los comicios presidenciales a realizarse en mayo de 1899, los cuales arremeterían contra el candidato del oficialismo (la alianza del Partido Civil y el Partido Demócrata), Eduardo López de la Romaña, reduciéndolo como un títere del pierolismo¹⁴. Lo curioso del caso es que el candidato natural de dicha alianza era Guillermo Billinghurst; sin embargo, sería marginado por su propia organización, según versiones oficiales, al no encontrar el consenso necesario que pueda catapultar su candidatura a la primera magistratura del país. Empero, el propio Billinghurst señala, en una carta dirigida a la opinión pública, una versión totalmente distinta de su desaforación como candidato presidencial. En la misma, señala haberse convertido en “una seria amenaza” (*El Germinal*, 7 de enero de 1899) a la obra política de

¹³ Ver *El Germinal* (editorial), 1 de enero de 1899.

¹⁴ Lo curioso del caso es que los miembros de Unión Nacional, en el marco de las elecciones presidenciales de 1899, estuvieron en conversaciones con los demócratas, los constitucionalistas y la Unión Cívica, lo que se conocería como el “concierto electoral”, para llevar acabo la alianza con miras a los comicios presidenciales de 1899; pero esta se vio boicoteada por el civilismo, ya que la presencia de otras canteras políticas mermaba su influencia en los órganos de gobierno. Es por ello que *El Germinal* emitiría con dureza la imagen del califa como la de su enemigo más cercano en los comicios electorales: Eduardo López de la Romaña.

Piérola. Frente a esta tensa situación, dicho personaje decide renunciar al Partido Demócrata. Entonces entenderemos que se buscaba focalizar al enemigo; es decir, a los partidos tradicionales. Por tanto, *El Germinal* seguía manteniendo el discurso de nuestro personaje.

Destaquemos que, como primer diario militante del país, *El Germinal* se encontraba solo en la esfera periodística. Su rival natural, con quien tuvieron abierta polémica, sería *El Comercio*, tildándolo como el periódico oficialista que se encontraba abiertamente “prohijando al Sr. Romaña” (*El Germinal*, 7 de enero de 1899). A estos “mercenarios o rufianes de pluma” (*El Germinal*, 18 de febrero de 1899) se les atacaba permanentemente por haber vendido su capacidad de informar a la población al mejor postor. Es interesante analizar cómo se configuró un nuevo escenario polémico debido a que se desenmascaraba los arreglos bajo la mesa y la prebenda a la que los diarios habrían caído como parte de la denuncia social.

La estructura de los ataques era sistemática, haciéndose hincapié en el caudillaje, el cual “ha engañado de tal suerte al Perú que esta duda con razón de cuantos aspiran a desempeñar semejante oficio [la presidencia]” (*El Germinal*, 11 de febrero de 1899). Las polémicas puestas en escena por las tribunas germinalistas terminarían por acabar con la paciencia del poder dominante. La respuesta de este y la de sus allegados fue el cierre de la imprenta en donde se editaba el semanario (Basadre, 2005). Sin un medio de impresión, el diario se trasladó a otro lugar para realizar una edición especial, casi en forma de volante, en donde denunciaba públicamente tal acto demostrando que, en el Perú de 1899, “no se respetaban las garantías individuales ni los derechos del ciudadano” (*El Germinal*, 28 de febrero de 1899) para expresar libremente sus ideas. Según señalaba *El Germinal*, la violencia en contra de todas las opiniones independientes habrían de ser apoyadas por esa

prensa vendida, quienes no invertirán una sola línea sobre tal acontecimiento y, por el contrario, “pregonaron y aconsejaron su exterminio” (*El Germinal*, 28 de febrero de 1899) de las calles.

La élite política utiliza sus diferentes mecanismos de poder, en este caso la prensa filogobiernista y la fuerza pública. Estos aportes del Estado permitían mantener el *status quo* en favor del poder dominante.

El abierto desafío al gobierno lo llevó a encontrar serias dificultades. Además de la destrucción de su imprenta, los miembros de la Unión Nacional sufrirían un permanente acoso personal y económico para que estos abandonen sus filas, lo cual tuvo relativo éxito. Sumémosle a ello la carencia de un medio informativo para afrontar la campaña electoral de ese año, lo que conllevó a la derrota de la Unión Nacional en las elecciones parlamentarias. Esas mismas elecciones también decantarían el resultado obtenido por González Prada en los comicios presidenciales sin campaña ni deseando ser candidato¹⁵. La derrota certificó, por un lado, lo vetusto que estaban los discursos gonzalezpradistas en el sentir colectivo debido a que las personas no solo estarían dispuestas a escuchar gemidos patrióticos, también buscaban soluciones concretas; y, de otro lado, el resultado electoral dio a entender que no podían continuar solos si querían seguir participando en la lucha política, por lo que se debía cambiar algunos mecanismos y hacer alianzas con otras organizaciones que le permitieran tener resultados óptimos. La

¹⁵ Los resultados fueron los siguientes: “Eduardo López de la Romaña 55918 votos; Manuel Candamo 1337 votos; Manuel Gonzáles Prada 549 votos; Guillermo Billinghurst 129 votos”. (Basadre, 2005, 1222).

falta de coherencia entre el discurso y la praxis de su dirigencia habría de significar la desaparición de la organización política.

4.9. ALIANZA Y POLÉMICA

El Germinal volvería a la escena pública después de un año de forzoso retiro (septiembre de 1901). Las condiciones endógenas eran muy distintas a la de fines de la centuria decimonónica. Un presidente civil estaba instalado en Palacio de Gobierno, la inversión nacional y extranjera acrecentaron las reservas del arca fiscal y gracias a ello el Estado tuvo la capacidad de consolidar la paz interna en el país. Los servicios del gobierno se extendieron hacía varias partes del Perú. Esta situación fue entendida por los partidarios de la Unión Nacional, quienes tuvieron que replantear la estrategia para acercarse a la población. De esta manera, dejan de lado su aislamiento y por ende toda crítica de apertura y entendimiento con las otras fuerzas políticas. Esta situación habría de ser explicada en sus páginas a la opinión pública. Empero, el propio González Prada no entendería o no quería entender estas actitudes que los posiciona en una mejor expectativa electoral según su entendimiento, pero no para el de nuestro personaje, quien en sus escritos expresaba un repudio a los otros partidos que eran parte de la tradición clientelística, patrimonialista y caudillesca.

Para dicho acuerdo, las direcciones políticas de ambas organizaciones se reunirían a discutir los lineamientos y la plataforma que los llevaría a la unidad. A pesar de un compromiso electoral, la Unión Nacional señaló su independencia ideológica en dicha fusión. Al parecer, sus militantes comprendieron que el fracaso en las urnas en 1899 y la falta de dinero para mantener la edición del diario se debió a una actitud demasiado balcanizada y que la alianza con “el mal menor” habría de

llevarlos al éxito anhelado. Sin embargo, González Prada se habría de oponer a dicho acuerdo. Por todos los medios intentó ser disuadido, incluso por Abelardo Gamarra, quien fracasaría en su intento. A pesar del rechazo de dicha unidad electoral por parte de nuestro personaje, esta sería aprobada en una asamblea posterior, la cual fue realizada a espaldas de las bases partidarias, tal como narra Adriana Vernuil: “[...] los comités de provincias no fueron consultados y Manuel no tuvo más que callar, sin darse por aludido de la doble traición, esperando la ocasión de separarse del Partido que bien pensó, no tardaría en presentarse” (Verneuil, 1947, p. 334).

Este escenario permitiría a la Unión Nacional una actitud permeable y abierta, tal como lo señala en su línea editorial, explicando a la opinión pública su decisión: “La Unión Nacional presente constituer una asociación esencialmente conciliadora, razonable y práctica, no una agrupación intolerable, agresiva, incapaz de plegarse a las circunstancias [...]” (*El Germinal*, 26 de septiembre de 1901).

A la par con esos conflictos internos en la organización, *El Germinal* tuvo que hacer frente a uno de los mayores peligros para la libertad de expresión: el impuesto a la prensa. Dicha ley, emitida por el régimen de Romaña, tenía como fondo el sancionar con una determinada cantidad de dinero al servicio de correos que les servía como medio para llegar a más lectores (*El Germinal*, 10 de octubre de 1901). Al no contar con un gran presupuesto o grandes ventas para subvencionar las ediciones en otros departamentos, se condenaría a este diario a distribuirse en la urbe capitalina.

Otra de las críticas que hizo el diario en mención fue la defensa del indígena, colocado en su editorial bajo el título “Los parias”. La principal crítica realizada era que la libertad se encontraba en manos de los “párrocos y funcionarios civiles” (*El*

Germinal, 7 de noviembre de 1901), una dupla que había sido criticada también en las novelas de la escritora cusqueña Clorinda Matto de Turner.

El seguir atacando la ineficiencia de la burocracia estatal, reivindicar a los indígenas (los grandes excluidos de la nación criolla) y denunciar el manejo clientelísticos del Parlamento nacional no era gratuito. Esta posición respondía a minar la credibilidad e imagen del oficialismo representado en el civilismo con miras a las elecciones presidenciales de 1903; para lo cual denunciaban una posible alianza de los demócratas y civilistas dividido no por ideas, según señalaba el periódico, sino por “una serie de conveniencias, de manera que cuando la noten en peligro de sucumbir, se harán recíprocas concesiones y reanudarán su alianza” (*El Germinal*, 27 de febrero de 1902). De hecho, gran parte de sus notas periodísticas eran dirigidas a denunciar a los rivales. Sin embargo, tímidamente comenzaron agitando a una clase social hasta ahora no protagonista de la historia; pero, gracias a la llegada de la inversión privada, engrosaría su número: nos referimos a los obreros quienes se interrogan “¿qué debe esperar la clase obrera de los políticos dominantes? Ninguna libertad, porque nada más opuesto a la libertad que las conveniencias de las banalerías de su programa” (*El Germinal*, 13 de mayo de 1902).

Como apreciamos, nuestro personaje intentaba cooptar tempranamente al proletariado peruano, aunque el resultado inicial sería pírrico. Las masas obreras concentraban su atención en otros aspectos, como mejorar las condiciones de vida.

Si bien esta permanente crítica era vital para las aspiraciones personales de Manuel González Prada para empoderarse como una referencia pública, este trabajo sería mermado por los problemas interiores del partido desenlazándose ello en la dimisión de su fundador.

4.10. EL FRACASO DEL PRIMER PROYECTO POLÍTICO

El 11 de abril de 1902 llegaba una misiva a la oficina central de Unión Nacional. En la remitente se apreciaba el nombre de Manuel González Prada y en el contenido se anunciaba su renuncia. La causa fundamental era la oposición frente a la alianza entre Unión Nacional y el Partido Liberal. Nuestro personaje argumentaba que dicha relación interpartidaria violentaba los principios de la organización y traicionaba todo contra lo que él por tantos años había luchado y criticado. Con esas palabras, nuestro personaje dio un paso al costado de la agrupación que él mismo había ayudado a fundar (Verneuil, 1947, p. 338). Esa polémica actitud atrajo la atención de otros periódicos por informar y ahondar en los detalles que habían llevado a una crisis profunda a su organización política; sin embargo, este hecho no impediría que la organización continúe sus actividades.

Los resultados de los comicios realizados en 1899 y el permanente éxodo de militantes fueron dos motivos claves para el alejamiento de González Prada del partido. Empero, la excusa para el divorcio entre el caudillo cultural y la organización fue la alianza con los liberales, tal como expresa nuestro personaje a Francisco Gómez de la Torre:

[...] mi alejamiento como ya lo he dicho, tuvo una sola causa; mi oposición en septiembre de 1899 a que el Partido se aliara con los revolucionarios. Desde aquella época sólo asistí a las sesiones

mientras se realizaron en mi domicilio, quiere decir, hasta mayo de 1900 (González Prada, 1924, p. 356)¹⁶.

La respuesta inmediata del partido no se hizo esperar. En un pronunciamiento público por parte de la Unión Nacional, se responsabilizaba al propio González Prada de distanciarse sin tener un argumento válido. Ellos entendían que su actitud respondía tan solo a un capricho personal y a no saber secuencialmente los detalles que lo llevaron aliarse con los liberales y las ventajas que ello traería. Además, los unionnacionalistas se oponían a los calificativos hechos por nuestro personaje al señalarlos como clericales, conservadores y pactista con lo inmoral de la política (*El Germinal*, 17 de abril de 1902); por el contrario, el rotulo con que calificarían a Manuel González Prada fue intolerante. No contento con la categórica y confrontativa misiva, volvía a criticar la actitud del autor de *Horas de lucha*, quien asumía “el papel de Torquemada, mandando a las hogueras a los fieles de una creencia que no sea la suya” (*El Germinal*, 17 de abril de 1902).

El impacto de la renuncia del autor de *Páginas libres* fue muy comentado por la prensa de aquel entonces y se volvería la comidilla de cafés y reuniones públicas. La aventura política de Manuel González Prada al parecer había llegado a su fin. Incluso su otrora partido escribió diversas cartas a otros diarios, como *La Evolución*, en donde señala como urgente y prioritaria necesidad llegar a los órganos de gobierno nacional; es por ello que justifican su alianza con los liberales, situación no

¹⁶ Carta dirigida a Francisco Gómez de la Torre (comite provincial de Unión Nacional).

entendida por nuestro personaje¹⁷. En el marco de la salida de nuestro personaje, los unionnacionalistas hicieron sus elecciones internas para determinar su directiva nacional, lo que determinaba un alejamiento simbólico y concreto de nuestro personaje de dicho partido.

Después de pasada esta coyuntura, *El Germinal* arremetería nuevamente en la política nacional, para ser más preciso, en contra del mandatario Romaña: “[...] un presidente sin sentido moral, sin aliento para acometer empresas saludables, sin voluntad para seguir el camino de la honradez y las virtudes cívicas, sin decoro, ni energía para libertarse del automatismo a que le condenan sus consejeros” (*El Germinal*, 14 de agosto de 1902).

Al parecer, intentaron imitar el discurso de González Prada, pero no tuvieron éxito alguno debido a que ellos no constituyeron un proyecto orgánico: su objetivo era personal.

La Unión Nacional, junto con su nuevo aliado, el Partido Liberal, habrían de enfrentar el primer reto: las elecciones municipales. Aunque el discurso que emanaba la prensa era menos crítico hacia el rival, por el contrario estarían dirigidas en contra de la sociedad peruana y, en especial, de la juventud, quien se hundía “con facilidad al yugo de Cáceres, Valcárcel, Piérola o Candamo” (*El Germinal*, 4 de septiembre de 1902). Rompiendo quizás la imagen de quienes eran los malos (los políticos tradicionales) y los buenos (la juventud); ya los jóvenes no eran los llamados a la obra.

¹⁷ Carta a *La Evolución*, fechada el 26 de abril de 1902, publicada en *El Germinal*, 1 de mayo de 1902.

El 25 de septiembre, *El Germinal* cumplía su primer aniversario desde la vuelta a la escena pública. La editorial de dicho número señalaba que seguía al servicio de la Unión Nacional, quien exteriorizaba a través del periódico “su independencia y el odio que profesaba a las banderías personalistas” (*El Germinal*, 25 de septiembre de 1902), resaltando que ya no estaba en su “proyecto” aquello de que se alejarían sin respetar las decisiones colectivas (en alusión a Manuel González Prada). Sin embargo, en dicho artículo se admitía una de sus grandes limitaciones: su corto radio de influencia social, lo que impide denunciar el abandono al que estaban sometidos miles de peruanos:

[...] se hallan incomunicados con el mundo civilizado, enteramente ignorantes de los adelantos de la ciencia, del rumbo de las naciones, de las modernas prescripciones de la higiene, de los progresos del arte, del carácter que debe tener la escuela popular, de las condiciones políticas, morales y sociológicas de su propia patria, de los derechos que como a ciudadanos les corresponde, de los deberes y leyes que les toca acatar y cumplir (*El Germinal*, 16 de octubre de 1902).

Esta primera experiencia habría de hacer serias reflexiones en Manuel González Prada, quien en esos momentos se “contentaba con mirar de lejos las marronas politiqueras aquellos que antes estaban a su lado” (Verneuil, 1947, p. 342). El proyecto inicial fracasó por una serie de factores, como el resquebrajamiento de su base social, además de la indecisión de nuestro personaje de tomar una decisión directa de afrontar los procesos electorales, pero eso no lo llevó a encerrarse entre cuatro paredes al lado de su escritorio. Ahora buscaría otros canales para llevarlo a cabo.

El rol de los periódicos fue fundamental para forjar una corriente de opinión:

[...] la producción de periódicos siguió deprimida hasta el cambio de siglo, sin dejar de estar centralizada y concentrada en Lima, al igual de la opinión pública. En la capital de la nación aparecía el 58% de todas las publicaciones. En su mayoría estas seguían circulando en la zona y eran leídas principalmente por residentes locales (Forment, 2012, p. 224).

Por ende, no tenemos un elemento lo suficientemente sólido para concientizar a la población alfabetada, el objetivo para lograr el cumplimiento de su objetivo político de respaldarlo en elecciones “libres y soberanas”.

Otro de los problemas de la primera parte del proyecto tiene como talón de Aquiles la falta de diálogo entre el discurso de nuestro personaje con las expectativas de la población e incluso de sus propios militantes. Un elemento de agitación y esperanza brindado al concluir la guerra del Pacífico se convirtió en un elemento fundamental que la diferencia del resto de propuestas emanadas por otros actores y organizaciones políticas; sin embargo, en el largo plazo, estos no fueron suficientes para canalizar el descontento y frustración de la población.

El paso del tiempo sin resultado alguno, la falta de renovación de su discurso, la ausencia del liderazgo, la no consolidación de una militancia basada en ideas, fueron algunos de los elementos que generaron el fracaso del proyecto político electoral; empero, ello no significó el divorcio total de la política con nuestro personaje.

Después de su alejamiento inicial de la Unión Nacional, Manuel González Prada no habría de abandonar la actividad política. Sus escritos siguieron con el

tono ácido que lo caracterizaba; incluso, como era de costumbre, con la habitual confrontación directa contra el poder dominante, en esta ocasión el presidente Romaña, quien intentó negociar con González Prada, según relata Adriana Verneuil:

[...] ya a Manuel había atacado a Romaña en varios periódicos y parecía alarmarse, pues una tarde vino Francisco a decirle a Manuel confidencialmente —Vengo de parte de don Eduardo a pedirte que no lo sigas atacando y te dará cuanto pidas un pago de tu silencio (Verneuil, 1947, p. 326).

Nuestro personaje, frente a la decepción del ambiente nacional, intentará destruir el elemento que alguna vez quiso poseer: el Estado, utilizando una propuesta nueva y actores que habían sido marginados por la política letrada (los obreros) y una ideología novedosa en tierras peruanas: el anarquismo.

CAPÍTULO V

MANUEL GONZÁLEZ PRADA, EL ANARQUISTA

El 29 de mayo de 1909, las puertas de Palacio de Gobierno habrían de ser forzadas por cientos de hombres armados variopintamente con rifles, palos y piedras. Entre gritos y vociferaciones, la muchedumbre ingresaba violentamente a sus instalaciones minimizando a las fuerzas de seguridad y capturando al presidente de la República, Augusto Bernardino Leguía, con el fin de exigir su renuncia. Dicha turba urbana estaría encabezada por Isaías, Amadeo y Carlos de Piérola. La causa que provocó dicho conflicto social fue la grave crisis económica que afrontaba el país desde 1907 y que dos años después llegó a su cenit. El grupo humano que acompañó este intento de golpe de Estado estaba conformado mayoritariamente por personas de los sectores populares, especialmente por las organizaciones de panaderos, los cuales se sumaron a este movimiento no por considerarse adeptas a los intereses del pierolismo; su participación respondía a objetivos propios.

El móvil que los impulsó a estar presentes en dicha manifestación social al proletariado nacional fue la falta de trabajo, a consecuencia —principalmente— de la permanente oleada de inmigrantes chinos a la capital, cuya presencia abarataba la mano de obra (Ruiz Zevallos, 2001, p. 119), lo que generaba la merma de oportunidades laborales para los trabajadores nativos¹. Finalmente, la sublevación

¹ “Después de la Guerra del Pacífico, se continuó con la política favorable a la inmigración, nuevamente con el modelo de braceros y no de colonos. Prácticamente con las armas aún humeantes de la guerra y a pocas semanas de la firma del Tratado de Ancón que puso fin al conflicto, el presidente Miguel Iglesias promulgó una ley el 31 de enero de 1884, que dio

no consiguió el propósito de poner fin al régimen leguista; por el contrario, Leguía sería rescatado por las tropas fieles a su gestión. Como respuesta inmediata, el presidente ordenaría liquidar a sangre y fuego el levantamiento popular. Dicho escenario, además de convertirse en uno de los tantos frustrados golpes de Estado que azotó al país durante el siglo XX, también se convirtió en el entierro fúnebre del proyecto político construido por Manuel González Prada, quien no podía concebir cómo los sectores proletarios, especialmente los panaderos, trabajasen de la mano con uno de los grupos más repudiados de la política nacional: el Partido Demócrata.

Desde el discurso del teatro del Politeama (1886) hasta su renuncia a la Unión Nacional en 1902, sucedieron una serie de acontecimientos tanto endógenos como exógenos que propiciaron el descalabro de la primera parte de su proyecto político, el cual era convertirse en presidente de la República mediante una organización política y a través de los comicios electorales señalados en el capítulo anterior. Pero este proceso primigenio no generó el acabose de los objetivos iniciales de constituir un proyecto político. González Prada intentó posicionarse en las altas esferas políticas del Perú durante los comicios presidenciales de 1903, sin mucho éxito. Al año siguiente, producto de esta situación, nuestro personaje decidió confrontarse abiertamente hacia aquello que alguna vez quiso poseer: el Estado central; pero esta vez acompañado no de cuadros político-partidarios, sino apoyado por un

inicio a la recuperación del Perú y restauró el tráfico de inmigrantes chinos, suspendido desde 1874. Los considerandos de la ley que señalaban que el estado de postración de la agricultura era muy grande y que la inmigración era el mejor medio para conseguir braceros (no colonos) [...] Los hacendados canalizarían sus pedidos por intermedio del Estado peruano, el cual daría diversas facilidades a las compañías dedicadas a la inmigración para asentarse en territorio peruano” (Cosamalón, 2011, p. 66).

discurso más agresivo y el cambio de actores sociales que lo lleven a cabo: los obreros, convirtiéndose ello en su proyecto político, pero en una segunda etapa en donde el proletariado tomaría un rol central. En ese marco, nuestro personaje se convertirá en un agitador, un teórico del anarquismo, ideología que adaptará a la realidad nacional en favor de los sectores proletarios; pero que paradójicamente no caló en todos ellos, sino en algunas facciones minoritarias.

En el presente capítulo, buscamos evaluar el papel desarrollado por nuestro personaje en el movimiento obrero peruano, como etapa final de su proyecto político, especialmente durante las jornadas del 1 de mayo, fecha en la que se conmemoraba la muerte de los mártires de Chicago, aquellos hombres que consiguieron a nivel mundial la jornada laboral de ocho horas y que era la bandera reivindicativa que también pugnaban los anarquistas peruanos.

5.1. EL ANARQUISTA

¿Qué es el anarquismo? ¿Cómo se consolidó dicho pensamiento en suelo patrio? ¿Qué vertiente del anarquismo tuvo mayor fuerza en el Perú? Estas son algunas de las interrogantes que aparecen al momento de acercarnos a esta etapa de la vida de nuestro personaje. Pareciera que existiesen dos González Prada, cuya frontera divisoria es marcada por su renuncia a la Unión Nacional (en 1902), pero ello no es así. El puente de estos procesos es el proyecto político elaborado después de 1886; pero, a raíz de su fracaso original, nuestro personaje cambiaría su estrategia.

El anarquismo es un pensamiento político nacido en Europa, el cual surge a la par con el comunismo. Ambos, desde sus orígenes, buscaron empoderarse de la simpatía de los obreros, encontrando diferencias sustanciales para conducir a las

masas proletarias. Mientras los comunistas buscaban el control del poder mediante la formación de un partido, los anarquistas desean destruir el Estado, mecanismo de opresión hacia las clases subalternas². Recordemos que estas habrán de nacer a consecuencia de la ruptura en la Primera Internacional en La Haya (Holanda, 1872), en donde tanto Bakunin como Marx bifurcaron sus senderos.

Así como la vertiente comunista, el anarquismo no era un corpus monolito. Existieron diversos matices al interior de dicho pensamiento que abordaron la forma como unir a los trabajadores en contra de los gobiernos y sus aparatos ideológicos.

Uno de los fundadores del anarquismo es Mijael Bakunin, en cuyos escritos marcaba la:

[...] humanización progresiva de la especie, hecha posible mediante el ejercicio de la razón, que descubre poco a poco las leyes de la naturaleza y así funda y hace posible una libertad cada vez mayor, [...] Pero la originalidad de Bakunin reside en otras partes, básicamente en estos tres elementos: el ateísmo y el anticlericalismo virulentos que profesa; la crítica enormemente justa de lo que llamaba el socialismo autoritario; la definición del federalismo como arquitectura de una sociedad y de un mundo anarquista (Baillargeon, 2003, p. 41).

Como apreciamos, Bakunin se encontraba concentrado en fulminar las fuerzas católicas, sostén que legitimaba al antiguo régimen, además de plantear un régimen

² La mayor crítica por parte de los comunistas al sector anarco se debe a que este solo priorizaba la libertad del individuo por encima del interés colectivo.

alternativo a la democracia burguesa. Sin embargo, los legados bakunianos no se convertirán en la principal vertiente anarquista que inflencie a nuestro personaje. Quien tuvo mayor impacto en el autor de *Horas de lucha* fue Piötr Kropotkin, príncipe ruso que desertó de su clase para asumir un papel en favor de los desposeídos. Su planteamiento es influenciado por la revolución francesa y la comuna de París, gracias a lo cual Kropotkin señala la poca utilidad del gobierno representativo en la sociedad:

La palabra clave de la revolución es a partir de entonces para él, así como para los anarquistas europeos, la de expropiación todos es de todos, [...] porque todos necesitamos de todo, porque todos hemos trabajado en la medida de nuestras fuerzas y es materialmente imposible determinar la parte que podría pertenecer a cada cual en la producción actual de las riquezas (Baillargeon, 2003, p. 48).

Por ende, podemos señalar que las ideas de Kropotkin se convirtió en la brújula que guiará a nuestro personaje para que justifique la supresión de todo tipo de opresión por parte del gobierno central. Esto es corroborado cuando Manuel González Prada define la palabra anarquía como “la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del estado y la propiedad individual” (González Prada, 1936, p. 26). En consecuencia, podemos apreciar la similitud de palabras en ambos personajes. Sin embargo, el llegar a dicha premisa fue cuestión de un largo proceso que llevó a nuestro personaje a adaptar el anarquismo europeo a la realidad peruana.

El anarquismo peruano tendría en los sectores intelectuales el motor principal para llegar a conducir a una sociedad en que no exista la explotación del hombre sobre el hombre. Sin embargo, en ese proceso de constituir una verdadera justicia

deberán bloquear “a sus iniciadores el derecho de constituir una élite con la misión de iluminar y regir a los demás hombres” (González Prada, 1936, p. 27). Quiere decir que el papel de guías asumido por los intelectuales no deberá engeñecerlos en el proceso y terminar convirtiéndose en los nuevos explotadores una vez liquidados los antiguos.

Las ideas anarquistas que elaboró nuestro personaje resaltan no solo por su contenido, además en el proceso la difusión fue interesante. González Prada sabía que “lo que no se publica no existe”; por tanto, la mejor forma de expandir sus propuestas era a través de diversos espacios periodísticos afines a sus intereses y qué mejor lugar como los diarios proletarios, los cuales comenzaron a circular por la capital, especialmente en el universo de los sectores subalternos. En cada reunión obrera, sea de confraternidad o para coordinar alguna acción concreta, estos periódicos habrían de repartirse a diestra y siniestra por quienes lo solicitaban, teniendo en muchos casos una contribución solidaria por parte de los lectores, como el caso de *Los Parias*, uno de los medios escritos más populares de sus tiempos (1904-1909). Pero no podemos caer en la ilusión de que todos los grupos obreros eran asiduos lectores. Los alfabetos en este sector social eran pocos y la cantidad de diarios impresos no alcanzaba a todos los potenciales consumidores. Creer que la publicación de un periódico pueda radicalmente conducir una corriente de opinión masiva o gestar una concientización obrera en aquellos tiempos era muy difícil; no por ello puede también negarse que existan núcleos “progresistas” anarquistas y adoctrinados por el pensamiento gonzalezpradista que efectivamente respaldaron las ideas de nuestro personaje y por ende legitimaron el proyecto elaborado por él.

Así como detectamos los legados ideológicos proveídos al pensamiento de Manuel González Prada, también debemos resaltar las diferencias con los patriarcas

del anarquismo, como Bakunin, quien proponía la movilización militar de los cuerpos obreros para derrotar al Leviatán estatal de forma inmediata. La propuesta de nuestro personaje, en primer lugar, era concientizar a las masas obreras, interiorizar su posición social y que conozcan por qué peleaban. Ello conllevó a que el anarquismo gonzalezpradista fuera duramente criticado debido a que solo quedó en agitación, mas no en praxis o, como diría Barba Caballero, “fue periodístico antes que práctico” (Barba Caballero, 1981, p. 72). En los planes de González Prada no estaba repetir una comuna de París a la peruana. El anarquismo peruano —según nuestro personaje— no debía partir originariamente de un movimiento violentista, sino de formulación pensante, en donde todos los obreros estén conscientes de su objetivo: la derrota del Estado central. Es por ello del papel fundamental del caudillo cultural. De esta manera, nuestro personaje buscaba liquidar la crítica de todos aquellos que pensaban que el anarquismo era sinónimo de una violencia sin sentido:

[...] quienes juzgan la anarquía por el revólver de Bresci, el puñal de caserio y las bombas de Ravachol no se distinguen de los librepensadores vulgares que valorizan el cristianismo por las hogueras de la inquisición y los mosquetazos de la Saint-Barthélemy (González Prada, 1936, p. 28).

Una vez creadas las condiciones en donde las masas proletarias alcanzaron la concientización adecuada que permita el saber por qué están luchando, se procedería a la confrontación militar:

[...] inútil repetir que la revolución en el terreno de las ideas precede a la revolución en el campo de los hechos. No se recoge sin haber sembrado ni se conquistan adeptos sin haberles convencido. Antes que el mártir, el apóstol; antes que el convencional, el

enciclopedista, antes que la barricada, el mitin o club (González Prada, 1936, p. 29).

De esta manera, la opción bélica no se encontraba descartada al interior del proyecto de González Prada en esta segunda etapa, pero esta se convertía en el último peldaño del largo trajín que había de caminar el obrero.

La posición anárquica del autor de *Horas de lucha* simbolizaba no solo la fulminación del gobierno central, sino que además incluía la liquidación de la vieja clase política, especialmente aquellos personajes que dominaron la escena pública a fines del siglo XIX; nos referimos a Cáceres y Piérola, principalmente: “Pero ambos personajes no se dan por notificados y sigue creyéndose los necesarios, los redentores, los providenciales” (González Prada, 1939, p. 31). Es importante señalar que aún se conservan algunas estrategias de la primera parte del proyecto político.

Pero de nada valdría un general sin un ejército. Este último papel le correspondería a los obreros, quienes deberían beber las ideas anarquistas para que puedan aplicarse a la realidad nacional (Pareja, 1978, p. 51).

5.2. EL CLIMA POLÍTICO

El año 1902 se convirtió en uno de gran actividad para la vida política del país. Al retorno de Andrés Avelino Cáceres a la escena pública luego de ser desterrado del país producto de su derrota en la guerra civil de 1895, se sumaría al regreso al escenario público de Augusto Durand, líder del Partido Liberal, y Guillermo Billinghurst, quien había renunciado al Partido Demócrata después de una fuerte polémica con Nicolás de Piérola (1899). Por tanto, estos actores sociales tenían una importante capacidad de movilización de masas, la cual podría traer la vuelta levantamientos armados, guerras civiles y, por ende, inestabilidad política para el

país. A ello debemos sumarle que, al año siguiente, González Prada aceptó reintegrarse a la vida política con la Unión Nacional, contradiciendo a los estudiosos que señalaban que nuestro personaje se convertía en un anarquista a ultranza a partir de 1902 con su renuncia de la mentada organización que ayudó a forjar. Creemos que su posición anárquica maduró con el tiempo y no fue una idea elaborada inmediatamente después de abandonar las filas unionnacionalistas. Incluso él sería invitado a formar parte de la terna a disputar el Poder Ejecutivo durante el proceso electoral de 1903, situación que extrañamente acepta. Un hecho para reflexionar es que el pragmatismo del proyecto político gonzalezpradista de tomar el poder político por las vías democráticas se impuso sobre el discurso principista de odio y confrontación hacia todas las bandas políticas, sentimiento que vertía en la primera parte del proyecto político. Empero, a las pocas semanas decide retirarse nuevamente de la organización de la cual fue fundador en 1889 por la vinculación no con el Partido Liberal como antaño fue la excusa para separarse de la Unión Nacional; sino que ahora el pretexto para dar un paso al costado sería la alianza con el Partido Federal-Constitucional, nacido de una escisión entre los partidarios de Cáceres. La presencia de los federalistas en la terna presidencial minimizaba los espacios para empoderarse como el candidato a la primera magistratura del país, ambición que González Prada tenía desde formada la Unión Nacional. Su nueva salida de la partidocracia nacional como protagonista no lo eximió de seguir criticando el accionar de los mandatarios de turno, en este caso con el candidato Manuel Candamo: “[...] parece católico-liberal, como si digiéranos tortuga con alas o pájaro con escamas” (González Prada, 2001, p. 75).

La primera parte del proyecto político generó una honda decepción en torno a los partidos y los militantes alfabetos, dada su actitud de abandonar a la más mínima

tentación la organización que él fundó. Es así que nuestro personaje decide acercarse a la parte políticamente más activa de la coyuntura de principios del siglo XX, aquella que al parecer no se iría a otras canteras, esa que se mantendría fiel a una causa, la cual no aspiraba a empoderarse al interior de la burocracia estatal, sino a mejorar su forma de vida. Nos referimos a los obreros. Pero el frecuentar las reuniones y solicitar tribuna en los diarios proletarios no mermaba que Manuel González Prada siga opinando sobre las elecciones presidenciales de 1903, que acusaba de ser un proceso fraudulento.

Para esta contienda electoral, el Partido Civil, desde 1899, había controlado los organismos electorales, lo que generaría asegurarse el triunfo. Pero el civilismo no solo decidió tener resguardadas las vías legales, también buscó contar con el respaldo militante de otra organización que posea el caudal electoral necesario como para llegar a las vallas mínimas requeridas para legitimar los comicios presidenciales, como la fuerza de choque en las calles en caso de un boicot por parte de alguno de los personajes o grupos señalados. Así, se une con el Partido Constitucional, organización con quien finalmente pactaría. De esta manera, dejaba fuera de juego al Partido Demócrata, su otrora aliado en los comicios presidenciales de 1896 y 1899. Frente a esta situación, el resto de organizaciones políticas deciden retirarse al no tener mayor opción para tentar la victoria, quedando como candidato único y por ende vencedor indiscutible, el hacendado Manuel Candamo. Su victoria no solo representó el afianzamiento del civilismo en la política peruana; al interior de dicho partido triunfaría una nueva generación liderada por José Pardo y Barreda y Augusto B. Leguía, quienes asumirían estratégicos cargos en la burocracia estatal a partir de dicha gestión. Sin embargo, para Manuel González Prada, la presencia de estos novísimos miembros no cambiaba la esencia del Partido Civil, ya que “el

demócrata miente, lo mismo que el civilista [...] Nada más repugnante que la lucha entre esas dos canallas, los de arriba y los de abajo” (González Prada, 1924, p. 234).

Después de tan desagradable experiencia político-partidaria, González Prada finalmente perdió toda esperanza de seguir en los cauces democráticos, de creer que ese era el camino adecuado para desarrollar su proyecto político. Así, decide cambiar su estrategia de convertirse en un actor político, pero vinculado a los obreros; sin embargo, el movimiento proletario necesitaba una ideología que le permita guiar sus acciones para alcanzar el objetivo. Por ello, decide optar por el anarquismo.

Una de sus primeras acciones, que lo vincularía al movimiento obrero y que servirá para impartir el anarquismo en sus filas, fue su participación activa como principal redactor de uno de los diarios más representativos del proletariado patrio: *Los Parias*, uno de los periódicos emblema de este grupo social: “[...] se publicó ininterrumpidamente de marzo de 1904 hasta 1909, [...] Los lectores se situaban en diferentes ámbitos: artesanales, obreros e intelectuales. Esto se hacía evidente al ver la relación de personas que habían aportado al periódico” (Machuca, 2006, p. 114).

Utilizar a la prensa como medio para empoderarse en el mundo obrero era una estrategia eficaz dada la distribución de diarios realizada por las propias organizaciones proletarias en sus reuniones, actividades comunitarias o a la entrada y salida de sus centros laborales:

[...] al respecto, don Samuel Ortega manifiesta que los periódicos llegaban a la federación en número de aproximadamente 40 o 60 ejemplares. Esto se repartía al mismo tiempo que las citaciones, a

razón de 2 o 3 por panadería, dependiendo del tipo de establecimiento y la cantidad de obreros que empleaba. Pero todo dependía de la directiva, porque si ésta era contrario a los Lévano, no aceptaban la circulación; aunque en la mayoría de los casos circulaban de taller en taller. Así, la cultura y la doctrina anarquista se asentaba en la organización del gremio, para actuar sobre los individuos, con la esperanza de acelerar el proceso de toma de conciencia. Esa era la principal misión que les cupo desempeñar a los periódicos obreros que circulaban en los gremios (Tejada, 1988, p. 281).

Esto es importante porque la concientización del obrero era primordial para el anarquismo planteado por González Prada. Aunque tendrían un mayúsculo problema: una parte importante del proletariado peruano era analfabeto, por tanto esta estrategia no tuvo mayor alcance, lo que generó que años después el periodismo obrero en general comenzara su etapa de declive a partir de 1909 a falta de secciones variadas que permitan no solo agitar a los obreros para llevarlos a las manifestaciones, sino también por la falta económica y de personas dedicadas a este rubro, mermando el número de publicaciones especializadas en asuntos obreros:

En 1909 los libertarios estaban en reorganización y por eso no aparecen sus opiniones con respecto a los acontecimientos sucedido por estos tiempos. Había entrado en crisis el Centro de Estudios Sociales 1ro de mayo, y con él desaparecían El Oprimido, Los Parias y el Hambriento. Es así que se forma luego el grupo

Luchadores por la verdad que puso en circulación *La Protesta* a partir del 15 de febrero de 1910 (Tejada, 1988, p. 293).

Mientras *Los Peruanos* se encontraba en circulación, los artículos de Manuel González Prada eran firmados mediante seudónimos. El más conocido era Luis Miguel; otros son Juan Jorge, S. D. y D. S. e incluso N. O., dado que estos debía evitar algún tipo de represalia en contra de su persona, hacia su familia e incluso al propio diario, porque esta vez sus artículos no solo criticaban a los actores políticos, tal como fue su estrategia en la primera parte del proyecto político, ahora buscaba movilizar a masas populares para liquidar el *status quo* y, por tanto, su rol era mucho más peligroso para los intereses del poder dominante.

Manuel González Prada era un intelectual vinculado a la clase alta del país, uno de los pocos que se atrevió a criticar sin remordimientos la realidad del Perú de fines del siglo XIX, pero ello no fue suficiente. El participar en terrenos subalternos era novedoso. Pocos intelectuales en esas épocas se atrevieron a tal acción, lo cual abrió el camino para que personajes como Abraham Valdelomar continúen por este sendero. Todo parecía indicar que tendría el camino despejado para aunar a los obreros y encausarlos a tomar el poder; pero ello no sería posible, ya que los rivales al interior y exterior del movimiento obrero, con quienes se disputarían su credibilidad, estaban a la orden del día.

La gestión de Candamo fue breve: solo duraría un año producto de su repentina muerte, lo que gestó el llamado a nuevos comicios presidenciales en 1904. Dichas elecciones serían ganadas por el abogado José Pardo y Barreda, hijo del expresidente Manuel Pardo y Lavalle (1872-1876). La flamante gestión tuvo como una de sus principales obras el desarrollo de la educación. Ello se evidenció en la creación de leyes que promoverían la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza

primaria, creándose 1300 escuelas que pudieran satisfacer la demanda escolar; pero esta medida no se limitó a los infantes y jóvenes. El gobierno central habría de implementar un gran número de colegios nocturnos dirigidos especialmente a la instrucción de los obreros:

[...] si bien ésta era una práctica cultural nueva, la vertiente mutualista había intentado hacer lo propio al programar algunas conferencias, veladas literario-musicales; pero en ellas los conferencistas no eran obreros, sino personalidades de la vida intelectual y política. Sin embargo, con el apoyo del Estado tenían a su servicio la Biblioteca Popular Ricardo Palma (que usufructuaron todos), crearon en 1914 una escuela nocturna y en 1927 fundan una escuela de señoritas, para los hijos de los asociados (Tejada, 1988, p. 283).

El civilismo implementó como política de Estado forjar ciudadanos de cuerpo y alma; es decir, personas que tengan una sólida formación nacional, el respeto a las instituciones democráticas y, lo más importante, el reconocimiento de un sistema político que permitía la permutación de autoridades cada cierta cantidad de años, según el cargo en disputa. El gobierno utilizó sus aparatos de poder para controlar a la población y mantener el sistema ideológico imperante. Esto generó una honda desconfianza por parte de González Prada debido a la invasión de un terreno que él estaba concientizando, porque intentaba desviar de su destino revolucionario al obrero peruano. Para la evaluación de nuestro personaje, el movimiento proletario se encontraba libre de las malas artes de la politiquería nacional, las cuales mermaban el espíritu de lucha del obrero por alcanzar su libertad absoluta. Ese fue

el motivo por el que radicalizó su desprecio al Estado, reflejado en los discursos emanados desde esas fechas (1904) al intentar contaminar al proletariado.

Pero no solo el rival sería el gobierno central. El movimiento obrero peruano de principios del siglo XX no era unívoco. Existieron diversas facciones en su interior que obstruyeron la expansión de las ideas anarquistas y González Prada no tuvo la capacidad de hacerles frente. Él creía que un buen discurso, una buena pluma y una encandiladora palabra sería el triunvirato perfecto que triunfe sobre el poder dominante; pero más grave error no pudo cometer. La ideología anarquista tenía que interiorizarse en el obrero peruano y de esta manera constituirse en su nueva forma de imaginar una nueva sociedad peruana.

5.3. EL OBRERO PERUANO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

La revolución industrial (1720-1850) tuvo su origen en Inglaterra y se caracterizó por la aplicación de los conocimientos científico-teóricos (mecánica) a problemas de producción. Este sistema funcionó gracias a diversos factores. Por ejemplo, la ingente cantidad de dinero (capital) para invertir en maquinaria; la disponibilidad de abundante mano de obra barata proveniente del campo; la concentración del trabajo en un solo lugar: la fábrica; y, lo más importante, la existencia de amplios mercados para absorber la producción en masa, como las colonias de ultramar. La suma de estos elementos generó la aparición del proletariado, el cual se extiende con el paso del tiempo por todo el globo terráqueo e incluso por el Perú.

Sin embargo, dicha premisa está relacionada con el obrero clásico, aquel que labora en las fábricas. Desde los inicios de la República, no teníamos industrias, pero sí trabajadores manuales conocidos como “artesanos”, cuyo espacio laboral era

los talleres. Ellos forjarían —a mediados de la centuria decimonónica— las mutuales, cuyo fin era la ayuda hacia los propios trabajadores en desgracia. Empero, este asistencialismo en favor de quienes sufrían un accidente o quedaban lisiados no impediría la indiscriminada explotación y las pésimas condiciones laborales a las que estaban sometidos por parte de los empleadores. Si bien la crisis económica de 1870 gestó la disminución de los artesanos y por ende su desarticulación, después de la guerra del Pacífico esta habrá de renacer:

En 1886, resurgió una nueva Confederación de Artesanos Unión Universal, con la participación de zapateros, carpinteros, cigarreros, sastres, pintores, gasfiteros, molineros, panaderos, etc. La Confederación fue inaugurada de manera solemne en 1888, en un acto donde asistieron el Alcalde de Lima y unos 3000 mil trabajadores. Quedó en actividad hasta su disolución por Sánchez Cerro en 1931 (Sulmont, 1975, p. 72).

Pero los mutualistas no eran los trabajadores a quienes González Prada intentaba alinear bajo su proyecto político; sin embargo, se convertirían en el mayor escollo para su realización. El porqué no intentó pactar con el mutualismo se debe a su estrecha vinculación con el poder dominante.

Aislado de la sociedad sin derechos, un obrero trabajaba en promedio de 12 a 14 horas diarias. Dicha situación generó que, a nivel mundial, los proletarios exijan mayores derechos, como una jornada laboral de ocho horas, lográndolo por primera vez en los Estados Unidos después de las sangrientas manifestaciones en Chicago, las cuales sirvieron como ejemplo para que otras organizaciones obreras a nivel mundial soliciten el mismo derecho. Esta victoria la tuvieron otros países de forma progresiva. En el Perú, el desarrollo del proletariado clásico, aquel que laboraba en

las fábricas, se inició a partir de 1896 con la aparición de la primera ubicada en Vitarte, con la que comenzaría un boom de estos gigantes de hierro que se adjuntarán a la geografía urbana:

La mayoría de estas nuevas fábricas, a diferencia de las experiencias anteriores, incluyó máquinas que funcionaban a petróleo o con energía eléctrica. Las fábricas de tejidos de algodón, para citar un ejemplo, empleaban motores eléctricos de hasta 1400 caballos de fuerza (Ruiz Zevallos, 2001, p. 40).

Empero, durante la primera década del siglo XX, no sería fácil lograr organizar a los obreros. Si bien existían fábricas que los alberguen, estas —en proporción a la cantidad de habitantes de Lima— eran pequeñas y no existía una ingente cantidad de obreros. Otro escollo fue la desarticulación del proletariado, quienes no tenían un espacio de convergencia laboral en donde choferes, estribadores, entre otros oficios, tengan un grado de coordinación mínimo y además capacidad de acción unitaria. Quienes tuvieron dichas condiciones fueron los trabajadores textiles, pero lo paradójico era la existencia de pocas fábricas en ese rubro:

[...] entre 1900 y 1930 solo una minoría de trabajadores limeños laboran en fábricas o talleres industriales y, de esta minoría, los obreros textiles formaron entre el 3 a 14 % [...]. La fábrica textil más grande y moderna fue la fábrica de tejidos de Vitarte, que se estableció en 1890 (Sanborn, 2004, p. 66).

Además, destaquemos que su organización fue promovida por la propia industria. El objetivo de los dueños de las fábricas era controlar la capacidad de organización obrera y, por ende, el desarrollo de una plataforma reivindicativa que genere un ingente reembolso económico:

[...] por las mismas empresas, que buscaban la paz laboral a través del reclutamiento de familias y amigos. Luego, el mismo proceso de producción fomentaba coordinación entre todos, mientras la socialización de hombres y mujeres en el mismo sitio de trabajo también fue un factor crucial para la cohesión de la organización textil (Sanborn, 2004, p. 239).

Esto generaba el aislamiento del resto de los obreros, dado que no tenían la necesidad de enfrentarse con la burguesía. El otro sector aglutinado sería el de los panaderos, quienes conducirían los destinos del naciente proletario peruano durante la primera década del siglo XX. Su principal organización fue la famosa Federación de Obreros Panaderos Estrella del Perú, fundada en 1886, a la par con los gremios mutualistas; pero que se distanciaron ambas organizaciones en 1905 debido a su naturaleza consensual y sin una contundente del mutualismo contra el poder dominante.

Uno de los líderes más importantes fue Manuel Caracciolo Lévano:

[...] una de las características de este obrero panadero era que estaba siempre atento a las necesidades sociales y del gremio en particular. Siempre mostraba nuevas propuestas, mociones y proyectos trabajados individual o colectivamente, muchos de los cuales mantenía en reserva. Evidentemente era un atento observador de la sociedad y una de las cabezas pensantes del movimiento anarcosindicalista. En el campo doctrinario lo vemos inclinado hacia la corriente bakunista. En efecto, su posición era por momentos insurgente y subversiva, porque aquello que consideraba injusto parecía despertar en él rencores y ansias de justicia; pero no

de la justicia de la autoridad, sino la justicia de los hombres que ante los derechos pisoteados recurren a la fuerza como única arma de defensa (Tejada, 1988, p. 214).

Pero no solo debían existir las intenciones por buscar mejores condiciones para la clase trabajadora. Los panaderos tuvieron un problema mayúsculo al no existir un elemento que los canalice con otros rubros. Frente a ello, se vieron en la necesidad de adherir un pensamiento ideológico que sea el catalizador de la acción y que mejor escenario para el anarquismo, el cual:

[...] constituyó entonces, la ideología de oposición al status quo, su rechazo de toda mediación estatal revela en parte, el motivo de la ausencia de una organización obrera partidaria [...] Sin embargo, es conveniente subrayar que, si bien los anarquistas aceptaron la versión anarcosindical, rechazaron categóricamente la acción partidaria en el sindicato (Pareja, 1978, p. 51).

Por lo tanto, este se convertirá en el motor de adoctrinamiento del proletariado peruano y Manuel González Prada, como el ideólogo producto de su cercanía con esta facción obrera; además, su discurso abrió en él un alto carisma porque ofrecía respuestas radicales frente a los problemas del obrero.

Los panaderos, para tratar de cooptar a la mayor parte de los trabajadores subalternos nacionales, decidió no solo fijar su interés en el aspecto reivindicativo e ideológico, sino que el factor cultural jugó un rol importante para aglutinar a sus pares. Este es uno de los aspectos mejor desarrollados por las facciones proletarias, tal como lo comenta Gonzalo Espino:

Así la cultura se convierte para los obreros de nuestro país en ejercicio dissociador; en tanto, que aportaba elementos para cuestionar el orden establecido. Leer significaba, en última instancia, conspirar. [...] Los centros de estudios sociales, la prensa obrera, las bibliotecas obreras, las veladas literario-musicales, en fin, una intensa y variada producción cultural, son los síntomas más orgánicos que configuran el proyecto cultural, alternativo, del joven proletario peruano (Espino, 1984, p. 24).

Detrás de esta tradición académico-institucional se encontraba González Prada, pero pocos estudios se han desarrollado en torno a ello.

Recordemos que en el movimiento obrero existieron otras propuestas para representar su accionar. Además del mutualismo y el anarquismo, también rondaba el socialismo; sin embargo, el pensamiento de González Prada relució por sí solo en un primer momento: “González Prada propone una verdadera revolución que concede la completa emancipación del individuo. No cae en el error de los socialistas que quiera subyugar a los burgueses y a los aristócratas a las clases humildes” (Ward, 2001, p. 176).

De esta manera, las condiciones para forjar una organización obrera sólida eran las adecuadas y, en apariencia, el encargado de ello era nuestro personaje.

5.4. LA VOZ DE DIOS

En las instalaciones en el teatro del Politeama, el 1 de mayo de 1905, el dirigente panadero Manuel Caracciolo Lévano, uno de sus máximos líderes del movimiento obrero de la primera década del siglo XX, sería el encargado de ofrecer el discurso de inauguración del nuevo evento que debía ser el punto de encuentro

en donde debía forjarse la confraternidad de toda la clase trabajadora del país sin distinción alguna. En su intervención, Lévano definió los objetivos de los primeros gremios nacionales, entre los cuales estaba sepultar al mutualismo incapaz de conseguir los derechos del proletario y pasar a constituir una agremiación que fortalezca la organización obrera. Pero la voz del dirigente proletario no fue la única que se escucharía en dicha sesión, ni en los próximos cuatro años. El principal animador de dicho evento sería Manuel González Prada, quien se encargó de ofrecer el contenido académico e ideológico, organizado por la primera organización gremial de la Unión de Trabajadores Panaderos Estrella del Perú.

Durante la primera celebración oficial del 1 de mayo, Manuel Caracciolo Lévano señalaba que los principios de la flamante organización —la ya mencionada Unión de Trabajadores Panaderos Estrella del Perú— era mejorar la condición intelectual, moral y material de sus agremiados. En sus objetivos, resaltaba forjar la causa común en las luchas, buscar la unidad de todo el espectro obrero, mantener al tanto a todos los trabajadores de los acuerdos y tareas a realizar en bien suyo y definir qué eran los gremios y cuales eran las funciones que debían cumplir en favor del obrero (Lévano y Tejada, 2006, p. 51).

Además de presentar los principios y objetivos básicos de una nueva forma de organización obrera, este evento serviría para anunciar su separación de los trabajadores artesanos, quienes dejaron de atender al trabajador en condiciones adversas para entrar a tallar en la política nacional, situación que era totalmente repudiada por los obreros anarquistas. La participación en el sistema nacional tan solo era perpetuar la espiral de explotación y maltrato hacia el obrero, no siendo una alternativa real a sus problemas. Concluida la participación de Lévano, le siguió González Prada, quien ofreció uno de los discursos más populares de su repertorio,

titulado: “El intelectual y el obrero”. De forma inicial, nuestro personaje planteaba que la libertad de los obreros “tiene que venir de los obreros mismos” y no de los políticos de traje y corbata; pero González Prada señalaba además que lograr la libertad del proletario no sería suficiente:

[...] nosotros agregaremos para ensanchar las miras de la revolución social, para humanizar y universalizarla: la emancipación de la clase obrera debe ser simultánea con la emancipación de las demás clases. No solo el trabajador sufre la iniquidad de las leyes, las vejaciones del poder y la tiranía del capital; todos somos, más o menos, escarnecidos y explotados, todos nos vemos cogidos por el inmenso pulpo del Estado. Excluyendo a la nube de parásitos que nadan (González Prada, 1936[1904], p. 33).

Es importante señalar que el rol activo del intelectual comenzó a establecerse en nuestro país no solo como una persona pasiva, sino como un actor activo. Como podemos apreciar, nuestro personaje no solo buscaba agitar a las masas proletarias y conducir las hacia la libertad, sino que su discurso intentaba abarcar a todos los sectores de la sociedad. Recordemos que la economía del país estaba en permanente ascenso y, por ende, se habría de consolidar la clase media, convocada por González Prada para forjar este frente en contra de los eternos opresores la burguesía. Pero el eco de su voz no llegaría a escucharse con profundidad en esos grupos sociales, que optaron por acomodarse en los espacios brindados por el sistema, como los empleos burocráticos. Además, al interior de las filas obreras, tal como declaraba uno de sus diarios símbolo, *Los Parias*, decidió marcar su alejamiento con la política: “[...] nuestra organización es complementemente antipolítica y esencialmente social, por la cual evolucionamos hacia la lucha por la existencia”

(*Los Parias*, año I, N.º 6, 1904); esto producto de la separación con el sistema político, el cual frenaba el ingreso de los obreros como representantes nacionales.

Pero no todos los principales discursos pertenecientes a la etapa anarquista se concentraron en el 1 de mayo. En sus escritos periodísticos, nuestro personaje ponía en alerta a los propios obreros, cuyos objetivos para alcanzar la plena libertad no habrían de ser fáciles de lograr, ya que en el camino encontrarían diversos escollos. Uno de estos —producto además del propio desgano de los obreros por buscar la libertad total— sería la dureza a la cual iban a ser sometidos por parte de las fuerzas de represión estatal, quienes no desfallecerían hasta lograr la fulminación de la masa trabajadora. Por tanto, recomendaba que la lucha por conseguir la libertad no habría de ser una, sino muchas, demandando tal esfuerzo bastantes días, semanas, meses y tal vez años, siendo el escenario de confrontación física las calles y las fábricas. Pero si este adquiriría mayor impacto, el escenario sería más sangriento:

Si la huelga adquiere proporciones alarmantes y posee la fuerza suficiente para arrollar al polizonte o guardia civil, entonces acude el soldado [...] Es de verse el heroísmo del ejército para defender al ahíto y despachurrar al hambriento. De general a soldado raso, todos revelan el mismo encono y la misma fiereza con el huelguista [...] (González Prada, 1936[1905], p. 41).

Por tanto, las ciudades se convirtieron en selvas de cemento y concreto, escenario donde el proletariado tendría que luchar para conseguir sus objetivos.

Si bien escuchar propuestas orgánicas y de prevención por parte de González Prada provocó interés en algunos sectores obreros, la gran mayoría aún se encontraba al margen de la organización o habrían de ser cooptados por el

mutualismo. La respuesta de nuestro personaje para que ellos caigan en el descrédito público fue acusarlos de recibir jugosas subvenciones por parte del gobierno central (1905). De esta manera, los intereses mutualistas no estaban en torno al bienestar del trabajador, sino al interés propio. Sin embargo, este escenario confrontativo no fue solo de dos miembros; sino que habrá de presentarse otro enemigo con quienes tuvieron feroces luchas ideológicas por el control de la masa proletaria: nos referimos a los endebles sectores marxistas. Estos grupos consideraban al 1 de mayo como una fecha importante porque reivindicaba el papel de trabajadores en la sociedad, estando a la par con su discurso. Esta situación, para los intereses de González Prada, debía detenerse, ya que al parecer podía posicionarse, dejando al autor de *Horas de lucha* menos campo de acción. Por ende, su ataque se centró en deslegitimar la celebración de la propia fiesta del 1 de mayo reflejado, lo cual se reflejó en el discurso de 1906: “Si consideramos el 1 de mayo como una fiesta mundial anhelemos que ese día, en vez de solo pregonar la lucha de clases, se predique la revolución humana para todos” (González Prada, 1936[1906], p. 49). Por ello, frente al discurso de izquierda que se inclinaba a sentirse identificado con los proletarios, la propuesta de nuestro personaje era aglutinar a todos los sectores, ya que los dominados por su propia condición sufrían las inclemencias de la explotación y los explotadores porque este sistema desfigurada su existir.

La presencia de González Prada al interior de las reuniones obreras no fue recibida con tanto entusiasmo como suele contarse de forma mitológica. Por el contrario, esta generaría desconfianza tanto por su origen social como porque no estaba vinculado directamente al sector obrero. Ello se vio reflejado al momento que Lévano buscaba que nuestro personaje sea quien apadrinase el estandarte de la

federación, un evento simbólico para los obreros porque significaba estar un paso para la búsqueda de la reivindicación de sus derechos:

[...] un grupo de cincuenta y un panaderos presentó una moción en asamblea donde afirmaban que el distinguido caballero no era de nuestra simpatía por lo cual en contrapuesta sugerían como padrino al general César Canevaro, antiguo benefactor de la institución (González Prada, 1936[1907]a, p. 49).

La respuesta inmediata de César Lévano frente a tal afrenta, que no solo ponía en cuestionamiento a Manuel González Prada, sino su posición al no poder mantener una propuesta, fue intentar renunciar en plena asamblea, contradictoriamente no siendo aceptada por el colectivo. A los pocos meses, nuestro personaje es incorporado como socio honorario. Finalmente, esta situación no mermaría las tensiones entre los obreros y los Lévano, generando la renuncia a sus cargos de estos últimos, mas no de la organización proletaria, mermando la presencia de nuestro personaje al interior del proletariado al no contar con el respaldo adecuado.

Otro de los motivos de la endeble presencia al interior del movimiento obrero, se debe a que la agitación promovida por el propio González Prada no era un elemento novedoso en las filas proletarias. Si bien su academicismo y la adaptación del anarquismo a la realidad peruana fue una herramienta novedosa, esto no fue del todo contundente porque no establecía una agenda concreta de cuales acciones realizar para derrotar al Estado u adquirir algún beneficio que favoreciera al obrero.

Este serio cuestionamiento en contra del proyecto del autor de *Páginas libres* generó la radicalización de su posición y el demostrar en su discurso la fuerza suficiente que permita evitar algún cuestionamiento futuro al proyecto político. El 1

de mayo de 1907, fecha que incluso seguía considerándola una burla al seguir agasajándola dado que no se había conseguido la libertad total de los obreros:

[...] lo repetimos; hoy solo deberían regocijarse los explotadores de la fuerza humana; [...] ¿qué regocijo le cabe sentir al pobre diablo que de enero a enero y desde el amanecer hasta el anochecer vive aserrando maderos, aguijando bueyes o barreteando minas? El que mañana será proletario como lo es hoy y lo ha sido ayer, el que no abriga ni siquiera la ilusión de mejorar en su desgracia existencia, ese tiene derecho de arrojar un grito de rebelión y ver en la pacífica fiesta del trabajo una cruel ironía, una manifestación del esclavo para sancionar la esclavitud (González Prada, 1936[1907]a, p. 53).

Su reacción respondía a que nuestro personaje estaba perdiendo la batalla en la cooptación de las masas obreras frente a los grupos socialistas y mutualistas. Recordemos que la primera revolución rusa hizo retroceder al zar Nicolás II, quien tuvo que formar la Duma (parlamento) para tranquilizar a la inquieta población, quienes necesitaban sentirse representados. Esa coyuntura permitió ganar adeptos a los socialistas debido a que ellos proponían acciones concretas. En tanto que el posicionamiento mutualista en las esferas públicas les permitía tener mecanismos de prebenda como, por ejemplo, ofrecer empleos burocráticos a la dirigencia proletaria. Frente a ello, nuestro personaje decide realizar un ataque al Partido Obrero, un conjunto de artesanos que coordinaban con el Partido Demócrata, quienes se organizaban en torno a buscar representantes en las diversas esferas de gobierno, con lo que pensaban obtener derechos en favor suyo: qué mejor espacio que los órganos de decisión como era el Parlamento nacional. Ante esto, González Prada señalaba que:

[...] nada degrado tanto al obrero nacional, nada le sigue envileciendo tanto como la política: ella le divide, le debilita le reduce a la impotencia, [...] ¿qué han logrado los trabajadores con ir a depositar su voto en el ánfora de una plazuela? Ni elegir al amo, porque toda elección nacional se decide por el fraude o la violencia [...] (González Prada, 1936[1907]a, p. 55).

El gran problema, según el discurso gonzalezpradista, era que las sociedades mutualistas no necesariamente servían al interés obrero. El objetivo era que su ayuda prestada no sería tan solo por servir al obrero, sino que la intención de fondo era buscar un posterior respaldo electoral. Esto generaba la elección de “los candidatos obreros”, quienes posteriormente serían adulados en banquetes y dádivas por los políticos civilistas y demócratas. Esto habrá de ser denunciado por el periódico anarquista por excelencia, *Los Parias*:

[...] ya sabemos —decían— cómo actúan los miembros que llevan la batuta de la Confederación: chacharean, huyen y hasta se propinan torniscones y puntapiés cuando se trata de elecciones de cargos, corridas de toros, fiestas religiosas y malversaciones o vituperios de los socios; pero ese hacen los difuntos cuando ocurren matanzas de indios como las de llave y Huanta, cuando estallan huelgas como las del Callado, Mollendo y Vitarte, y cuando trabajadores caen bajo el revólver del guardia civil o el rifle del soldado ¿Y qué hicieron —se preguntaban— cuando ganaron sus candidatos y recibieron el esperado puesto público? Nada que merezca una alabanza, mucho que pide un vituperio y un zurriagazo. Fueron una especie de mastines que en el collar ostentan el nombre del amo: lamían a

quien les mandaban lamer, mordían cuando les mandaban mordee. Nunca olvidaremos que un municipal obrero –un regidor por Lima y Presidente de la Confederación de Artesanos- se robó el dinero consagrado a subvencionar las escuelas de Tacna (*Los Parias*, año II, N.º 22, febrero de 1906)³.

Siguiendo la línea discursiva de Manuel González Prada, se intentaba denunciar aquellos que traicionaron el interés de la población; pero con una característica especial: abandonaron las luchas sociales y perdieron la dirección política.

Si bien podemos esclarecer que la decepción del sistema político peruano puede ser una explicación coherente de las líneas mencionadas, se puede estar en lo cierto; pero, a ello de vemos agregarle que su misión en posicionar el anarquismo en el movimiento obrero era cada vez más difícil, porque en tres años no estaba ofreciendo respuestas concretas frente a las demandas obreras.

Esta demanda provocó que se radicalice aún más el discurso. González Prada creyó conveniente hablar de revolución, la cual nos conduciría al fin supremo el sistema socialista⁴. Pero lo que diferenciaba a los anarquistas de los socialistas — como sugería nuestro personaje— era que su propuesta de conducir la revolución era errada, ya que era tan solo el acto por el acto y no la razón por encima del acto (González Prada, 1936[1907]b, p. 59). Nuestro personaje aún mantenía la idea de

³ D.S. La confederación de artesanos.

⁴ Recordemos que ambas palabras aún no se encontraban privatizadas por los ideales marxistas; por tanto, escuchar agitar a los anarquistas como banderas reivindicacionistas de ese calibre era algo común.

concientizar a toda la masa de obreros y que estos no sean borregos llevados por un pastor, sino convertir a cada uno en un actor que conduzca su propia libertad.

En 1908, ascendía al poder Augusto Bernardino Leguía, cuya candidatura gestó la primera ruptura del Partido Civil producto de una pugna generacional entre el grupo liderado por Isaac Alzamora y la facción encabezada por José Pardo y Leguía. En ese marco, Manuel González Prada mantuvo la misma estrategia confrontacional, incluso cuestionando al 1 de mayo, fecha que se volvió casi sagrada:

Si hoy, 1 de mayo, recordamos la inexcusable matanza de Iquique es para manifestar a los proletarios que en la lucha con los capitalistas no deben esperar justicia ni misericordia [...] Sin embargo, no faltan excelentes plumíferos, consagrados a celebrar la dicha del obrero que desempeña su labor sin preocuparse de si el producto será o no vendido; que tranquilamente duerme todos los días de la semana, y el sábado, después de recibir su paga, se va, tarareando, a cenar alegre en unión de su mujer y de sus hijos [...] (González Prada, 1936[1907]b, p. 62).

Como podemos apreciar, según González Prada existieron varios frentes que comenzaron frustrar en el desarrollo de su proyecto político de encandilar a toda la masa obrera bajo la consigna del anarquismo. La falta de resultados provocó el desencanto de los proletarios; más aún, los Lévano —personas leales a González Prada— comenzaron a ser cuestionados dentro de la propia organización sindical e incluso terminarán siendo dejados de lado de la Federación Estrella del Perú debido a sospechosos manejos irregulares de fondos.

A la par con este tipo de discursos, González Prada escribiría uno titulado “El Primero de Mayo”, en donde nuevamente arremetía, como se hizo costumbre, contra los socialistas, quienes reivindicaban esta fecha como un homenaje al proletario, situación que nuestro personaje la calificaba como una vil burla⁵ debido a que solo se habían conseguido algunas reformas, mas no la desaparición de las desigualdades sociales o la eliminación del Estado opresor.

El 1 de mayo de 1909, frente a un reducido grupo de obreros, nuestro personaje se disponía a lanzar su último discurso frente a ellos. Lo más destacable de ese encuentro con un público conformado mayoritariamente por rostros trigueños y morenos, señalaba que “toda iniquidad se funda en la fuerza, y todo derecho ha sido reivindicado con el palo, el hierro o el plomo. Lo demás es teoría, simple teoría” (González Prada, 1936[1907]b, p. 68). Esta actitud de abierta radicalidad respondía a que la organización anárquica estaba comenzando a debilitarse a raíz de la falta de resultados, lo que significaba que las voluntades obreras eran ganadas por mutualistas y socialistas o el propio gobierno central, quienes ofrecieron elementos

⁵ “[...] en uno de los últimos congreso tenidos por los socialistas se resolvió que el 1 de mayo sería conmemorado como la fiesta del trabajo. El acuerdo nos parecería muy acertado, si los congresantes hubieran tenido la precaución de señalar quienes eran los llamados a celebrar con mayor regocijo esa magna fecha. Según nuestro parecer, no son los obreros sino los patrones, no los proletarios sino los capitalistas, quienes deberían hacerlo. Porque ¿en provecho de quién redunde el trabajo? No es, seguramente, del zapatero que anda semi descalzo, del sastre, que va poco menos que desnudo, ni del albañil que habita en chiribitiles sin aire y sin luz. [...] En cuanto al obrero que empuña la bandera roja como blandiría la cris alta de su parroquia y que entona un himno al 1 de mayo como salmodiaría el miserere, no nos infunde cólera ni desprecio: nos inspira lástima: es el pavo que se regocija en la Pascua” (González Prada, 1936[1907]b, p. 65).

de prebenda y promesas viables. Existió otro actor involucrado en la merma de las filas proanárquicas: la crisis económica que venía arrastrando al país desde 1907, cuyas secuelas comenzaron a mermar la estructura del país y frente a lo cual lamentablemente los anarquistas no presentaron propuestas sólidas para afrontarlo. Se suma a esto la implantación de máquinas, las cuales llegaron a los establecimientos laborales, lo que gestaba la pérdida de puestos de trabajo; por tanto, se buscaba soluciones radicales. En el cuadro siguiente, un año antes se marcaba el mayor número de desempleados producto del maquinismo:

Oficio	1893	1905	1908
Panaderos			644
Sombrereros			133
Zapateros	2000	500	2253
Cigarreros			85
Curtidores			192

Fuente: Ruiz Zevallos, 2001, p. 66.

Pero si González Prada pensó que frente a esta crisis el movimiento obrero habría de unirse automáticamente en torno a la propuesta anarquista, la cual señalaba a los responsables, se equivocó. La canalización del descontento general fue realizado por los pierolistas quienes, en su permanente proyecto, esperaban derribar el régimen imperante, el cual colocaban como el responsable de las desgracias del obrero común y corriente. El 9 y 17 de mayo sucedieron terribles asonadas que no tuvieron como móvil principal la situación económica que se vivía. Si bien la primera tenía como trasfondo la falta de instalación de mesas para la elección de congresistas porque la Municipalidad de Lima había incumplido su promesa de enviar mesas de sufragios, lo que condujo a que el candidato Fidel

Cáceres, miembro del Partido Obrero, genere una convulsión minúscula, la del 17 de mayo tuvo mayor movilización en función a leyes de protección en favor de los trabajadores nativos cuyas oportunidades laborales se vieron mermadas a partir de la llegada de oleadas de inmigrantes asiáticos cuya presencia abarataba la mano de obra. Ninguna de los dos pedidos tuvo eco alguno en las oficinas de Palacio de Gobierno, lo que llevó en apoyar la medida promovida por los hermanos Piérola: el intento de un golpe de estado (explicado en el acápite introductorio). Este evento simbolizó el descalabro del proyecto político de Manuel González Prada, ya que tenía demasiados frentes de combate y tan pocos recursos para poder llevar esta guerra de ganar a la masa obrera.

Dicha situación provocó que el anarquismo concebido por nuestro personaje quede sin mayores argumentos para cautivar a los obreros que exigían resultados inmediatos y acciones pragmáticas; escenario en el que nuestro personaje no tuvo la capacidad para competir con otras organizaciones políticas, un mal que arrastraba desde el fracaso de su primer proyecto político.

Como hemos podido apreciar, González Prada intentó constituir un segundo proyecto político reflejado en sus discursos dirigidos hacia las masas obreras. Las estrategias empleadas por nuestro personaje para confrontar al gobierno, a los socialistas e incluso a los propios obreros mutualistas, propiciaron que su discurso, año tras año, se radicalice; sin embargo, la falta de resultados o alguna propuesta de acción concreta generó su fracaso en un espacio donde las necesidades eran urgentes de afrontar. El camino tomado por nuestro personaje fue no seguir luchando contra el sistema, sino adherirse a la propuesta hecha por el régimen de Leguía, quien le ofrecía la dirección de la Biblioteca Nacional. Al parecer echó por

los suelos la creencia de ser un anarquista práctico para convertirse en un hombre absorbido por el sistema al convertirse en empleado público.

Esto provocó la desilusión en el espacio obrero anarquista. No corrió mejor suerte desde la década del diez y quedará marginado del obrerismo producto de su división interna:

[...] empezó a difundirse en el seno de las células anarquistas la idea de organizar a los obreros en sindicatos. A esto contribuyeron particularmente los estudiantes Erasmo Roca y Juan Careño, quienes escribieron una serie de artículos publicados por La Protesta para divulgar la teoría sindical en base a las experiencias europeas, norteamericanas, argentinas, chilenas, etc. Hubo resistencias por parte de los anarquistas puros partidarios de la acción directa y contrarios a una institucionalización de las luchas obreras. Pero finalmente los principales líderes adoptaron esta nueva línea: el anarquismo dejó de ser simplemente una logia revolucionaria y se transformó en anarco-sindicalismo (Sulmont, 1975, p. 84).

Otro factor de por qué el abandono de la lucha con los obreros se debe a que González Prada comete un craso error al defender a los chinos, un grupo considerado por la mayoría como traidores y responsables de la crisis que vivía el país: “[...] creemos no equivocarnos al decir que el odio al chino no es general en el Perú y que el movimiento contra ellos fue un arma política” (González Prada, 1941, p. 207). Esta situación fue contraproducente para él dado que la mayoría de obreros estaba en contra de la presencia de los orientales. Esto se convirtió en la estocada final que descalabró esta parte del proyecto político. Su adhesión al sistema que

tanto criticó y el respaldo a las facciones sociales que las mayorías representaban generaron más desprecio que los políticos corruptos.

El anarquismo como ideología tampoco fue exitosa en el país. Las facciones socialistas tuvieron mayor impulso gracias a la victoria de la revolución proletaria en 1917, un hecho cuyo impacto no ha sido analizado en nuestro país en toda su intensidad y que hasta el día de hoy se conserva; por ende, ideología e ideólogo terminaron por ser acabados social y políticamente.

5.5. LOS ÚLTIMOS DÍAS

En una tarde de 1910 —narra Adriana Vernuil—, se hizo presente César Elguera en nombre de Germán Leguía Martínez, primo del presidente Augusto B. Leguía y Ministro de Fomento, quien le solicitaba ser parte de la administración pública como director del colegio Guadalupe; sin embargo, la respuesta de nuestro personaje fue su rechazo quizás por lo trabajoso que esto habría de ser: relacionarse tanto con padres y alumnos. Pero esta no sería la única oportunidad de convertirse en funcionario público.

Clemente Palma, simpatizante del pierolismo, habría de escribir en la revista *Variedades* un artículo en contra del gobierno leguista, lo que generó su inmediata expulsión como conservador de la Biblioteca Nacional, en donde su padre Ricardo Palma ejercía el puesto de director por casi 16 años, dado que el presidente no perdonaba ningún tipo de oposición, más aún dentro del aparato estatal. En reemplazo, se nombró a Percy Gibson. Esta sería la gota que derramó el vaso de agua en la relación entre Palma y el gobierno central.

Como defensa, Ricardo Palma argumentaba que era el director quien daba el visto bueno en lo que se refiere a designaciones laborales al interior de la biblioteca;

sin embargo, con la presencia de Gibson se estaba apostando “por hombres sin destino” (Palma, 1912, p. 13). Esta situación provocó la renuncia de Palma, entrando en su lugar Manuel González Prada.

Cuando nuestro personaje ingresa a la Biblioteca Nacional, hace un balance público en la famosa “Nota informativa”, tildando a Palma de ignorante y burócrata de antaño que había impedido a la juventud relacionarse con los conocimientos del futuro.

Producido el golpe de estado a Billinghurst, liderado por Óscar Raimundo Benavides, Manuel González Prada será destituido de su cargo siendo reemplazado por Carlos A. Romero. El estar alejado de la burocracia estatal le permitió bajar al llano y tomar su pluma en las polendas públicas, reflejando sus escritos en el diario llamado *La Lucha*, donde nuestro personaje llamaba “a luchar por los derechos del ciudadano frente a las iniquidades de la soldadesca, por los fueros del racional contra las embestidas del bruto” (*La Lucha*, 12 de junio de 1914). Sin embargo, ya no tenía esa admiración por parte de sus contemporáneos quienes vieron cómo su proyecto político generaba una contradicción entre el discurso y la praxis. Eso no merma que su fama como rebelde después de la guerra del Pacífico y crítico anarquista en los albores del siglo XX irradie en las generaciones jóvenes, las cuales se deslumbraron.

En los últimos años de su vida, González Prada habría de atraer a cientos de persona a visitarlo, generando el carisma mitológico de un rebelde consecuente. Muchos jóvenes compartieron mañanas y tardes en su casa de la Puerta Falsa del Teatro. Uno de ellos fue Percy Gibson, quien lo había acompañado en su aventura como director de la Biblioteca Nacional. Gibson había de narrar, en una misiva dirigida a Mariátegui, sentirse el “hijo espiritual” (Mariátegui, 1984, p. 5) del autor de

Horas de lucha, a pesar de su decepción de la Unión Nacional. El ascenso de Pardo y Barreda a la presidencia de la República por segunda vez conllevó a su vuelta a la Biblioteca Nacional.

Desde 1917, los homenajes a su imagen eran constantes hacia una vida tan fructífera de forma intelectual y mucho más como político; por ejemplo, el poema “Los dados eternos” de César Vallejo, fue dedicado al maestro.

Es interesante señalar una entrevista hecha por Félix del Valle en donde mostraba ese “purismo” político reflejado en no tener alianza alguna con otro partido político (Del Valle, 1916). Sin embargo, Del Valle realizó otra que denota la verborrea radical alcanzada por nuestro personaje después del fracaso de su proyecto político: “[...] ¿qué hubiera usted querido ser? gran caudillo. Realizar esa revolución sangrienta que extirpase tanta morbosidad e imponer las ideas de mi partido, es decir mis ideas” (Del Valle, 1916, p. 9). Como apreciamos, su único camino no era ya concientizar, sino tomar acciones concretas, luchar, el único camino que las masas necesitaban para destruir el sistema que los oprimía.

Quizás comprendió que ser un caudillo cultural tenía sus límites o no supo darse cuenta que no rompió totalmente con la tradición política peruana. Tal vez, como él mismo confiesa, la vía de las armas pudo empoderarlo rápidamente para cumplir sus anhelos.

La muerte llegó a la puerta de Manuel González Prada, lo que causó honda tristeza en la comunidad nacional. Desde la tarde del 22 de julio de 1918, la casa rebosaba de personas de toda clases social, visiblemente conmovidas. Era como una súbita sensación de orfandad. La academia Concha, presidida por el pintor Luis S. Ugarte; el personal de la Biblioteca Nacional; el traductor de González Prada, Pietro Ferrari (*La Prensa*, 23 de julio de 1918); muchos le rindieron honor, como

Víctor Andrés Belaunde en la tercera etapa del *Mercurio Peruano*, entre otros. Todos ellos reconocieron su aporte al pensamiento peruano.

CONCLUSIONES

- Manuel González Prada tuvo un rol activo en la política nacional, desde 1886 hasta 1909, al construir un proyecto que lo llevó a convertirse, en un primer momento, en un actor central en la escena pública nacional y, en una segunda etapa, como ideólogo del movimiento obrero; pero en ambos tiempos no logró la meta esperada.
- Existieron diversas condiciones, tanto internas como externas —como el caso de la derrota a manos de Chile, la crisis económica, el cuestionamiento a la existencia de la nación peruana—, que generaron el nacimiento de la primera parte del proyecto político, en donde el acusar al otro fue la principal arma discursiva de nuestro personaje; empero, el no obtener resultados concretos generó el debilitamiento de su corpus social.
- Al no lograr alcanzar el poder político por las vías electorales, decide enfrentarse a lo que alguna vez quiso poseer: el Estado. Para ello, se ligó con los obreros, que necesitaban una guía que les permita combatir por alcanzar sus derechos, como las ocho horas laborales. Empero, el sector al que trataba de cooptar era minoritario, sin la suficiente influencia para permitir llevar a cabo las propuestas elaboradas por Manuel González Prada. La presencia del mutualismo y el socialismo cercenó algún intento para acrecentar el respaldo obrero.
- La propuesta de González Prada fue teórica antes que práctica. La falta de resultados en las dos etapas del proyecto político generó la pérdida de apoyo y, por consiguiente, debilitó su base social, la cual le permitía, en uno u otro escenario, poder alcanzar las metas esperadas. Podemos señalar que su proyecto político fue un rotundo fracaso.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Roisida (2002). *Las elecciones de hace un siglo: La Junta Electoral Nacional de 1896-1912*. Lima: Oficina Nacional de Procesos Electorales (Documento de trabajo 4).
- Ahumada Moreno, Pascual (1889). *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia* (tomo VI). Valparaíso: Imprenta y librería Americana de Federico T. Lathrop.
- Alarco, Luis Felipe (1952). *Pensadores peruanos*. Lima: Librería y tipográfica Santa Rosa.
- Alayza y Paz Soldán, Luis (1947). *Historia y romance del viejo Miraflores*. Lima: Cultura Andina.
- Altamirano, Carlos (2012). La intelectualidad en América Latina. En: Julio Mejía (ed.), *América Latina en debate. Sociedad, conocimiento e intelectualidad* (pp. 47-52). Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Alzamora, Lizardo (1885). *Condición de los tarapaqueños ante el tratado de Ancón*. Lima: Imprenta de J. Francisco Solís.
- Bagú, Sergio (1971). *Tiempo, realidad social y conocimiento*. Madrid: Siglo XXI.
- Baillargeon, Norman (2003). *El orden sin poder. Ayer y hoy del anarquismo*. Hondarribia: Hiru.
- Barba Caballero, José (1981). *Historia del movimiento obrero peruano*. Lima: Signo.

- Basadre, Jorge (1981). *La vida y la historia*. Lima: Industrial.
- Basadre, Jorge (1984). *Perú: problema y posibilidad*. Lima: Consorcio técnico de editores.
- Basadre, Jorge (2005). *Historia de la República del Perú*. Lima: El Comercio.
- Belaunde, Víctor Andrés (1965) *Peruanidad* (tercera edición). Lima: Stadium.
- Belaunde, Víctor Andrés (1977). *Trayectoria y destino. Memorias completas*. Lima: Dediventas.
- Benjamin, Walter (1969). *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II* (tercera edición). Santa Fe: Taurus.
- Billinghurst, Guillermo (1888). *Memoria de la Sociedad Peruana de Socorros Mutuos*. Iquique: Imprenta Española de Gonzáles Hermanos Serrano.
- Bobbio, Norberto (1998). *Política cultural*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Boloña, Carlos (1981). *Políticas arancelarias en el Perú (1880-1980)*. Lima: Instituto de Economía de Libre Mundo.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Intelectuales, política y poder* (segunda edición). Buenos Aires: Eudeba.
- Burga, Manuel (1993). *¿Para que aprender historia en el Perú?* Lima: Derrama Magisterial.
- Burga, Manuel & Alberto Flores Galindo (1991). *Apogeo y crisis de la República Aristocrática* (quinta edición). Lima: Rikchay Perú.
- Capelo, Joaquín (1895). *Sociología de Lima*. Lima: Imprenta Masías.
- Castro, Nicanor (1940). *Opúsculo sobre la guerra y la dictadura en el Perú*. Lima: Imprenta de la Confederación.

- Chaupis, José & Emilio Rosario (2007). *La guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia* (volumen I). Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM / Línea Andina.
- Chiaromontii, Gabriela (1995). Andes o nación: la reforma electoral de 1896 en Perú. En: Antonio Annino (coord.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica siglo XIX. De la formación del espacio político nacional* (pp. 315-346). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Chocano, José S. (1940). *Las mil y una aventuras*. Santiago: Nacimiento.
- Chomsky, Noam (1969). *La responsabilidad de los intelectuales*. Buenos Aires: Galeano.
- Cisneros, Luis Fernán (1923). *Todo, todo es amor*. Buenos Aires: M. Gleizer.
- Contreras, Carlos & Marcos Cueto (2004) *Historia del Perú contemporáneo* (tercera edición). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Cornejo Polar, Antonio (1989). *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP.
- Cosamalón, José (2011). Población y mercado laboral (1827-1940). En: Carlos Contreras (ed.), *Compendio de historia económica del Perú* (tomo IV, pp. 19-91). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Cotler, Julio (1992). *Clases, estado y nación en el Perú* (sexta edición). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Dávalos y Lissón, Pedro (1928). *Leguía (1875-1899). Contribución al estudio de la historia contemporánea de la América Latina*. Lima: s/e.

- Dávalos y Lissón, Pedro (1942). *Por qué hice fortuna: relato inspirado en el recuerdo de una vida dedicada a conseguir la independencia y la tranquilidad de espíritu que dá la posesión del dinero adquirido y no guardado con avaricia*. Lima: Librería e Imprenta Gil.
- Dávalos y Lissón, Pedro (1989). *La ciudad de los reyes* (tercera edición). Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- Davoine, Francoise & Jean Max Gaudilliere (2011). *Historia y trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De la Puente Candamo, José Agustín (1981). Las generaciones en la guerra con Chile. En: Margarita Guerra Martinière & otros, *En torno a la Guerra del Pacífico* (pp. 29-46). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Delgado, Luis (s/f). *Historia de Antonio Miro Quesada (1875-1935)*. Lima: American Express.
- Delhom, Joël (2001). El movimiento obrero anarquista en el Perú (1890-1930). Ponencia presentada en el Congreso Anual de la Society for Latin American Studies University of Birmingham.
- Delhom, Joël (2005). Manuel Gonzáles Prada y la prensa del Perú. En: Jean-Michel Desvois (ed.), *Prensa, impresos, lecturas en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean Francois Botrel* (pp. 363-374). París: PILAR-presses Universitaires de Bordeaux.
- Del Valle, Félix (1916). Nuestros grandes prestigios. *Actualidades* 364, 5.
- Deustua, José & José Luis Rénique (1984). *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú (1897-1931)*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.

- Elguera, Federico (1913). *El barón de Keef en Lima*. Lima: Librería e Imprenta Gil.
- Espino, Gonzalo (1984). *La lira rebelde proletaria. Estudio y antología de la poesía obrera anarquista (1900-1926)*. Lima: Tarea.
- Ferrero, Raúl (2003). El liberalismo peruano. En: *Obras completas* (tomo V, pp. 65-89). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Universidad de Lima.
- Forment, Carlos (2012). *La formación de la sociedad civil y la democracia en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Foucault, Michael (2001). Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones. Madrid: Alianza.
- Gálvez, José (1921). *Una Lima que se va*. Lima: Euforion.
- Gálvez, José (1965). *Nuestra pequeña historia*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- García-Bedoya, Carlos (2004). *Para una periodización de la literatura* (segunda edición). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- García Calderón, Francisco (1954). *En torno al Perú y América*. Lima: Juan Mejía Baca / P. L. Villanueva.
- García Calderón Landa, Francisco (1879). *Diccionario de la legislación peruana* (segunda edición). Lima: Librería de Laroque.
- García Calderón Rey, Francisco (1981). *El Perú contemporáneo*. Lima: Interbank.
- García Calderón, Ventura (1949). *Nosotros*. París: Garnier Hermanos.
- Garfías, Marcos (2009). La formación de la universidad moderna en el Perú: San Marcos (1850-1919). Tesis para optar el grado de licenciado en Historia. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- Germaná, César (2006). Manuel Gonzáles Prada y Víctor Raúl Haya de la Torre. De la democracia liberal al nacionalismo radical. *San Marcos* 24, 75.
- Gonzales, Osmar (2002). *Pensar América Latina. Hacia una sociología de los intelectuales latinoamericanos. Siglo XX*. Lima: Nuevo Mundo / Biblioteca Nacional del Perú.
- Gonzales, Osmar (2011). El pensamiento político peruano y Víctor Andrés Belaunde. En: *Ideas, intelectuales y debates en el Perú* (pp. 286-297). Lima: Universidad Ricardo Palma.
- González Prada, Alberto (1937). Prólogo. En: Manuel Gonzáles Prada, *Grafitos* (pp. 3-6). París: Tip. de Louis Bellenand et fils.
- González Prada, Manuel (1924). *Horas de lucha* (segunda edición). Lima: Tipografía Lux.
- González Prada, Manuel (1936). El deber anárquico. En: *Anarquía* (pp. 25-30). Santiago de Chile: Ercilla.
- González Prada, Manuel (1936[1904]). La anarquía. En: *Anarquía* (pp. 31-35). Santiago de Chile: Ercilla.
- González Prada, Manuel (1936[1905]). Fiesta universal. En: *Anarquía* (pp. 36-42). Santiago de Chile: Ercilla.
- González Prada, Manuel (1936[1906]). El primero de mayo. En: *Anarquía* (pp. 43-48). Santiago de Chile: Ercilla.
- González Prada, Manuel (1936[1907]a). Antipolíticos. En: *Anarquía* (pp. 49-58). Santiago de Chile: Ercilla.

- González Prada, Manuel (1936[1907]b). La revolución. En: *Anarquía* (pp. 59-72). Santiago de Chile: Ercilla.
- González Prada, Manuel (1939). El momento político. En: *Propaganda y ataque* (pp. 34-39). Buenos Aires: Imán.
- González Prada, Manuel (1941). Los chinos. En: *Prosa menuda*. Buenos Aires: Imán.
- González Prada, Manuel (1986a). El tonel de Diógenes. En: *Obras completas* (tomo I, volumen II). Lima: Industrial gráfica.
- González Prada, Manuel (1986b). Figuras y figurones. En: *Obras completas* (tomo I, volumen II). Lima: Industrial gráfica.
- González Prada, Manuel (1989). *13ava conferencia pública de la Unión Nacional*. Lima: Imprenta y Librería de Carlos Prince.
- González Prada, Manuel (1991). Páginas libres. En: *Obras completas* (tomo I, volumen I). Lima: Copé.
- González Prada, Manuel (2001). Candamo. En: Isabel Tauzin, *Textos inéditos* (pp. 17-23). Lima: Biblioteca Nacional.
- González Prada, Manuel (2009). *Ensayos (1885-1916)*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Guerra Martinière, Margarita (1983). Los grupos y las tensiones sociales en el Perú de 1879. En: Percy Cayo Córdova & otros, *En torno a la guerra del Pacífico* (pp. 71-125). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gramsci, Antonio (1967). *La formación de los intelectuales*. México DF: Grijalbo.
- Higgins, James (2006). *Historia de la literatura peruana*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

- Huamán, Miguel Ángel (2001). Crítica, estética y cultura. En: Santiago López Maguiña, Gonzalo Portocarrero, Rocío Silva Santiesteban & Víctor Vich, *Estudios Culturales. Discursos, poderes y pulsiones* (pp. 83-99). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Jacobsen, Nils (2006). Opiniones y esferas públicas en el Perú del tardío siglo XIX: una red de múltiples colores en una tela hecha de jirones. En: Cristóbal Aljovín & Nils Jacobsen (eds.), *Cultura política en los Andes (1750-1950)* (pp. 411-438). Lima: Fondo Editorial de la UNMSM / Embajada de Francia / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Krauze, Enrique (1976). *Caudillos en la revolución mexicana*. México: Siglo XXI.
- Kristal, Efraín (1989). *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú (1848-1930)*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Lévano, César & Luis Tejada (comps.) (2006). *La utopía libertaria en el Perú. Manuel y Delfín Lévano*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Lisson, Carlos (1887). *Breves apuntes sobre sociología del Perú en 1886*. Lima: Imprenta Benito Gil.
- Lomnitz, Claudio (2008). Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México del porfiriato a la revolución. En: Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en Latinoamérica* (pp. 441-461). Buenos Aires: Katz.
- Lotman, Iuri (1996). *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Valencia: Frónesis Cátedra.

- Machuca, Gabriela (2006). *La tinta, el pensamiento y las manos. La prensa popular anarquista, anarcosindicalista y obrera-sindical en Lima (1900-1930)*. Lima: Universidad San Martín de Porres.
- MacLean y Estenós, Roberto (1942). *Sociología peruana*. Lima: s/e.
- Manrique, Nelson (1988). *Yawar Mayu. Sociedades terratenientes serranas (1879-1910)*. Lima: DESCO / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Mariátegui, José Carlos (1984). *Correspondencia* (tomo I). Lima: Amauta.
- Mariátegui, José Carlos (2002). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Ediciones Peruanas.
- McEvoy, Carmen (1997). *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1878-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- McEvoy, Carmen (2010). Entre Catón y Cincinato: los derroteros del liberalismo en el Perú (1822-1872). En: Thomas Ward (ed.), *El porvenir nos debe una victoria. La insólita modernidad de Manuel González Prada* (pp. 97-114). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- McEvoy, Carmen & Stuvén, Ana María (eds.) (2007). *La República peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur (1800-1884)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos.
- Millones, Iván (2009). Odio y venganza. Lima desde la guerra con Chile hasta el tratado de 1929. En: Claudia Rosas, *El odio y el perdón en el Perú. Siglos XVI al XXI* (pp. 201-229). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Miró Quesada, Aurelio (1946). *Lima: ciudad de los reyes*. Buenos Aires: Emaú.

- Miro Quesada Laos, Carlos (1961). *Autopsia de los partidos políticos*. Lima: Páginas Peruanas.
- Monnier, Marcel (1953). Lima después de la guerra de 1879. En: Raúl Porras Barrenechea, *Pequeña antología de Lima. El río, el puente y la alameda* (pp. 79-85). Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea / Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Núñez, Estuardo (1945). *A los 25 años de la desaparición de dos grandes maestros peruanos*. Madrid: Revista Iberoamérica.
- Núñez, Estuardo (1989). *La imagen del mundo en la literatura peruana*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú.
- Núñez, Estuardo (1992). *Las letras de Francia y el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Palma, Ricardo (1886). *Refutación a un compendio de historia del Perú*. Lima: Torres Aguirre.
- Palma, Ricardo (1912). *La Biblioteca de Lima*. Lima: Tip. Unión.
- Palma, Ricardo (1979). *Cartas de Palma*. Lima: Milla Batres.
- Palma Ramírez, Clemente (1897). *El porvenir de las razas en el Perú* (tesis de bachiller). Lima: Torres Aguirre.
- Pareja, Piedad (1978). *Anarquismo y sindicalismo en el Perú*. Lima: Rikchay.
- Peña Prado, Mariano (s/f). *Un viaje al sur del Perú*. Lima: s/e.
- Pereyra, Hugo (2009). *Manuel González Prada y el radicalismo peruano. Una aproximación a partir de fuentes periodísticas de esos tiempos del Segundo Militarismo (1884-1895)*. Lima: Academia Diplomática del Perú.

- Podestá, Bruno (1975). *Pensamiento político de Gonzáles Prada*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- Porras Barrenechea, Raúl (1963). *Fuentes históricas peruanas*. Lima: Minerva.
- Porras Barrenechea, Raúl (1965). *Pequeña antología de Lima. El río, el puente y la alameda*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea / Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Portocarrero, Gonzalo (2006). Gonzáles Prada: la (im)posibilidad de un positivismo criollo. En: Isabelle Tauzin (ed.), *Manuel Gonzáles Prada: escritor de dos mundos* (pp. 129-155). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Quijano, Aníbal (1972). *Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú (1890-1930)*. Lima. Mosca Azul.
- Quiroz, Alfonso (2013). *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Instituto de Defensa Legal.
- Rancière, Jacques (1993). *Los nombres de la historia. Una poética del saber*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Renan, Ernest (1993). *¿Qué es una nación?* (conferencia dictada en la Sorbona, el 11 de marzo de 1882). Madrid: Alianza.
- Riva-Agüero, José de la (1935). *Añoranzas. Monografías históricas sobre la ciudad de Lima* (volumen 2). Lima: Librería e Imprenta Gil.
- Riva-Agüero, José de la (1962). *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Rosario, Emilo (2006). La República Aristocrática: aportes y nuevos derroteros. *Diálogos en Historia* 4, 96-109.

- Rosario, Emilo (2010). Horas de escritos: una aproximación bibliográfica a la vida de Manuel González Prada. *Tiempos* 5, 54-67.
- Rosario, Emilo (2012). (Re) construyendo la derrota. La Guerra del Pacífico y sus escritos (1884-2010). En: *Clío en cuestión. Trabajos sobre historia e historiografía* (pp. 12-34). Lima: Seminario de Historia Rural Andina.
- Ruiz Zevallos, Augusto (2001). *La multitud, las subsistencias y el trabajo. Lima (1890-1920)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Sabato, Hilda (2008). Nuevos espacios de formación y actuación: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900). En: Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en Latinoamérica* (tomo I, pp. 387-411). Buenos Aires: Katz.
- Salazar Bondy, Augusto (1967). *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo* (tomo I). Lima: Moncloa.
- Salazar, Héctor (2009). El juicio histórico de Manuel González Prada ante el infausto acontecimiento de la guerra con Chile. En: Martín Colán, José Chaupis & Emilio Rosario, *La guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia* (volumen II, pp. 124-141). Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Sanborn, Cynthia (2004). Los obreros textiles de Lima: redes sociales y organización laboral (1900-1930). En: Aldo Panfichi & Felipe Portocarrero (eds.), *Mundos interiores. Lima (1850-1950)* (pp. 65-76). Lima: Universidad del Pacífico.
- Sánchez, Luis Alberto (1941). *Don Manuel*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Sánchez, Luis Alberto (1965). *La literatura peruana: derrotero para una historia cultural en el Perú* (Tomo III). Lima: Ediventa.

- Sánchez, Luis Alberto (1968). *Balance y liquidación del novecientos. ¿Tuvimos maestros en nuestra América?* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Sánchez, Luis Alberto (1977). *Nuestras vidas son los ríos*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Sánchez, Luis Alberto (1986). *Nuestras vidas son los ríos... Historia y leyenda de los González Prada*. Lima: Fundación del Banco del Comercio.
- Silva-Santisteban, Ricardo (2000). *Valdelomar por él mismo*. Lima: Congreso de la República del Perú.
- Smelser, Neil J. (2011). Trauma psicológico y trauma cultural. En: Francisco Ortega (ed.), *Trauma, cultura e historia. Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio* (pp. 85-124). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sobrevilla, David (2000). Notas sobre el anarquismo de González Prada. *Logos Latinoamericano* 5(5), s/p.
- Sobrevilla, David (2010). González Prada y Mariátegui. En: Thomas Ward (ed.), *El porvenir nos debe una victoria. La insólita modernidad de Manuel González Prada* (pp. 108-114). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Stoetzer, Carlos (1986). Positivismo, realismo y naturalismo. Ciencia. En: *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX* (pp. 143-161). México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Sulmont, Denis (1975). *El movimiento obrero en el Perú (1900-1956)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Tauzin, Isabelle (2010). El pensamiento gonzalezpradino en busca de otra vía para el liberalismo en el Perú. En: Thomas Ward (ed.), *El provenir nos debe una victoria. La insólita modernidad de Manuel González Prada* (pp. 213-225). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Tejada, Luis (1988). *La cuestión del pan*. Lima: Banco Industrial.
- Tizón y Bueno, Ricardo (s/f). *Algo sobre Tacna*. Lima: Imprenta del Centro Editorial.
- Van Dijk, Teun (1999). *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*. Barcelona: Geisa.
- Verneuil, Adriana de (1947). *Mi Manuel*. Lima: Cultura Antártica.
- Velázquez, Marcel (2005). *Las máscaras de la representación*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Banco Central de Reserva.
- Velásquez, Víctor (2008). *Lima a fines del siglo XIX*. Lima: Universitaria.
- Ward, Thomas (2001). *La anarquía inmanentista de Manuel González Prada*. Lima: Horizonte / Universidad Ricardo Palma.
- Ward, Thomas (2006). González Prada: la colonialidad inherente y la musa rebelde. En: Isabelle Tauzin (ed.), *Manuel González Prada: escritor de dos mundos* (pp. 117-127). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Ward, Thomas (2010). Liberalismo y anarquía en Manuel Gonzáles Prada. En: Thomas Ward (ed.), *El porvenir nos debe una victoria. La insólita moderidad de Manuel González Prada* (pp. 227-240). Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Weber, Max (1969). *Economía y Sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva* (tomo I). México DF: Fondo de Cultura Económico.
- Weber, Max (1988). *El intelectual y el político*. Madrid: Alianza.

OTROS DOCUMENTOS

Discurso de Fernando Casós en la Plaza de Armas de Lima (aliento a la nación), s/e,
1879.

La Revista Social, N.º 120, 8 de noviembre de 1887.

La Luz Eléctrica, 11 de agosto de 1888.

El Comercio, 13 de noviembre de 1888.

El Radical, 1 de enero de 1889.

La Neblina, 26 de enero de 1895.

La Neblina, 19 de enero de 1895.

El Germinal (editorial), 1 de enero de 1899.

El Germinal. 7 de enero de 1899.

El Germinal, 11 de febrero de 1899.

El Germinal, 18 de febrero de 1899.

El Germinal, 28 de febrero de 1899.

El Germinal, 21 de septiembre de 1901.

El Germinal, 26 de septiembre de 1901.

El Germinal, 10 de octubre de 1901.

El Germinal, 7 de noviembre de 1901.

El Germinal, 27 de febrero de 1902.

El Germinal, 17 de abril de 1902

Carta a la Evolución (fechada el 26 de abril de 1902), publicada en *El Germinal*, 1 de mayo de 1902.

El Germinal, 13 de mayo de 1902.

El Germinal, 14 de agosto de 1902.

El Germinal, 4 de septiembre de 1902.

El Germinal, 25 de septiembre de 1902.

El Germinal, 16 de octubre de 1902.

Los Parias, año I, N.º 6, 1904.

Los Parias, año II, N.º 22, febrero de 1906.

La Lucha, 12 de junio de 1914.

La Prensa, 23 de julio de 1918.

MANUEL G. PRADA

HORAS DE LUCHA

SEGUNDA EDICION

3-9049.

AO
stitución 54

P2
8497.66
• P18

V

SALA DE INVESTIGACIONES BIBLIOGRAFICAS

INTRODUCCION

El próximo 6 de enero de 1948 se cumplirá un siglo del nacimiento de don Manuel González Prada. En forma pública, y sin duda solemne, quedará rectificado, esa, un difundido error: considerar el año de 1844 como el de su nacimiento.

Entretanto, uno de los mejores homenajes consiste reeditar las obras completas del Maestro. Hace quince años, el plan resultaba conmovedoramente simple. Hasta entonces sólo se habían impreso unos pocos libros de Prada: dos en prosa y tres en verso. Pero Alfredo, el hijénito, continuó exhumando inéditos, y hoy, gracias a su esfuerzo, tenemos nueve tomos en prosa y siete en verso, a los que habrá que agregar pronto dos más en verso y uno en prosa, que completarán el caudal literario de don Manuel.

Empezamos ahora, cosa insólita, empezamos por el principio: por "Páginas Libres". Fué su primer libro impreso, aunque no su primera producción. Lo publicó en París el año de 1894, durante su residencia en Europa. Se agotó en seguida. Rufino Blanco Fombona lanzó una segunda tirada, hacia 1914, modificando la personalísima ortografía original y agregando brioso prólogo aún olvidado. Pero el autor no estuvo jamás contento con tal profanación; y, siempre consagrado a su tarea, siervo de su prurito de perfeccionamiento, corregía y tarjaba su propio texto en un ejemplar de la primera edición

377

1111



GERMINAL

34909

95-6

ORGANO DE LA "UNIÓN NACIONAL"

AÑO I

LIMA, 1º DE ENERO DE 1899

N.º 1

DOS PALABRAS

Un periódico de la "Unión Nacional" no necesita formular un minucioso programa ni hacer una larga declaración de principios: todos saben ya lo que amamos y lo que aborrecemos, lo que deseáramos derribar y lo que anhelaíamos constituir.

En el Calendario republicano, GERMINAL era el mes con que empezaba la Primavera, la época de la germinación de la semilla en el seno de la tierra; en la obra fecunda de Zola, GERMINAL es la novela de las futuras reivindicaciones sociales, la germinación de la idea revolucionaria en las entrañas de la mina.

Mientras llega el día de fundar una hoja diaria, lanzamos hoy este semanario, que debe ser considerado como una publicación provisional, destinada á satisfacer la necesidad del momento. Muchos miembros de la "Unión Nacional" no se conforman con el silencio, sienten ansias de lucha y piden un campo donde ensayar el alcance de sus fuerzas.

Dadas las condiciones en que el país se encuentra, puede calcularse bien la actitud que nos corresponde.

Por más que Piérola se eche nubes de incienso, por más que sus paniaguados le encumbren hasta el quinto cielo, para nosotros no cabe mucha diferencia entre el régimen actual y los malhadados gobiernos que se han sucedido desde la Independencia.

¿De qué se origina el presente orden de cosas? de una revolución. ¿A qué debe Piérola el mando supremo? á la fuerza legalizada por un simulacro de elecciones.

¿Qué garantías individuales se ha respetado?

¿El derecho de asociación? dígalos la Liga de librepensadores?

¿La libertad de imprenta? dígalos el redactor de *La Luz Eléctrica*, desposeído de su taller y condenado á litigar indefinidamente; dígalos el redactor de *El Municipal*, de Pisco, aprisionado no sabemos cuántas semanas por no sabemos qué pretexto; dígalos el redactor de *La Razon*, de Trujillo, obligado á vivir errando en los cañaverales del valle de Chicama.

¿Se ha garantizado siquiera la vida de los ciudadanos? Pardo tuvo su Chinchao, Cáceres su Tebes, Morales Bermúdez su Santa Catalina, Piérola tiene su Guayabo.

Algunos quieren perdonar á este Gobierno todo lo malo, en gracia de *nuestra prosperidad financiera*. Pues bien, la hacienda pública se halla tan floreciente que á pesar de los estancos, de las nuevas gabelas y de las sociedades recaudadoras, el presupuesto arroja un déficit de dos millones de soles, más ó menos. Ciertamente, Piérola ha tenido la buena idea de pagar fielmente la tercera parte del sueldo á viudas é indefinidos, dejando pendientes graves obligaciones en que estriba el crédito de la Nación. Ha procedido como el gran calavera que abona puntualmente las cuentas de sus pequeños proveedores, sin acordarse jamás del plazo en que se cumple una gruesa libranza en que le va la honra. Paga sólo al que grita y llora.

En una sola cosa se diferencia Piérola de los pasados gobernantes—en su espíritu clerical y reaccionario. Es un hombre que ha refeccionado cincuenta iglesias y no ha compuesto una sola escuela. Para él la mejor escuela es el convento, el mejor maestro el fraile ó el clérigo.



GERMINAL

ORGANO DE LA "UNIÓN NACIONAL"

AÑO I

LIMA, 7 DE ENERO DE 1899

N.º 2

¿A dónde vamos?

Por mucho que estemos acostumbrados á ver realizarse en el Perú las cosas menos en armonía con el buen sentido y con la lógica, sorprende tristemente lo que, en materia de política interna, ocurre en la actualidad.

Divídese la unidad llamada partido demócrata; y mientras la primera de sus fracciones, oponiendo veto á los avances gubernativos y lanzando reto al civilismo, exhibe desembozadamente una candidatura, la segunda aguarda que brote del cerebro de Júpiter la diosa, en cuyos altares haya de depositar, sin reservas, el concurso de su adhesión y de sus votos.

Con tales antecedentes, era de esperar, en cualquiera parte del mundo, que se empeñara la lucha electoral; lucha llena de dificultades, sin duda, en la que se esgrimiría como armas del oficialismo, el atropello y el abuso; pero lucha, al fin, reveladora de las fuerzas vivas de la nación.

Designado don Eduardo de la Romaña como candidato á la presidencia de la República por los supuestos delegados departamentales, suponíase que, lejos de agotarse, se retemplaran los brios de los rebeldes á la consigna palaciega. Porque en realidad ¿cuáles son las credenciales de merecimiento ciudadano exhibidas para atraer la consideración del país? Ninguna que conozcamos. Y las virtudes públicas dan franco acceso á los altos puestos en los estados de funcionamiento normal y ordenado, cuando tienen una claridad de sol, capaz de deslumbrar todas las pupilas.

Presentar persona que no ha despertado la inteligencia del pueblo por la doctrina,

ni se ha adueñado de su corazón por el beneficio, es simplemente ridículo, es absurdo; debería serlo. Entre nosotros, desgraciadamente, no es así.

Sea falta de educación republicana, sea hábito de vivir directa ó indirectamente de las provisiones fiscales, sea apocamiento de carácter,—lo cierto es que casi siempre, tras de imprecar y execrar, concluimos por aceptar resignadamente, cuando no con aplauso, el querer del Ejecutivo.

Don Guillermo E. Billinghurst que, por acto de propia iniciativa, creó una situación comprometedora; que condenó con el fanatismo de un convencido el pacto demócrata civilista; que plantó su tienda de campaña, llamando á ella á los hombres alejados de la política militante; don Guillermo E. Billinghurst, decimos, que se mostrara empeñoso para ir hasta el fin en la obra de las reivindicaciones, hoy, al conocer al anunciado de los profetas, al ungido del Señor, baja la cerviz y entona el *pecavi* humilde.

Sorprendente actitud en quien, como Presidente del Congreso, nos dió él, solo él, la conculcadora ley electoral; como Plenipotenciario, un protocolo negociado sin leer las instrucciones; como ex-senador, el espectáculo de volver á la curul perdida.

La retirada cobarde del Sr. Billinghurst, viene á engendrar, por mero efecto de las circunstancias, otra situación más peligrosa. No porque él encarne los ideales de la libertad, nada de eso; sino porque abandonado el campo, la única simiente que fructificará ha de ser la sembrada por la mano conservadora.

Siéntese ya algo como el soplo del espíritu que animara nuestro organismo el año de 1839.

Y como el *laissez faire*, la apatía ó la cri-

GERMINAL

ORGANO DE LA "UNIÓN NACIONAL"

AÑO I

LIMA, 14 DE ENERO DE 1899

N.º 3

La retirada de Billinghamurst

Cuando Pardo cayó herido de muerte, se creyó generalmente que al asesinato seguiría una revolución, y para facilitar al Gobierno los medios de conjurarla, se presentó en el Congreso una proposición declarando *la Patria en peligro y suspendidas las garantías individuales*. La proposición quedó sancionada casi por unanimidad, pues sólo tres representantes osaron votar en contra—un señor Sánchez, un señor García y Billinghamurst.

Eso pasaba en Noviembre de 1878. Veinte años después, en Octubre de 1898, cuando Piérola descubre que él es un Pardo redivivo, que entre un civilista y un demócrata no caben diferencias de sustancia sino de accidentes y que la salvación del país estriba en la fusión de elementos incapaces de fundirse en uno solo, Billinghamurst se opone abiertamente á las *novísimas ideas* de su antiguo Jefe, levanta el grito de guerra contra los Civilistas y produce una grave cisión en el Partido Demócrata.

Estos dos actos, practicados con el largo intervalo de veinte años, revelan firmeza en las convicciones, energía, valor en arrosar las situaciones difíciles y comprometedoras. No se requiere mucha entereza de ánimo para proclamar hoy la *guerra santa* contra el Civilismo; pero ¿se calcula bien lo que significaba declararse demócrata en 1878, al día siguiente de asesinado Pardo? Valía tanto como dar seguros indicios de complicidad con el sargento Montoya. Si toda la vida de Billinghamurst concordara con esas dos resoluciones viriles, nada tendríamos que reprocharle; por el contrario, reconoceríamos con gusto que nos hallába-

mos ante una personalidad digna de admiración y respeto, aunque sus ideas no cuadraran con las nuestras.

Después de la guerra internacional (en que no dejó de cumplir con sus deberes), Billinghamurst ha vivido alejado del país, ostensiblemente ajeno á nuestras conmociones políticas, hasta que en 1894 aparece de nuevo como uno de los primeros colaboradores de Piérola en el movimiento revolucionario. Triunfada la Coalición, consigue en resarcimiento de sus servicios, la Primera Vice-presidencia de la República, con esperanzas y hasta (según se dice), con una promesa formal de obtener la sucesión de Piérola. También se le otorgó un asiento en las Cámaras, como una especie de *modus operandum* ó terreno para ir cultivando su popularidad.

¿Cómo se ha conducido Billinghamurst desde 1895? No hablemos de sus triunfos diplomáticos en el abortado Protocolo de Arica y Tacna: su papel fué tan desairado y triste, con su sensiblería patrioterá quedó tan mal parado ante el grosero positivismo de los chilenos, que los mismos diarios de Piérola no mencionan hoy el tal Protocolo sino para dirigir una que otra pulla al *ex-Comisionado Especial*.

¿Cómo ha figurado en el Congreso? No sólo como un sectario intransigente (cosa al fin disculpable y hasta necesaria en algunas circunstancias), sino como un sumiso y complaciente ejecutor de las órdenes superiores. ¿Cuándo elevó la voz para condenar una arbitrariedad ó un abuso del Gobierno? ¿Protestó alguna vez de que el Ejecutivo no cumpliera con remitir al Congreso la Cuenta General de la República y administrara las rentas fiscales sin observar el presupuesto y ejerciendo una verda-

GERMINAL

ORGANO DE LA "UNIÓN NACIONAL"

AÑO I

LIMA, 21 DE ENERO DE 1899

N.º 4

Ley de Elecciones

Cuatro vicios cardinales ostentaba la antigua ley electoral.

1.º La operación preliminar llamada *toma de mesas*, que convertía en campo de batalla lo que debía ser simple contienda de sufragios.

2.º Las dualidades.

3.º La calificación ineludible de los candidatos á las Diputaciones y Senadurías, patrocinados por las camarillas preponderantes en el Congreso.

4.º La imposición oficial sustituyendo al ciudadano en derredor de las ánforas.

Aquella ley, después de arrastrar una existencia de medio siglo, llegó á encarnar la barbarie de las masas, la inmoralidad de los hombres públicos y el despotismo de los Gobiernos: debió ser el escudo del sufragio libre, y sólo sirvió de instrumento para el atropello del derecho en todas las formas. Crugía pues ante los embates de la opinión, como cruje un edificio cuarteado cuando sopla el viento.

Se impuso la reforma en 1896. Como los llamados á llevarla á cabo estaban atacados de la lepra que pretendían extirpar, inconcientemente, cada poder del Estado y cada facción del Parlamento, trató de poner la reforma apetecida á su servicio.

El Ejecutivo anhelaba la concentración de las funciones que regulan el voto en el Gran Jurado. Este cuerpo sería el árbitro irresistible en todas las contiendas electorales; y, dada su organización irregular, él á su vez estaría á merced de la voluntad del Gobierno.

Fué rechazado, en ambas Cámaras semejante proyecto, que muy groseramente po-

nía en transparencia los planes que ya maduraba el Presidente de la República para imponernos á su sucesor.

En Diputados el elemento independiente dió el espectáculo de tristes contradicciones. Batalló primero para que la reforma no se hiciera ilusoria; después fijándose exclusivamente en sus conveniencias de bandería, intentó hacernos retroceder á la detestable ley de Registro Cívico de 1893; habiendo fracasado en esta tentativa por el fuego que recibió de todas partes, tuvo que volver á primitivo y honroso papel. Pero ya era tarde.

El Gobierno y el Senado, transaron y mediante una arbitrariedad parlamentaria, quedó sancionada la flamante creación de 20 de Noviembre de 1896.

Esta ley, con ser mala, es superior á aquella que derogó, bajo importantes puntos de vista.

De las corruptelas que hemos enumerado al dar comienzo al presente artículo, ha extinguido ó atenuado tres.

Los escándalos llamados *toma de mesas* provenían del estrecho tiempo que se concedía á los ciudadanos para que eligiesen á los miembros de las juntas *permanentes*. Debía efectuarse la operación en cuatro horas y en un solo día. Siendo materialmente imposible que en tan corto plazo sufragaran todos, les era preciso á los clubs luchar para votar con antelación. El partido que llegaba primero á los tabladillos, triunfaba porque antes de que sus afiliados hubieran acabado de presentar sus cédulas, trascurrían las cuatro horas legales. Así se explica esos combates que llevaban á la angustia á las familias, que sembraban de cadáveres las plazuelas y que cubrían con manchas de sangre el amplio pabellón de

LOS PARIAS

POR LA REDENCION SOCIAL

Publicación eventual

AÑO I—No. 1

Lima, Marzo de 1904

Por suscripción voluntaria

DOS PALABRAS

Somos un puñado de hombres libres, que no se cobijan á la sombra de una bandera para especular ni buscar el apoyo de esa gran fuerza que se llama pueblo con el objeto de satisfacer personales ambiciones.

Venimos á defender en el campo fecundo del pensamiento los hollados derechos del pueblo, de las clases trabajadoras, de todos los desheredados de la fortuna en general, es decir, de los *parias*, nuestros hermanos, víctimas inmoladas al capital y á la corrupción de la burguesía, por la temeraria é injusta organización de nuestra sociedad.

Nuestro programa se condensa en la simple enunciación de nuestro objeto. Inspirados en los dolores del proletariado, de los *parias sociales* con quienes compartimos á diario las rudas faenas del trabajo, queremos servirlos de intérpretes leales y sinceros en la orfandad de sus derechos.

Y á la vez que exteriorizamos sus necesidades y sus deseos, queremos contribuir también con el modesto concurso de nuestra palabra, á preparar la hora de las reivindicaciones, el momento solemne de la evolución social, emancipadora y justiciera, para entonar entonces, con todos los explotados de la tierra, el himno de los hombres libres, camino de la absoluta libertad individual y del comunismo propietario.

PROLETARIOS Y BURGUESES

(APUNTES)

La redención del obrero será el resultado de la revolución.

La revolución es dolorosa pero saludable, sangrienta pero fecunda. Muñita pero salva, ha dicho de ella Victor Hugo.

Intentarla es defender la propia existencia, es ejercitar un derecho inalienable.

¡Hoy es tan necesaria como ayer, después de las amargas decepciones producidas por las mentiras de tan decantada civilización!

Todos los errores, todos los vicios del pasado ocupan de nuevo su asiento en el festín. Sólo han cambiado de disfraces.

No nos hemos alejado mucho del feudalismo medio-eval. Porque la vida del obrero, del *paria* de hoy, no se estima en más que la vida del *pechero*, ayer.

En el gamonal de nuestros días se encierra el mismo espíritu cruel y sanguinario del cacique de antaño. Sólo hai una diferencia, que tal vez no sea sustancial: al asno con envoltura humana ha sustituido el lobo con piel de cordero.

Los castillos de hoy son haciendas en el campo; las Basílicas industriales en la ciudad. No se dicen las almenas ni se atraviesan puentes levadizos, pero aún se escucha el rumor de las cadenas del esclavo, aún se sabe de la existencia de horcas y de mazmorras.

La «Mano o graso» Monjuich, ¿permite hablar de humanidad y civilización?

El capital ha sustituido al ideal. Tal morir el ideal ha llevado consigo á la tumba la justicia y la libertad.

El obrero sigue siendo el *paria social*. La diferencia entre el hombre y la bestia parece no haberse establecido aún. Más todavía para el gamonal, la condición del hombre es inferior. La bestia representa para el propietario la suma de dinero; al hombre se le reemplaza, sin gasto alguno, cuando ya no puede trabajar.

Después de diecinueve siglos de civilización cristiana, el obrero sigue siendo esclavo del capital. Terribles sacudidas han marcado sus esfuerzos, siempre dolorosos y siempre estériles. Forjaba sus cadenas cuando creía forjar el hierro para conquistar su libertad.

El capital ensoberbecido, amaneja, con sus máquinas, reemplazando el esfuerzo muscular del obrero. Las de esa amenaza, se vislumbra la miseria y el hambre. Suja es la obra.

Hay, por lo menos, inconsecuencia en esta amenaza, ya que no ingratitud.

La máquina representa el esfuerzo del obrero. No basta del pedernal la chispa sin el estallón que lo golpea. El obrero arranca el hierro de las entrañas de la tierra; él da forma á la idea, él se introduce en las sombras sinuadas de las minas para traer el combustible que dará la fuerza necesaria para moverla.

¡Todos esos progresos de la mecánica no los hicieron fecundos los obreros destrozados por las mismas máquinas, en los talleres, ó por las explosiones del grán en las minas?

Seamos equitativos, seamos justos. ¿Quién tiene más derecho á la tierra: el que sin fatiga alguna saborea sus más sabrosos frutos, ó el que, encorvado sobre ella, arroja en su seno la semilla, la fecunda con el sudor de su frente y la hace producir?

El obrero es un rei destronado que paga tributo á una libertad que jamás ha existido para él. El mundo y su progreso le pertenecen, ¡oficia en él, sin embargo, de esclavo del capital, sin más patrimonio que la miseria y el hambre de sus hijos, sin otro lenitivo que el recurso desesperado del alcohol.

¡Pensar que bastaría un débil esfuerzo de este agnido arado contemplar para conseguir su libertad! ¡Que podría iniciar, é mismo, la reforma de esta injusta y temeraria organización social!

«La revolución extirpa todo lo que es tiranía en todo lo que es tiranía. ¡Ella basta para que la revolución!»

ALFREDO L. BALDASSARI

Llenando un deber

Existir es luchar; y luchar por el bien, por la justicia y por la verdad, es llenar debidamente un deber imperioso, cuando no está la conciencia bastardeada, ni atro-

fiados los sentimientos; sino muy al contrario, henchido el corazón de nobles anhelos y de santos odios, contra una sociedad vil é hipócrita, donde campea la farsa, la explotación, la depravación, el vicio, la desigualdad, hijos legítimos de ese maridaje infame de la ley y la religión. Y luchar, de clararles guerra crudísima, impulsados por nuestros justos sentimientos de igualdad; es llenar un imperioso deber, es hacernos eco de los anhelos de justicia de los millones de explotados, de engañados, que jimen y rujen en esta desigual lucha por la existencia, esperando que agiten los aires soplos vivificadores de rebeldía que unifiquen sus anhelos y solidaricen sus aspiraciones reivindicadoras.

Todas las infamias, todos los crímenes, todas las iniquidades que á diario se cometen en nombre de la ley, amparadora de la explotación, engendradora del servilismo y degradadora de la naturaleza humana, se transforman en odio, en odio santísimo, contra sus representantes privilegiados; porque somos las víctimas propiciatorias de la fuerza, de la astucia, de la brutalidad, en suma, de la desigualdad que engendra estas iniquidades, elevadas al rango de virtudes por los explotadores que de ellas se aprovechan con mengua y perjuicio del mayor número, esto es: el pueblo trabajador y contribuyente, el proletariado sufrido y despreciado, los *parias* que se agitan en pos de horizontes de Libertad y Justicia; naufragos en este inmenso mar de infamia é hipocresía, que sólo con su supremo esfuerzo, su rebeldía y titánico esfuerzo pueden alcanzar la playa de sus reivindicaciones, de su libertad y de su bienestar: ese BIENESTAR PARA TODOS que proclama con acento elocuentísimo el proletariado universal.....

Existir es luchar, cuando crees potente en nuestro pecho, el ideal grande, sublime y generoso, que en no lejano tiempo ha de redimir á la humanidad, fundando una sociedad más noble, más justa y equitativa.

Existir es luchar; y luchar contra todas las injusticias que maldito orden social sanciona, aplaudido, es llenar una misión alta y noble, demoliendo lo malo, lo podrido, lo arcaico, que odiamos, sí, pero que amamos mucho el bien, y no

molición es una obra depravadora, encaminada á completar la obra de la naturaleza, ayudando á la corriente del progreso humano.

Nuestra demolición es una necesidad, para nosotros *parias* que no doblegamos las rodillas ante ídolos viejos, bamboleantes con el estruendo de mil tormentos; ni ante formalismos, prejuicios y farsas sublimadas en la triste apoteosis de la imbecilidad de la familia humana en diecinueve siglos de barbarie.

Nos imponemos una misión que es vida, y como vida, lucha.

Levantamos un lábaro de verdad que es luz; luz de verdad, luz de justicia, para los cerebros oscurecidos; luz de sol moral para los espíritus empujados y atrofiados en las sombras perpetuas de prejuicios tradiciones é hipocresías.

Nuestro estandarte, nuestro trofeo es eminentemente humano; y flameándolo convulsos iremos en busca de la vida, atropellando todas las debilidades, las ignorancias y todas las cobardías. No importa que por esparcer la vida, lleguemos á encontrar la muerte. De la muerte nace la vida también. Los que alimentamos un candel de ideal, los *parias* que tenemos un ímpetu arrollador de rebeldía; los que resueltamente derribamos á hachazos de energía y de luz, las infamias y sombras, que encubren la humana decadencia, nos inspiramos en la fecundidad del sacrificio, siempre que en él esté el triunfo de la humanidad irredenta. El sacrificio es un triunfo cuando se arrastra en la caída, algo más que un ejemplo, que reemplaza y aviva en los oprimidos el espíritu de santa rebeldía.

El dolor y el sacrificio son como el riesgo: fecundan en los campos abonados por la desesperación y el sufrimiento.

Y al fin, nada es el sacrificio de los mártires de la idea, si su generosa sangre derramada en los cadáveres de los autoritarios, ha servido y servirá para afirmar la vida, el triunfo de la idea.

Por los

LOS PARIAS

POR LA REDENCION SOCIAL

Publicación eventual

AÑO I — No. 2

LIMA MAYO DE 1904

Por suscripción voluntaria

1.º de Mayo

ORIGEN DE ESTA PROTESTA UNIVERSAL

LA FEDERACIÓN de los Estados Unidos y Canadá, acordó, en un Congreso, celebrado en Chicago el año 1884, declarar la huelga general, en demanda de la jornada de ocho horas, el 1º de Mayo de 1886. Llegó la fecha señalada, se produjo la huelga, la policía atropelló á los huelguistas, matando é hirviendo á varios, y, el día 4, mientras un pelotón atacaba á los obreros, estalló una bomba entre las filas de los guardias. La autoridad no buscó al autor del hecho; lejos de esto, detuvo y condenó á muerte á los obreros que, por su oratoria, inteligencia y actividad, más se habían distinguido en aquel movimiento. Que los detenidos y asesinados eran inocentes, lo demostraron los trámites del proceso, lo dijo la prensa del mundo entero; lo confirmó más tarde, la investigación abierta por el gobernador de Illinois, que puso en libertad al resto de trabajadores que no fueron condenados á muerte, sino á presidio, á consecuencia de aquella hecatombe; publicando además una memoria en donde se probaba con miles de detalles, que los que habían sido ejecutados eran tan inocentes del delito que se les imputó, como — quizás — el presidente de la norteamericana república.

La convicción de que los obreros condenados á muerte estaban exentos de toda culpa; las circunstancias del asesinato jurídico; la intervención — en el hecho tristísimo de la muerte — de madres, amantes y esposas de los sentenciados; los discursos solemnes de los presos y la serenidad con que subieron al patíbulo, produjo una gran conmoción en el mundo obrero, y el 1º de Mayo tomó cuerpo en el espíritu de las masas trabajadoras como una fecha de lucha y rebeldía, que de año en año hace palpitante con anhelo crecientes los corazones proletarios, por llegar á la ansiada meta de las reivindicaciones, que destruyen este régimen imperante « que produce la ignorancia y la miseria ».

1.º DE MAYO

(Rápido.)

¡HERMANOS NUESTROS, trabajadores de callosas manos, de hundidos vientres; séis para quienes el trabajo es una maldición, parias que esperáis anhelantes un viento justi-

ciero de rebeldía como acariciada brisa de triunfal primavera; erguid vuestras altivas frentes, en la aurora de esta fecha, en que todos los proletarios del mundo, con el pensamiento fijo en esta alba anunciadora de días espléndidos de redención, dan tregua á la eterna labor para darse el apretón del dolor, y en pacto indecible, como buracán de iras y protestas, agitan la bandera de redención, húmeda de sudores y de lágrimas, como trofeo de combate, que retiempla el espíritu de rebeldía y de lucha, contra este decrepito orden de infamias é iniquidades, en pos de la reivindicación de todos los derechos y libertades, en pos de la vida misma.

El 1º de Mayo, es el día, en que reunidos los millones de víctimas desconocidas de la explotación, atruenan los aires con himnos prepotentes de rebeldía, como si en las estrofas rugidoras y ardientes, desbordaran los corazones proletarios, todo el odio comprimido, todo el dolor concentrado, contra formalismos, prejuicios y tiranías, que son el envenenamiento de la existencia, la negación de la vida pródiga, anhelante, sonriente, que preconizamos los llamadores de la Justicia reparadora del mañana cercano!

El 1º de Mayo, es la fecha de los profundos furrores, que desatados en tempestades de iras, se agitan como « vientos redentores sublevando almas ».

En esta fecha, desde el Gólgota de las ideas nuevas de redención (Chicago) es la voz de los muertos, es la voz de los ocho mártires inmolados por su fé en el triunfo final y grandioso de la libertad y la Justicia, las que como rumor terrible de venganza ejemplar y reparadora, ahientan en los oprimidos el espíritu de lucha y de rebeldía, hasta ahogar el ¡ay! torturador de la miseria agónica, con el esfuerzo heroico de libertarias huestes, camino del porvenir que se vislumbra!

¡Salve, oh fecha, que cual recuerdo vivificador, retiempla en nuestros corazones los ímpetus de rebeldía, escuchados por un santo ideal salpicado con la generosa sangre de sublimes mártires de la redención humana! ¡¡ Salve !!

CARLOS DEL BARZO.

Himno del 10 de Mayo

Ven, ¡oh Mayo! te esperan las gentes, te saludan los trabajadores; dulce Pascua de los productores ven ¡brille tu espléndido sol.

En los prados que los frutos anozonan hoy retumban del himno los acentos manuchando así los corazones de los parias é ilotas de ayer.

Desertad, oh falanges de esclavos de los sucios talleres é minas, los del campo, los de las marinas tregua, al eterno anhelo!

Levantemos las manos callosas elevemos altivos los frentes, ¡ luchemos, luchemos valientes contra el fiero í cruel señor.

De tiranos, del ocio y del oro procuremos redimir al mundo, ¡ al unir nuestro esfuerzo fecundo lograremos al cabo vencer.

Juventud, ideas, dolores, primavera de atractivo arcano, verde Mayo del género humano, dad al alma en ríjia ¡ valor.

¡ Alentad al rebelde vencido cuya vista se fija en la aurora, ¡ al valiente que lucha y labora pura el bello ¡ feliz Forvenir.

P. O.

La Espropiación

El régimen de propiedad particular que existe fué instituido con el establecimiento del derecho Romano que hoy se enseña en las universidades. Su establecimiento no data de tantos siglos que se pueda perder de vista en los remotos tiempos de la historia, de suerte que este régimen no ha existido siempre como vulgarmente se dice.

¿Qué derecho sagrado se puede invocar para sostener la propiedad particular en perjuicio del pueblo? Ninguno; únicamente se puede alegar que es el régimen implantado y legalizado no por el pueblo que siempre estuvo desposeído de esos derechos, sino por los legisladores que han dispuesto de todo.

Pero por muy sagrado que fuera el derecho de propiedad particular mucho más sagrado es el derecho á la vida; este derecho se impone por encima de todos los derechos. Sin vida no hay derecho posible.

Pues bien, en nombre del derecho á la vida nosotros proclamamos la expropiación, la abolición de ese derecho romano por el cual se convierten unos cuantos en propietarios de todo cuanto existe, ¡ que per, tenece á todos por igual. Esta es la expropiación que tanto alarma á los propietarios ¡ aun á muchos que no lo son; pero esa alarma es más debida á la interpretación que se ha dado á la palabra expropiación por la propaganda hecha por, nuestros enemigos con toda la mala intención, diciendo que la expropiación era la destrucción de la propiedad, es decir, la destrucción de las casas, de las máquinas ¡ de toda la riqueza que hoy existe! Esta es la propaganda que se ha hecho en contra de la expropiación ¡ por hombres que pretendieron pasar por formalistas.

La expropiación es, la abolición del derecho de propiedad particular, convirtiendo todas las riquezas que existen en propiedad de todos, sin que ninguno pueda decir esto es mío ¡ tomando cada uno libremente lo que necesita de todo cuanto existe, para satisfacer sus necesidades materiales, físicas é intelectuales.

Como se ve nada tiene de criminal la expropiación, antes por el contrario, está apoyada esta idea en la más alta justicia, porque está basada en la solidaridad, sin la cual no puede existir el bienestar. Con la abolición de la propiedad particular se acaban lo

tigios ¡ los chicos también que surgen por cuestión de interés.

Los pleitos no tienen razón de ser; los abogados quedan sin ocupación, todo el foro queda anulado; los registros de propiedad pasan á la historia, los escribanos no tienen que hacer escrituras ¡ se acabaron los testamentos ¡ las herencias. Un gran ejército de parásitos quedan cesantes para dedicarse á la producción.

¿Quién duda que con la abolición de la propiedad particular se hace una gran economía de trabajos inútiles?

Sin necesidad de policía ni de precidios ni de religiones acabamos con los ladrones; ya no habrá padres que vendan á sus hijas, ni hijos que deseen la muerte ó maten á sus padres para heredarlos más pronto; no habrá mujeres seducidas por el interés, ni madres que abandonen ó maten á sus hijos por no poderlos mantener ó serle una carga demasiado pesada; la prostitución desaparece ¡ la mujer proclama su emancipación ¡ deja de ser considerada como una propiedad del hombre; no se verán los grandes disgustos en los matrimonios ¡ que hoy se ocultan entre las familias ricas, ni los padres se verán en la necesidad de apartarse de los hijos ni estos de los padres; la familia se regenera porque dentro de la libertad ¡ solidaridad el cariño y el amor son los únicos lazos que unen á las personas. La mayor parte de los crímenes desaparecen con la expropiación.

Si en el orden moral obtenemos un gran progreso con la expropiación en el orden económico obtenemos una gran utilidad.

¿Quién no ha visto ó no sabe que existen grandes depósitos de maquinaria que están paralizadas y perdiéndose porque no pueden comprarlas los que necesitan hacer uso de ellas? ¿Qué razón hay para que toda esa maquinaria esté paralizada, habiendo trabajo en que aplicarla ¡ que se presentan á menudo crisis de obreros fundidores por no encontrar salida á sus productos? La única razón que existe es la propiedad particular, sin esta, toda la maquinaria estaría empleada en la producción aumentándose ésta hasta lo inconcebible por dedicarse á ella todas las máquinas ¡ todos los hombres.

No solamente contribuirán á la producción todas las máquinas que hoy se usan, sino que se aplicarían otras nuevas que aún no se han empleado ¡ que están ya en vía de emplearse, como son la de extraer el carbón de las minas por medio de la electricidad, ¡ extraer ésta directamente del sol con lo que se obtiene una gran economía de fuerza en 100 de fuerza.

En estas

ció

LOS PARIAS

POR LA REDENCION SOCIAL

Publicación eventual

AÑO I — No. 3

LIMA JUNIO DE 1901

Por suscripción voluntaria

Comentarios sobre las huelgas

Las últimas huelgas producidas, de un año a esta parte, en Lima y sus alrededores, —las de panaderos, carreros y tejedores en primer lugar, y la de peones del Muelle y de las factorías en el Callao últimamente,—han ofrecido ancho campo a periodistas, fabricantes y pretendidos economistas, para exponer sus ideas y opiniones mas estrafalarias y absurdas acerca del origen, entre nosotros, de tales crisis económicas, y de los medios a que las autoridades y las instituciones deben apelar para conjurarlas.

Los unos, subordinándolo todo a la política, como que tienen puesto el señuelo en un banco legislativo o en una poltrona ministerial, creen o fingen creer que con buenas leyes y buena administración, pueden evitarse los conflictos entre el capital y el trabajo, y hacer la felicidad del pueblo; de ahí que, cuando se hallan en la oposición, defendiendo a los huelguistas y condenando las brutalidades de la policía, para opinar de un modo diametralmente opuesto si tienen en sus manos las riendas del gobierno. No cabe duda de que los que así piensan obran son los peores enemigos de los proletarios.

Los fabricantes y capitalistas como que son los naturales adversarios de los obreros, sostienen en todos los casos y a pie juntillas, que éstos se hallan suficientemente remunerados; y como prueba de su aserto, aducen un hecho por desgracia exacto: el de que, por mezquino que sea el salario ganado por un obrero durante la semana, siempre tendrá éste un exceso que disipar en las tabernas el día domingo. Yo he visto, en efecto, individuos, cuya ganancia semanal era solamente de siete u ocho soles, gastar uno ó dos en bebida en la noche del sábado y durante todo el día siguiente, y después me he quedado estupefacto al saber cómo vivían esos desgraciados, con una sola comida escasa y miserable durante el día, y una taza de té en sustitución de la otra. De ahí que nuestros obreros apenas si sobrepasan los cuarenta años, fenómeno que sin necesidad de estadística puede comprobar cualquiera, si observa cuán escasos son los trabajadores de cabellos blancos, y cuán grande es el número de viudas con hijos pequeños que se dedican a las más humildes faenas de la vida doméstica.

Y por esto ¿se querrá sostener seriamente que los obreros no tienen derecho a reclamar aumento de salario, puesto que tienen *hasta para sus vicios*, con el que actualmente disfrutan? ¿se les impondrá que no se embriaguen y que, por el contrario, ahorren lo que hoy dedican a la bebida? Pero ¿cómo se pretende exigir a los proletarios, a los desheredados de la fortuna, a los que nunca han gozado ni esperan gozar de los beneficios de la civilización ni de las comodidades de la vi-

da como se pretende exigirles que tengan cualidades, virtudes que no tienen ellos, los propietarios, los que nacieron en la abundancia, los que vegetaron en la holgazanería, frecuentando colegios y universidades, los que no han sentido el hambre desde la infancia, los que no se han visto desamparados a los doce años, los que no han sido explotados en las fábricas de tejidos, consumidos en los hornos de fundición, sepultados vivos en una mina, aplastados y triturados en los muelles y en los caminos de hierro?

No defendiendo la embriaguez en los obreros; digo simplemente que no es exclusiva en ellos; es un vicio social que se propaga de arriba abajo y no al contrario; i que, por esta misma razón, el que se emborracha con champagne, adquirido con las utilidades que le dejan la explotación de los obreros y de los compradores, no tiene derecho para enrostrar al proletario su afición al ron de caña, ni mucho menos de tomar este hecho como base para negar un aumento en el salario que le paga.

Los economistas, por fin, desconsolados de dar a conocer que han leído a Ricardo y a Adán Smith, o a sus infinitos vulgarizadores, —pero nada más que a estos ciertamente,— invocan los principios de *libertad de trabajo y libertad de industria*, que, con la famosa ley de la proporcionalidad inversa entre la oferta y la demanda, forman la *base formidable* de la economía política que, según los pontífices de tan peregrina ciencia, sirven de norma a todos los fenómenos de la producción y de la distribución de la riqueza. Para éstos el salario que se pague a los braceros nunca debe ser tal que comprometa o ameigne siquiera las *fuertes utilidades* del capitalista o de los accionistas que han implantado una empresa o fábrica, ni que atraiga sobre una industria, por una alza excesiva del salario, gran concurrencia de brazos arrebatados a otra industria, lo que a la larga conduciría a una nueva depresión en la paga, al alza de los productos de aquella otra industria a la que dichos brazos fueron sustraídos, todo lo cual importaría doble empobrecimiento, más aguda miseria para las clases trabajadoras.

Llamándose en este orden de cosas *concurrencia de brazos* a una excesiva afluencia de desocupados —que tienen igual derecho a la vida y al bienestar,—ya se comprende cuál será la aplicación de la célebre ley de la oferta y la demanda, y en qué consiste la no menos célebre *libertad de contratación*, por la que el patrón escoge, entre muchos que se mueren de hambre, al que pide un salario más exiguo. Este es el criterio que los sabihondos economistas tienen como verdadero y justo para apreciar el valor del trabajo humano y aún para estimar el precio de los productos.

No negaremos que, desde el punto de vista de la utilidad del capitalista, tienen completa razón los doctores de la ciencia económica. Pero

es que falta averiguar si todas las relaciones humanas y hasta la sociedad misma, existen para incrementar las utilidades de unos pocos con detrimento real y positivo de la mayoría, o si está llamada a distribuir entre todos los hombres una igual porción de bienestar y a garantizarles una vida de hombres libres y racionales.

La economía política no viene a ser en suma sino una serie de conocimientos y de reglas de conducta para explotar mejor a los trabajadores, el arte que sirve a los príncipes del capital para administrar sus riquezas, así como *El Principi de Maquiavelo* es, para reyes y presidentes, el arte de gobernar y de explotar mejor a los pueblos.

II

Pero, los unos y los otros, periodistas, fabricantes y economistas, están de acuerdo para sostener que en nuestro país las huelgas no son producto espontáneo y fatal de nuestras relaciones económicas, sino, pura y simplemente, *imitación* de las huelgas que se verifican en Europa y Estados Unidos, donde el exceso de población, justifica, o mejor dicho, explica esas violentas convulsiones de la masa obrera. Y se agrega que entre nosotros, lejos de haber exuberancia, hai escasez de brazos, i que, por consiguiente, el obrero no solamente está bien remunerado, sino que lo está mejor que en ningún otro país.

Cierto es que todos estos prohombres de la sociedad actual, están acordes para contemplar estos hechos económicos desde un punto enteramente extraño a las necesidades que debe forzosamente satisfacer el obrero. Y de ahí que todos ellos sufran tan profundas equivocaciones sobre las causas verdaderas de toda huelga, y juzguen con tan censurable ligereza estos fenómenos sociales. De ahí que en la última huelga de trabajadores del Muelle y Darsena, hayamos escuchado ideas tan peregrinas como las emitidas por el gerente de esa empresa —un señor conde, que ha sido cónsul de Francia y alcalde del Callao,—de que no podía acceder a las pretensiones de los obreros en huelga, porque el aumento solicitado importaba una *disminución anual de 400,000 soles en las utilidades de la compañía*, a las que no van en zaga las verdades por nuestro ministro de gobierno en una conferencia que tuvo con los mismos huelguistas, a quienes pretendió probar lo injusto e infundado de sus pretensiones, diciéndoles «que así como el salario de los obreros había disminuido en la mitad con la baja de la plata, el que tenían los ministros había igualmente disminuido de 800 a 500 soles, sin que los *generosos* funcionarios hubiesen pensado nunca en pedir una disminución.» ¡He ahí que saben decir esos grandes rios fiscales, esos indios factores de civilización y de progreso! ¡He ahí todo el juego de la economía política!

Verdad es que tienen otro argumento más convincente: los rifles y las bayonetas, a las que apelan siempre como única solución, según hemos visto en la última huelga del Callao; pero este recurso de fuerza no soluciona nada, apenas si aplaza el conflicto, que cada vez se presenta más vigoroso y resistente.

Fuerza es, pues, probar a los que, por ignorancia o por maldad, desconocen la razón y justicia de las huelgas en nuestro país, que estas son aquí, —aún con la pretendida escasez de brazos,—tan fatales i tan justas como en París, con su conocida sobrecabundancia de trabajadores.

Poco importa saber si nuestros obreros han adoptado por imitación esos medios de resistencia contra el capital i los patrones: la *imitación* es una ley sociológica que completa las leyes de la evolución i de la herencia: el profundo Tarde lo ha explicado así en un libro admirable. Y después de todo ¿con qué derecho estos pontífices de la intelectualidad peruana, censuran que los obreros imiten los recursos i procedimientos de sus hermanos de otros países, si ellos, los poseedores de la ciencia infusa, no saben legislar ni enseñar sin echar mano de leyes i de libros extranjeros?

Descartando, pues, todas estas ideas falsas, todas estas salidas extrañas, antes, sobre las huelgas, que dejamos refutadas y condenadas, contemplemos el problema bajo su verdadera faz, examinemos si hay razón para que los obreros exijan aumento de salario, i para que apelen a la huelga cuando ese aumento no les es concedido pacíficamente.

Para ello es necesario que estudiemos las necesidades del obrero peruano, estudio que ya hiciera Proudhon en Francia, pero que entre nosotros, apenas si se ha insinuado en los memoriales de las últimas huelgas.

III

Ya hemos visto anteriormente cuáles son las razones i los argumentos que aducen los dueños de fábricas i agentes de empresas industriales, para negar a los obreros todo aumento en la retribución: 1.º que, a su juicio, éstos se hallan bien remunerados, puesto que les alcanzan hasta para embriagarse; i 2.º, que todo aumento en los salarios importaría una disminución en las *legítimas utilidades* a que ellos tienen derecho, como *dueños o fruto del capital* que han invertido en la especulación.

Carece de esta segunda afirmación la economía política, y si se hace afirmación, ésta es errónea.

LOS PARIAS

POR LA REDENCION SOCIAL

Publicación eventual

AÑO I — No. 4

LIMA, JULIO DE 1901

Por suscripción voluntaria

"LOS PARIAS"

Esta hoja no sirve de vehículo a personales ambiciones ni está vendida al oro burgués. Cuenta, para sostenerse, sólo con las erogaciones voluntarias de aquellos que, preocupándose de la futura suerte de la humanidad, quieren contribuir a preparar el grandioso día de la aurora social, ayudándonos en nuestra propaganda. La publicación de "LOS PARIAS" será eventual hasta que el monto de esas erogaciones nos permita regularizar su marcha. Con este motivo publicaremos en todas las ediciones el correspondiente balance administrativo.

Así mismo hacemos presente, a los que deseen ayudarnos con sus erogaciones: que deben entregarlas a la misma persona de quien reciben el periódico.

La política y los trabajadores

No vamos a contribuir con nuestro escrito, a aumentar la grita que la actual situación política del país ha levantado, entre las banderas furiosas se disputan la preponderancia, no; nosotros que como libertarios, presenciamos con repugnancia estas menudas luchas de ambiciones; nosotros que nos preocupamos de la redención humana, por el esfuerzo rebelde y potente de las masas oprimidas, sin esperar nada más, que males positivos de cualquiera que sea, el régimen político imperante; no podemos menos que lanzar nuestro apóstrofo indignado, ante la maldad y ruindad combinadas de estos políticos, que como dice Vargas Vila: son un peligro en perspectiva y un apéndice en huelga.

Los que como nosotros, aleccionados por amarga experiencia, no sentimos sino incontentable indignación ante la oratoria trasnochada de estos farsantes que empeñosos ofrecen grandes reformas, que resultan sarcasmos hirientes para el pueblo a quien van dirigidas, que a la larga, solo verá que serán mayores males é infamias mayores...

Y si no, qué nos han traído la inmensa lección de farsantes que en 78 años de régimen republicano, atropellando todas las formas de la retórica han ofrecido mejorar la condición del pueblo y preocuparse de su bienestar? Impuestos tiránicos á granel, no nos han precipitado á la mísera situación en que nos encontramos, haciendo cada día más triste nuestra situación. Y, puede así admitirse que existan trabajadores, que insensatamente se presten á servir de escabel á las bastar- das ambiciones de políticos desalmados, que hoy los llaman pueblo soberano, fuerza propulsora, y mañana, que reclamen un aumento á su salario, lanzarán sus peloto-

tes armados á destrozarnos en las calles y hacer correr su sangre de carneros trasquilados, impunemente, infamemente, como en Mollendo, como en Lima, como en el Callao y como en el Cerro.

Si con el gobierno de un Piérola, se ametralló á los habitantes de Huanta que se rebelaron contra el impuesto á la sal, y se sabió á los obreros huelguistas de Vitarte; con la jefatura de un Pardo, se abate á los trabajadores chalcos, que sin rebelarse, para poder soportar los últimos impuestos, exigían un aumento de sus salarios. Y esto que hicieron estos dos grandes farsantes, lo harán una vez en el poder todos esos apéndice en huelga, que se denominan: constitucionales, liberales y federalistas; todos los que hoy se dicen sangre del pueblo, trabajadores, para exitar á los desarrapados contra el bando opuesto y acaparar sus votos con que han de designar al amo que les robe el fruto de su trabajo en forma de impuestos, para locupletar sus bolsos, y les haga rajar el cuero á sablazos cuando intenten rebelarse contra sus iniquidades.

Agrupamientos de intrigantes y ambiciosos, no se paran en medios para atraerse al elemento trabajador, que con su insensatez consiguiente, sin nociones de dignidad, van, borregos bulliciosos, á dar y recibir palos, por el ídolo que paga el agnarde que anima el entusiasmo purulento.

Triste espectáculo, que haría decaer nuestra fé en la redención social que anhelamos, sino viéramos, que en estas ruinas mascaradas, solo tahures y todos los desperdicios sociales, forman la carne pestilente y bulliciosa, que invade las avenidas infectando con sus alcohólicos gritos y emanaciones moféticas el espacio.

Los obreros conscientes, los que tenemos completa noción de nuestra dignidad, lejos de preocuparnos del amo que nos oprima, debemos prepararnos á la defensa de nuestros derechos, á dar fuerza y organización á nuestros santos anhelos reivindicadores, caminando siempre en contra de nuestros comunes explotadores, propaladores de calumnias, sembradores de dificultades y falsedades, que atrasan la verdadera organización obrera, en su verdadero carácter revolucionario y reparador de tanta infamia y tanta farsa como fruto de la corrupción política, que en su rebalse malsano ha llegado hasta las masas trabajadoras, desviando su verdadero camino, hacia la libertad é igualdad económicas.

Ejemplo tristísimo de la desvergonzada ambiciones palpitantes es el «Partido Obrero» — ambiciones desordenadas y cándidos entusiasmos — elementos dispersos de obreros políticos, que para completar el cuadro político de actualidad, toman parte en la parranda infernal que nos ensordece...

Lo sensible, lo lamentable, es que aún hay pueblo que patea de entusiasmo al escuchar la retórica entu-

siada y ruin de nuestros políticos, causa que justifica nuestra afirmación, de la perversión moral de las clases trabajadoras; en cuyas atávicas herencias son factores principales el fanatismo religioso y el carnerismo político. Tales son, por ejemplo, la «supresión de los impuestos» creados ultimamente, poderosa arma de combate para el bando «coalicionista»; que á la vez en el carnerismo de las masas populares hace de sus miserias y privaciones, ocasión de sus intrigas y anhelos falaces.

Acostumbrados á hacer irrisión de los dolores populares; reconociendo que esos descamisados que hoy se hacen amaratar á palos, mañana se dejarán matar como perros rabiosos, en una revolución para servir las ambiciones é instintos perversos de estos políticos pestilenciales de almas de sentinas; no les importa hacer ofertas que no realizarán y que muy al contrario, aumentarán ó disminuirán, aunque se subleve indignada la mendicidad agresiva, que ellos sin escrúpulos en sus anchas conciencias, cerrarán los labios de los aierros de estopa sacudiéndoles el polvo á sablazos de sus mugrientos harapos.

Id, id pues, masa fantasma, «pueblo soberano», gritando hasta enroquecer, en vivas á vuestro candidato, mientras en vuestros estómagos sin alimentos, hace su evolución el alcohol del club, que cuando regreses jadeante de borrachera al miserable tugurio, contemplarás «tu soberanía» en tu mujer é hijos pálidos y silenciosos delante de sus cacharpas miserables, pensando en que el propietario le ha notificado un aumento de arrendamiento; en que el encomendero no quiere darle las especerías, porque la deuda es crecida; en que sus pies, sienten la humedad del suelo por los agujeros de los zapatos. Id, id pues, ídolo de bera camino de la iniquidad, entusiasta de embriaguez y servilismo, arrastrando tus cadenas de eterno esclavo, divirtiéndote á tus tiranos y dando nauseas como insectos pestilentes.

CARLOS DEL BARZO.

¡No Voteis!!

EL DERECHO AL SUFRACIO

Todo lo que debe decirse sobre el voto electoral puede condensarse en pocas palabras:

Votar es lo mismo que abdicar. Nombrar uno ó más patrones, por un periodo más ó menos largo, es lo mismo que renunciar á la propia soberanía.

Que sea monarca absoluto, príncipe constitucional, ó simple mandatario, el candidato que eleva al trono ó á la poltrona, será siempre vuestro superior.

Nombraís hombres que están sobre las leyes ya que ellos se encar-

gan de decretarlas y porque su misión es hacerlas obedecer.

Votar es de tontos. Es lo mismo que creer, que hombres como vosotros, adquirirán de un momento, con el trin trin de una campanilla, la virtud de saber y comprenderlo todo. Vuestros mandatarios debiendo legislar sobre todas las cosas, desde los fósforos hasta los buques de guerra, desde la agricultura hasta el exterminio de las tribus rojas ó negras, os parece á vosotros que su inteligencia aumenta en razón directa de la obra á realizarse; mientras que la historia os enseña que acaece todo lo contrario. El poder siempre crió locos, como el parlamento crió siempre infelices. En las asambleas soberanas la mediocridad prevalece de una manera fatal.

Votar es querer provocar traiciones vergonzosas.

Sin duda, los electores creen en la honradez de aquellos por quienes votan y quizás con razón los primeros días, es decir, que cuando los candidatos están aún en el fervor de la primera pasión.

Pero ¡qué día tiene su mañana! Apenas el ambiente cambia, cambia también el hombre. Hoy el candidato se inclina ante vosotros y quizás mucho; mañana ensorbecido, os pisotea. De mendigo de votos se transforma en vuestro patrón.

Por ventura el obrero que viene jefe de taller puede ser siempre el mismo que era antes de recibir el alto favor de su patrón? ¿No encorva sus espaldas el democrata fogoso cuando el banquero se digna invitarlo á su oficina, cuando los ujieres del presidente le hacen el altísimo honor de admitirlo en las antecámaras?

La atmósfera de los cuerpos legislativos, es mal sana para la respiración; mandando nuestros candidatos á un ambiente de corrupción, no debéis asombraros si de allí salen corrompidos.

Por lo tanto no abdiquéis! No confiéis vuestro destino á personas incapaces y futuros traidores. — No voteis!

En vez de confiar la defensa de vuestros intereses á otro, defendedlos vosotros mismos! En vez de buscar abogados para que os propongan de un modo de acción futura, obrad!

Las ocasiones no faltan á los hombres de buena voluntad.

Cargar sobre los otros la responsabilidad de la propia conducta, es prueba de bellaquería.

ELISIO RECLUS.

Movimiento obrero

LA HUELGA DE CURTIDORES

Sin espacio para ocuparnos en el número anterior de la huelga de curtidores, vamos sin embargo, á no, ha detallar el movimiento de los obreros de este gremio, que no lle-